

LA SOMBRA DEL SAMURÁI

47 RONIN



RAÚL
DE LA ROSA

Lectulandia

47 Ronin. La sombra del samurái es la historia de David, un joven abogado de éxito a quien el destino impone en su vida un cambio tan dramático como absoluto. El sufrimiento y el dolor de la pérdida de su familia le llevan a emprender un viaje hacia lo más profundo de Japón para instruirse en la tradición de los samuráis y suicidarse dignamente.

Sin embargo, se encuentra inmerso en un inesperado y audaz compromiso consigo mismo y con la vida, en la lucha contra la indignidad y el mal encarnado por Kira, el malvado maestro de ceremonias del gobierno del shogún, el verdadero gobernante del antiguo Japón.

La novela narra al mismo tiempo, en capítulos alternos, la antigua epopeya japonesa, un ejemplo heroico de honor, lealtad, entrega, perseverancia, valor y amor, y una historia contemporánea, y paralela, de lucha interior y superación personal. Ambas se van fundiendo poco a poco hasta el extraordinario desenlace final.

Lectulandia

Raúl de la rosa

La sombra del samurái. 47 Ronin

ePub r1.1

OZN 04.05.14

Título original: *La sombra del samurái. 47 Ronin*

Raúl de la rosa, 2013

Retoque de cubierta: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Cuenta la leyenda que una hermosa diosa añoraba a su amor perdido. Al bajar la mirada hacia la tierra de los hombres, derramó unas lágrimas. De aquellas divinas perlas nacieron las islas del país del Sol Naciente. Asegura la leyenda que para proteger tan preciado tesoro surgieron los samuráis.

En la época en que comienza esta historia, el sogún, el verdadero gobernante por encima del emperador, mandaba con mano firme en Japón. Eran los últimos tiempos de los samuráis, cuando un verdadero samurái era un monje, un artista, un místico, un seguidor del bushido, la vía del guerrero, una persona honorable, íntegra y noble.

Desde lo más profundo del abismo en que se encontraba, David era incapaz de ver el mínimo atisbo de luz. No había esperanza, la oscuridad era total. De pronto, todo estalló. A su alrededor todo se destruyó, incluso él mismo quedó reducido a cenizas.

¿Las sombras dejarían paso a la luz?

¿Puede un hombre cambiar su destino?

¿Puede un hombre encontrar su verdadero camino?

Manuscrito de Terasaka

Mi nombre es Terasaka Kichiemon. Soy samurái de la casa de Ako. Mi señor Asano Naganori murió por orden del quinto sogún, Tokugawa Tsunayoshi.

Escribo este relato ahora que soy un anciano y que sé que dentro de poco moriré. Han pasado muchos años desde que sucedieron los acontecimientos que a continuación voy a relatar. La mayor parte de estos pasajes son fidedignos y exactos, ya que los viví directamente cuando era muy joven; otros son fruto de lo que creo que hicieron, pensaron y sintieron los protagonistas de esta épica hazaña, y de lo que me relataron quienes estuvieron presentes.

Aquel joven Terasaka permanece presente en mi interior, aunque en ocasiones lejano en la memoria del tiempo. Por ello, hablaré de él en tercera persona, como uno más de los cuarenta y siete samuráis que vivieron bajo unos mismos ideales.

Estas páginas solo tienen un destinatario: yo mismo. El yo que algún día se reencarnará para unirse en su destino a sus compañeros muertos por defender el honor y la justicia en la batalla contra la indignidad y la infamia, y por enfrentarse definitivamente a la maldad.

La fugacidad de la vida

David se consideraba un hombre feliz. Estaba casado con la hermosa mujer que había amado desde niño. Tenía una linda hija de cinco años a la que adoraba. Él mismo era un hombre atractivo, alto, moreno, atlético, hijo único de una familia acomodada. Sus padres le habían tratado siempre con mucho cariño y atención, y era socio de un gabinete de abogados de fundamentado prestigio.

Sus padres habían imaginado para él un brillante futuro. Y David había hecho realidad su sueño. Trabajaba cuatro días y el resto de la semana lo empleaba en ir al club de tenis, jugar al golf y navegar en su velero con su mujer y su pequeña hija.

Vivía en una estupenda casa de una urbanización de lujo. Su mujer y su hija lo amaban, y él las amaba a ellas.

Si alguien le hubiese preguntado por el porvenir, David habría contestado que su vida seguiría siempre así. Daba por hecho que esa sensación y situación de bienestar sería cada vez mayor. No había nada que temer en un futuro bien planificado y dirigido. David se consideraba dueño de su destino, y este parecía, sin duda, muy halagüeño.

Aquella soleada mañana de mayo se perfilaba como el principio de un día agradable, salvo por un pequeño recelo. Su madre había ido a recoger unas pruebas médicas rutinarias. Nada indicaba que hubiese problema alguno, pero David era un hombre intuitivo y una sombra velaba su pensamiento.

Al llegar a su despacho sonó el teléfono. En la pantalla apareció el número de sus padres. Descolgó y apenas si entendió lo que su madre le decía. La conclusión fue que los resultados habían dado positivo y que tenía una variedad de cáncer muy agresiva. Pero aquella noticia, ya de por sí terrible, no fue lo peor. Al enterarse, su padre había sufrido un infarto y había muerto al instante.

David rápidamente se dirigió al domicilio familiar. Al llegar, el médico había certificado la muerte del padre. Su madre, desconsolada, yacía en el sofá, adormecida por los calmantes que le habían obligado a ingerir.

Un mes después la buena mujer moría, más como consecuencia de su desgana de vivir que por la enfermedad. Estas dos tragedias sumieron a David en un profundo estado de abatimiento. No podía entender cómo la vida era tan injusta.

El día del entierro, David se dirigía en el coche al cementerio con su mujer y su hija. Parecía que algo le obligaba a ir con lentitud, se entretenía con cualquier cosa y hasta se detuvo en la gasolinera para echar combustible, a pesar de que tenía más que suficiente para ir al cementerio y volver a su casa.

Al finalizar la triste ceremonia, David decidió regresar andando, quería pensar a solas sobre lo más trágico que le había sucedido en su vida y tratar de comprender por qué el destino se cebaba con él.

Su mujer y su hija se fueron en el coche. Mientras caminaba sumido en su dolor oyó un fuerte estruendo. Corrió todo lo que pudo hacia el lugar de donde provenía. Intuía que de nuevo algo terrible acababa de suceder. Un camión había impactado con el vehículo en el que iban las dos mujeres de su vida y este estaba ardiendo. Al llegar aún oyó los llantos desgarradores de la niña. A pesar de las llamas, que alguien trataba infructuosamente de apagar, se introdujo entre los restos del automóvil. Sacó a su hija, o más bien su cadáver. Después de esto se desmayó por el tormento de las tremendas quemaduras.

Cuando días después volvió en sí, David pensó por un instante que todo había sido una horrible pesadilla, pero pronto comprendió que no, que el espantoso suplicio que sentía en su interior era tan real como la muerte de sus seres queridos.

«Dios mío, Dios mío», se repetía sin cesar, esperando que el insoportable dolor de su mente lo destruyera.

Los amigos acudieron en tropel a verlo, pero nada podía consolarlo. En realidad ninguno sabía realmente qué decir; además, qué se podía decir.

Íntimamente, David se reprochaba infinidad de cosas: no haber conducido él mismo el vehículo, haber echado gasolina que hizo que el coche ardiera con más virulencia, no haber llevado a sus padres a que les hicieran un chequeo que hubiese detectado la enfermedad, y otras muchas más en su enajenada mente.

Entonces lo tuvo claro. Ya nada le quedaba por hacer en este mundo. Todo lo que tenía, todo lo que amaba había desaparecido.

Decidió suicidarse.

Pasaron los días. David, malherido e inmovilizado en la sala de cuidados intensivos del hospital, no veía cómo podía llevar a cabo su plan de morir. Era lo único que lo mantenía cuerdo: la idea del suicidio. Estaba seguro de que en cuanto estuviese un poco mejor de sus heridas lo lograría.

Cuando mejoró, lo trasladaron a una habitación. Allí vio su oportunidad.

A pesar de los calmantes, las llagas producidas por las quemaduras todavía le dolían, sobre todo cuando se movía, aunque fuese ligeramente. Aun así, cuando se hizo de noche se levantó como pudo y se acercó a la ventana. Tras un esfuerzo titánico, con desesperación comprobó que las ventanas estaban cerradas con un sistema de seguridad que impedía abrirlas. Cayó desmayado. Allí estuvo, en el frío suelo, hasta que las enfermeras lo encontraron.

Salió del hospital dos meses después. Le recomendaron que no volviese a su casa de inmediato, y él estuvo de acuerdo. Vivía en un chalet de dos plantas y no había suficiente altura para lograr su propósito. Los amigos le ofrecieron sus casas, pero él

decidió ir a un hotel. Preguntó en varios hasta que le aseguraron que las ventanas se abrían hacia el exterior. Eligió una planta lo más elevada posible y se instaló.

Al llegar la noche comprobó que, en efecto, estaba a una altura suficiente para matarse, sobre todo si caía de cabeza. Abrió la ventana y se lanzó al vacío.

Lo que no había visto David era que en cada piso había unos dispositivos de comunicación con los que fue golpeándose. Primero, en la cabeza; luego, en un lateral; después, en una pierna. Finalmente dio contra el suelo, pero no se mató. Rápidamente lo ingresaron de nuevo en cuidados intensivos. Le enyesaron la pierna rota y el torso a causa de las costillas fracturadas y le cerraron la herida superficial de la cabeza.

A los pocos días, David ingresó en la unidad de psiquiatría.

Manuscrito de Terasaka

El año, 1701. El día, catorce de marzo. El lugar, el palacio del sogún Tokugawa Tsunayoshi, el poderoso señor de todas las tierras de Japón.

La flor del cerezo mostraba sus más bellos colores. La primavera despertaba tras el largo letargo del frío invierno e inundaba las tierras de la provincia de Ako en el centro de Japón.

La región vivía un periodo de paz. El sogún, el jerarca militar, había sido educado por su madre en un estricto credo religioso y gobernaba sobre el propio emperador Higashiyama, que era una figura religiosa sin poder político. Por debajo del sogún estaban los daimios o señores feudales. Ambos, sogunes y daimios, eran samuráis, guerreros acogidos a un estricto código de honor.

Asano Naganori era señor del castillo y las tierras de Ako, en Hyogo, en la provincia de Harima, donde la primavera estalla en colores blancos y rosados, el verano es cálido y húmedo, y en el invierno solo hay que temer alguna ráfaga ocasional de nieve.

Asano, un hombre fornido, llano y acostumbrado a una vida austera, tenía treinta y seis años cuando fue nombrado jefe de protocolo por el sogún ante la llegada de los embajadores imperiales a Edo, la ciudad residencia del sogún. Pero a él no le gustaba la vida palaciega ni las intrigas y corruptelas, y rechazó el cargo.

Kamei Korechika era un daimio y amigo de Asano. También había sido elegido para participar en el protocolo de la recepción a los enviados imperiales y, a diferencia de Asano, había aceptado con satisfacción.

Eran tiempos difíciles. La mayor parte de la población padecía graves penurias. Kamei, un hombre distinguido y acostumbrado a la vida cortesana, convenció a Asano de que este ascenso en el escalafón palaciego podría aprovecharlo en su favor y en el de la gente que vivía en sus tierras. Finalmente, Asano aceptó el cargo.

Kira Yoshinaka, un protegido del sogún, ostentaba el gran poder que este le concedía. No era un daimio, sino un importante maestro de ceremonias, celoso de que se hubiese nombrado a Asano como jefe de protocolo de la corte del sogún cuando habría querido ser él mismo el elegido.

Una de sus obligaciones consistía en presidir las ceremonias, pero Asano no sabía cómo hacerlo ni cómo comportarse, ya que el daimio de Ako era un samurái que vivía al margen de la corte y no conocía las tramas palaciegas. El sogún encargó a Kira que instruyese a Kamei y a Asano en los pormenores de las etiquetas de la corte apropiadas para cada ocasión.

Los dos daimios, como la mayoría de los hombres que ostentaban poder militar, estaban obligados a vivir parte del tiempo con su familia cerca del palacio del sogún. De esta forma, el gobernante se garantizaba tenerlos cerca y controlarlos con más

facilidad para evitar rebeliones a las que tan dados habían sido los samuráis durante siglos. Aparte de su familia, especialmente los hijos, solo podían tener en su residencia de Edo a unos pocos de sus fieles samuráis.

Todos los días, los dos daimios debían atender las enseñanzas de Kira. El maestro de ceremonias era un hombre codicioso, y consideraba que los regalos, que según la tradicional costumbre le habían hecho los dos nobles a cambio de sus enseñanzas, eran insuficientes. Decidió, pues, tratar a estos con desprecio, y en vez de enseñarles trataba de confundirlos y burlarse de ellos. Kira avasallaba e insultaba continuamente a los dos señores feudales.

A pesar de los insultos, el noble Asano, subordinado a su sentido del deber hacia el sogún, hacía oídos sordos a las provocaciones con paciencia. Soportaba estoicamente la situación. Pero Kamei tenía un temperamento más impulsivo y se enfureció. Decidió que debía matar a Kira.

Un día, cuando acabó sus funciones en el palacio, Kamei regresó a su residencia. Llamó a sus consejeros y les dijo:

—Kira Yoshinaka no cesa de insultarnos y humillarnos a Asano Naganori y a mí. Hoy mismo estuve a punto de sacar la espada y matarlo allí mismo, pero pensé que si lo hacía dentro del palacio perdería mi vida y mi familia y mis vasallos se arruinarían conmigo, de modo que me detuve —añadió con gesto de crispación y de odio—. Pero mi decisión es firme, ese ser despreciable merece morir y mañana lo mataré.

Ninguno de sus consejeros trató de disuadirlo. Sabían que sería en vano. Sin embargo, uno de ellos, que era un hombre de gran cordura, intervino:

—La palabra de su señoría es ley, y tu siervo hará en consecuencia todos los preparativos. Mañana, cuando su señoría vaya a la corte, si Kira Yoshinaka vuelve a comportarse de forma grosera, morirá.

Kamei quedó satisfecho con las palabras de su consejero y esperó con impaciencia el nuevo día para regresar a la corte y matar a su enemigo.

En cuanto hubo acabado la reunión, el consejero, que conocía la reputación de Kira de hombre codicioso, recogió todo el dinero que pudo. Acompañado de varios siervos, que portaban dos cofres con monedas de plata, se dirigió a la mansión de Kira.

Al llegar fue recibido por uno de los sirvientes de Kira.

—Mi señor le debe mucho a vuestro amo y me envía a darle las gracias por el gran esfuerzo que hace al enseñarle las ceremonias que deben observarse durante la recepción de los enviados imperiales.

A continuación le enseñó el millar de onzas de plata para Kira y las cien onzas para ser repartidas entre los sirvientes.

En cuanto vio el dinero y oyó las palabras del consejero de Kamei, el sirviente fue a informar a su señor, que pronto recibió al supuesto mensajero de Kamei.

—Este no es sino un humilde presente que mi señor le envía a través de mí, pero espera que vuestra señoría se digne aceptarlo.

Kira mostró una especial complacencia y, después de agradecerle el regalo, le aseguró que a la mañana siguiente instruiría a su señor cuidadosamente en todos los aspectos de la etiqueta necesarios para las ceremonias de la corte.

El consejero salió de la residencia de Kira satisfecho por el éxito de su plan.

Al día siguiente, en cuanto Kamei llegó al palacio, Kira, vestido con costosas y finas sedas de vivos colores, se le acercó obsequiosamente y dijo:

—Estos días no he podido dejar de admirar su celo por aprender el protocolo correcto, por lo que tendré el honor de reclamar su atención sobre algunos aspectos de la etiqueta y suplicar a vuestra señoría que disculpe mi inapropiada conducta de días precedentes. Es sabido que soy una persona de difícil trato, así que le ruego que me perdone.

Tanto se humilló Kira, que Kamei, cuyo ánimo se fue serenando, desistió de su voluntad de matarlo. De esta manera, la perspicacia e inteligencia de su consejero salvó a Kamei y a toda su casa de la destrucción.

A partir de ese día, Kira trató muy bien a Kamei, pero no así a Asano. Molesto, porque no le daba el dinero que le pedía por asesorarlo en cuestiones de protocolo, Asano siguió siendo blanco de sus insultos, más virulentos si cabe, después de recibir el suculento obsequio de Kamei.

Difícil concebir enemistad tan honda y oratoria tan vehemente.

En estas circunstancias, a Asano no le hacía muy feliz cumplir con sus nuevas obligaciones protocolarias en Edo. Debía usar ropas incómodas y soportar a Kira, que continuamente dejaba ver su sonrisa provocadora y sus dientes teñidos de negro con una mezcla de hierbas y vinagre y por las costosas nueces que masticaba sin cesar. Kira era mayor que Asano, pero la edad no siempre trae la virtud y la templanza. Su rostro reflejaba su baja calidad moral. Su sonrisa sobrecogía en una cara cruel y grosera en la que destacaba una nariz ancha que separaba unos ojos prominentes y malvados.

Asano no aceptaba las inmoralidades de Kira, y no le daba el dinero que constantemente le solicitaba en pago por enseñarle el protocolo. Consideraba que ambos no hacían más que cumplir con su deber y que las enseñanzas sobre etiqueta formaban parte de sus obligaciones con el sogún y, por lo tanto, no tenía por qué darle dinero alguno.

Sin embargo, a pesar de que Asano pensaba que era una labor que Kira debía realizar sin recibir compensación alguna, ya que el propio sogún se lo había ordenado, conociendo el carácter insaciable de Kira, le envió algunos regalos como agradecimiento y trató de contenerse y hacer oídos sordos a sus provocaciones. Pero Kira estaba acostumbrado a que le pagaran grandes sumas de dinero, y los regalos no

le parecieron suficiente. Con la actitud sumisa de Asano, decidió seguir agraviándole y dándole consignas insidiosas e intrigar frente al sogún extendiendo la falsa idea de que Asano era, además de un inepto, un rebelde.

Cuando llegaron los embajadores del emperador, Asano se vistió con los engorrosos atuendos protocolarios, se puso la ajustada chaqueta y los largos pantalones de rigor, que arrastraban por el suelo y hacían que se sintiese ridículo e incómodo. Se dirigió a la reunión con Kira, Kamei y otros miembros de la corte palaciega para ser recibido por el sogún.

Fuera quedaron sus samuráis: Hara, de cincuenta años, corpulento, recio y experimentado, y Kataoka y Mimura, jóvenes, ágiles y alegres.

El fin de las cosas

Pasaron varios meses. David siempre había sido un hombre persuasivo, seguro de sí mismo, y no fue difícil convencer a los médicos de su recuperación mental. Sin embargo, salió del centro psiquiátrico con la misma idea. En cuanto pudiera se suicidaría, pero como no quería perjudicar a nadie con su muerte decidió pensarlo bien antes de hacerlo. ¿Y si alguna persona hubiese estado debajo en el momento en que él se tiraba por la ventana? Podía haber herido a alguien. No, no quería hacer ningún daño, no quería causar dolor. En realidad, David quería todo el dolor para él.

Al salir, de nuevo le recomendaron que no volviese a su casa, pero él no hizo caso. Nada podía incrementar su dolor: ir o no ir era irrelevante.

Algunos de sus amigos, así como sus socios en el despacho de abogados, le decían que se lo tomase con calma, otros que volviese a trabajar lo antes posible. Cada uno le daba un consejo sin tener ni idea de lo que sucedía en su interior; era imposible que alguien supiera lo que significaba algo así mientras no lo hubiese vivido personalmente.

David vendió todas sus propiedades y su participación en el bufete. Donó el dinero a una fundación de ayuda a niños necesitados. Con una reducida cantidad que se guardó, alquiló una casa en un paraje remoto. Compró una pequeña piscina de plástico y la llenó con agua caliente, la puso al sol en un lugar desde donde veía el paisaje abrirse hacia el horizonte, hacia el este, en dirección al sol naciente.

No había otras casas en las proximidades, ni carreteras, ni caminos transitados. Así que, además de morir, tenía la esperanza de que allí, en plena montaña, los animales hicieran desaparecer sus restos y no quedara el menor rastro de su paso por esta maldita vida.

Se afeitó la barba y el cabello y se acomodó en el interior de la piscina de plástico. Con la misma cuchilla de afeitar con la que acababa de rasurarse, se cortó las venas de una muñeca.

En aquellos últimos momentos, David recordó los maravillosos días que había vivido, pero una y otra vez volvían a su pensamiento las terribles muertes de sus seres queridos. No conseguiría morir en paz.

El viento mecía ligeramente el agua de la improvisada bañera. Abrió los ojos y contempló el hermoso paisaje y las luces cambiantes del horizonte. Mientras su conciencia se desvanecía, visualizó unas extrañas imágenes en su mente. Entre niebla y humo surgió un templo y el rostro de un monje que lo miraba consternado; luego, en la oscuridad tachonada de hogueras y flechas ardientes, divisó un castillo y una

batalla, y finalmente percibió una voz recia que decía:

—Así no muere un samurái.

En ese momento, mientras su sangre fluía abundantemente y la vida se le escapaba, oyó:

—Hola. ¿Hay alguien?

Asombrosamente, la inquilina de una casa alejada se había acercado para conocer al nuevo vecino.

La buena mujer, Sara, al ver al joven desangrarse, comprendió de inmediato lo que sucedía. Tras hacerle un torniquete, corrió a su casa por su instrumental de enfermera. Su amplia experiencia médica salvó la vida a David. El joven no llegó a perder la consciencia en ningún momento, pero no pudo impedir la ayuda de Sara. Estaba demasiado débil para oponerse. Lo que sí pudo decirle fue que por favor no denunciara el hecho ya que temía que lo ingresaran de nuevo.

Sara así lo hizo, con la esperanza de que la fallida experiencia le hiciese recapacitar. Cuidó de él durante semanas. Todos los días iba a su casa, le llevaba comida, le curaba la herida, le cambiaba los vendajes y le hablaba. David guardaba silencio, pero se acostumbró a la agradable voz de su nueva amiga.

Mediana edad, menuda, complexión firme y fuerte, mirada decidida y pelo negro recogido en un moño con dos largas agujas. Mientras él permanecía callado, Sara le contó su forma de vivir, su filosofía de vida y mil cosas más. Había consagrado gran parte de su tiempo a cuidar de los demás. Su labor de enfermera en un hospital le había permitido dar salida a su íntima vocación de ayudar a quienes lo necesitaban. Ahora compatibilizaba esa vocación humanitaria con la meditación y la contemplación.

Mientras oía hablar a la mujer, David la envidió. Ojalá él hubiese podido enfocar su vida en esa dirección, se decía, así, tal vez, las cosas hubiesen sido de otro modo.

La mujer le explicó cómo respirar para relajarse y otras cosas que a David no le importaban lo más mínimo, pero oír aquella voz lo serenaba.

—Ahora todo esto no te servirá de mucho, pero yo te lo cuento y tú lo escuchas. Quizás algún día te sea útil.

«Algún día», pensó David, con la esperanza de que ese día que él esperaba llegase lo antes posible y así morir y dejar de sufrir.

—Cuando llegaste y me viste allí desangrándome, ¿no oíste una voz? —le preguntó un día.

—No había nadie más —respondió Sara—. ¿A quién podría haber oído?

—Era la voz de un hombre. Una voz fuerte, firme y enojada.

—¿Recuerdas lo que dijo?

—Claramente: «Así no muere un samurái». Además, creerás que estoy trastornado —señaló David, y sonrió tristemente—, pero antes de eso vi un templo

oriental, japonés, budista tal vez, y la escena de una batalla en un castillo.

Sara guardó silencio. La tarde caía y los árboles mostraban sus colores dorados.

—Qué hermosura —susurró.

—El mundo es repugnante —replicó él—. No hay belleza, solo tristeza.

—¿Tú crees? Puede que tengas razón respecto de la tristeza, pero también hay belleza.

—Eso creía yo; era un ingenuo, como tú. En realidad, todo es oscuridad y crueldad.

—Imagínate por un momento que has nacido en lo más profundo de una cueva. Cierra los ojos. ¿Lo ves?

—Sí, es fácil imaginarlo. Ya te lo he dicho: oscuridad. No hace falta que cierre los ojos para verlo.

—Eso es, eso es. Oscuridad. Imagínate que estás en ese mundo oscuro, en una cueva profunda, aislado de todo y de todos, que nunca has conocido otra cosa que soledad y oscuridad, una oscuridad que todo lo envuelve y te ha rodeado desde que eres capaz de recordar. Ahora, imagínate que yo entrase y te dijese que hay algo más que esa oscuridad, que también hay un mundo de luz, que de ti depende que salgas para contemplarlo, que existe la claridad dorada de la aurora, flores de infinitos colores, un mar azul que la vista no puede abarcar y tantas estrellas en el firmamento como gotas en el rocío, que hay música cautivadora, olores seductores y tactos suaves, que hay más personas como tú, que viven, que respiran, que sienten y que aman.

—Te diría que estás loca, que solo hay soledad y oscuridad y que no quiero que haya nada más.

Manuscrito de Terasaka

Lo que Kira dulcificó con respecto a Kamei lo empeoró en relación con Asano, que se convirtió en blanco de sus ofensas y burlas. Decidido a arruinar su reputación, Kira asesoró engañosamente a Asano para hacerle perder crédito y dejarle en ridículo ante todos. Le mintió vilmente sobre el protocolo correcto que había que seguir ante la corte del sogún y los embajadores del emperador Higashiyama.

Cuando Asano se dio cuenta de la artimaña, le pidió explicaciones, pero Kira se rio de él y, como colofón a su intento de desprestigiar a los ojos de todos, se burló y lo insultó gravemente.

—He aquí, mi señor Asano Naganori, que la cinta de mi zapatilla se ha desatado; quizá sería tan bondadoso de atarla por mí.

A pesar de la afrenta, Asano se arrodilló y trató de atar el cordón de Kira, pero este insistió en sus ofensas.

—¿Eres tan idiota como para ni siquiera saber cómo atar correctamente la cinta de una zapatilla? Todos pueden ver que eres un patán que lo ignoras todo sobre las costumbres de la corte de Edo. —Riendo burlescamente se dirigió hacia el Corredor de las Pinturas de los Pinos, pero no satisfecho con lo que había pasado, y crecido porque Kamei había cedido a sus pretensiones y Asano se había humillado ante todos, se paró e insistió—: Si consideras tan valioso tu dinero, hay otras formas de satisfacer mis deseos. Me dicen que tienes una bella esposa.

Kira le dio la espalda y se alejó, pero Asano tenía un carácter impetuoso, y aquello fue más de lo que su ánimo era capaz de soportar.

—¡Detente un momento, mi señor! —exclamó.

—Bueno —respondió Kira, volviéndose—, ¿y ahora qué quieres?

A pesar de conocer el castigo que suponía sacar un arma en el palacio del sogún, la muerte por medio de seppuku, ante esta afrenta a su honor y el de su mujer, Asano desenvainó su espada corta y atacó a Kira.

Un samurái no puede empuñar la espada sin derramar sangre. Con la primera estocada, Asano hirió a su rival en la frente. Kira, espada en mano, retrocedió tratando de huir. Con la segunda estocada su perseguidor le rozó el hombro, y luego su espada dio contra una de las columnas de madera del corredor donde se encontraban.

Pese a su empeño, Asano no logró matar a su oponente, ya que aunque Kira no era un daimio, era un experimentado y brillante contendiente, y supo defenderse. Aun así, habría muerto por la espada de Asano si Kajikawa Yosobei, un oficial del sogún, y otros de los presentes no hubiesen intervenido.

Justo en ese instante apareció por el extremo opuesto del Corredor de las Pinturas de los Pinos el sogún con su séquito y con Chikako, la esposa de Asano. Al

momento, la guardia del palacio detuvo al samurái.

Chikako, al ver la escena, supo al instante lo que iba a suceder a continuación, y cayó al suelo desvanecida. Antes de que Asano pudiese acercarse a su mujer, fue inmovilizado.

En pleno alboroto y desconcierto, Kajikawa despojó a Asano de su espada y lo recluyó en una dependencia del palacio bajo la vigilancia de los soldados del sogún.

De forma inmediata, se reunió el consejo de inspectores generales del bakufu, el gobierno del sogún, a deliberar sobre lo sucedido y la pena que debía sufrir Asano por el delito cometido.

Chikako, la mujer de Asano, había fingido desmayarse al ver lo que sucedía para tener la oportunidad de avisar a los samuráis que esperaban fuera, pero no la dejaron a solas ni un momento, ni siquiera para salir a tomar el aire al patio donde se encontraban Hara, Kataoka y Mimura, y su plan fracasó.

El daimio de Ako esperó varias horas, al cabo de las cuales fue conducido por un largo corredor hasta la última puerta. Cuando la franqueó, supo que su destino estaba sellado.

Para evitar que sus samuráis acudieran en su ayuda, lo vistieron con ropas de sirviente y lo escoltaron en un palanquín fuera del castillo de Edo por una salida inapropiada para un hombre de su categoría, la que se usaba para los cadáveres y los delincuentes.

Con esta estratagema, los samuráis de Asano fueron burlados y no pudieron oponerse a la detención.

Flanqueado por Kajikawa y doce samuráis leales al sogún, lo trasladaron al castillo del daimio Tamura Ukiyo.

Kira, malherido, insistió en que lo condujeran enseguida a su castillo.

Entró en la sala prohibida. Nadie de los de su mansión tenía acceso a ella, y la mayoría ni siquiera sabía de su existencia, oculta como estaba tras un tapiz en su propio dormitorio. Sus tres mejores y más fieles samuráis, Kobayashi Hehachi, Waku Handaiyu y Shimidzu Ikkaku, tenían la misión de impedir que nadie entrase en sus aposentos y menos aún en aquella estancia. Contrariar esta orden significaba la muerte. En ella, el maestro de ceremonias llevaba a cabo sus prácticas arcanas más crueles y poderosas.

Entre otras aberraciones, mantenía a un perro atado en un lateral con una fuerte cadena de hierro. A poca distancia de él, pero justo fuera de su alcance, un plato de comida. El animal se iba debilitando de hambre mientras veía y olía la comida.

Cuando Kira llegó, el perro estaba a punto de morir de inanición y locura. El animal era incapaz de ladrar o gimotear siquiera. Kira le había cortado la lengua y las cuerdas vocales para que no delatara su sufrimiento y el lugar donde estaba encerrado. La ley del sogún condenaba a muerte a quien causase daño a un animal,

especialmente a un perro, pero el maestro de ceremonias sabía tomar los recaudos del caso.

Era el momento preciso. Kira cogió una espada especialmente fabricada para sus cruentos sacrificios por un sacerdote shinto fiel a la tradición más oscura.

El animal apenas pudo levantar la cabeza, y Kira tuvo que ayudarlo con un bastón. Invocó a Taizan Fukunsai, el señor de las almas, el que marca el momento de la muerte. En ese instante, le cortó la cabeza al perro.

El poder convocado por el hambre y la rabia del animal fueron absorbidos por el maestro de ceremonias y ofrecidos a los kami oscuros. Inmediatamente, Kira usó esa fuerza para guiar a las fuerzas oscuras a su labor mágica, a su deseo maléfico.

Poco después, el consejo decidió. En la casa donde habían encerrado al daimio de Ako, Kajikawa, el oficial del sogún, leyó la sentencia:

—Después de oír el veredicto del consejo de inspectores generales del bakufu, el piadoso sogún, dado su grado, le permitirá morir de forma honorable mediante el seppuku.

—¿Y qué sucederá con el castillo de Ako y su gente? —preguntó Asano.

—Sus propiedades pasarán al sogún.

Asano sabía que eso significaba el fin de su linaje y de la casa Asano, el oprobio de su familia, y que sus sirvientes quedarían sin lugar donde vivir y sus samuráis se convertirían en ronin, guerreros sin señor, vagabundos sin hogar.

—¿Tienes algo que decir? —le preguntó el daimio Tamura.

—Sí. No guardo ningún rencor al sogún por la decisión que ha tomado. Solo lamento no haber matado al despreciable e infame Kira.

Tamura le entregó papel y pincel para que escribiese a su familia sus últimas palabras. Asano miró el bello jardín donde se encontraba y con serenidad y templanza redactó un mensaje de despedida a su esposa y a su pequeña hija.

Una vez secada la tinta y sellado el papel, Asano fue acompañado por Tamura y Kajikawa a un rincón del jardín de la casa para hacer el ritual del seppuku. El desprecio hacia Asano fue patente al elegir un sitio poco digno, ya que lo apropiado para un hombre de su categoría habría sido la sala principal del castillo, pero él no se quejó, ni protestó.

Mientras se preparaba, dejaron entrar a Kataoka para que le asistiera en la ceremonia del seppuku. Delgado, seco y cetrino, el bravo samurái, con lágrimas en los ojos, se arrodilló y le pidió perdón por no haberse dado cuenta de lo sucedido.

En el jardín, Asano se sentó en el suelo sobre un lienzo blanco. Con suavidad dejó que la parte superior de su ropa se deslizara hasta su faja. Se inclinó y su torso quedó desnudo. Con precaución, recogió sus mangas bajo las rodillas a fin de que al morir su cuerpo no cayese hacia atrás. Para mantener su dignidad, el cuerpo de un samurái siempre debe caer hacia delante en el momento de la muerte.

Hasta las últimas luces del día parecían retrasar el momento de desaparecer engullidas por la noche para contarle al tiempo que ellas habían estado allí, iluminando aquel momento en que el hombre obtiene por un instante la atención de los dioses.

Asano le dio el papel lacrado con sus últimas palabras para su mujer y su hija, y dijo unas escuetas palabras:

—Oishi sabrá qué hacer.

A continuación, sin más ceremonia, Asano cogió con mano firme su espada, la misma que había herido al infame Kira. Con un rápido y enérgico movimiento la hundió en el lado izquierdo del abdomen y la desplazó hacia el otro lado. Su rostro no reflejó el mínimo dolor, ni un solo músculo de su cara indicó el tremendo sufrimiento. Cuando este alcanzó su punto culminante, Asano extrajo de su cuerpo ensangrentado la espada y se inclinó ligeramente hacia delante. En ese momento, su fiel Kataoka, que había permanecido arrodillado junto a él, se puso en pie de un salto y con un movimiento rápido y seco le cortó la cabeza, que cayó, tal como dicta el protocolo para los hombres nobles, sobre su regazo sin desprenderse totalmente.

En un silencio de muerte, solo interrumpido por el sonido de la sangre que salía a borbotones del cuerpo de Asano, su asistente, Kataoka, hizo una inclinación profunda, limpió su sable con una hoja de papel dispuesta para esa finalidad y recogió ceremoniosamente la espada corta de su señor teñida de rojo como prueba sangrienta de lo que acababa de suceder.

Murió con honor.

El sueño del samurái

Sara intentó que el joven fuese alejándose de su dolor, pero su mente no quería vivir y nada de lo que ella pudiese hacer o decir lo haría cambiar de idea. La mujer tenía un carácter decidido y poco dado a circunloquios, y en una ocasión le preguntó directamente:

—¿Sigues pensando en suicidarte?

—Sí, no pienso en otra cosa, pero, a diferencia de antes, ahora no tengo prisa. Lo haré convenientemente.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero cuando llegue el momento y la forma adecuada lo sabré.

—Me impresionó la visión que tuviste y la voz que te decía que así no moría un samurái.

—Una alucinación debida a mi estado de debilidad.

—¿Conoces la tradición de los samuráis?

—Algo he oído.

—Hace años estuve en Japón haciendo un retiro de meditación en un templo budista. Un día, mientras paseaba por el jardín, conocí a un anciano, que, según me dijeron luego, había sido samurái, un auténtico samurái. Sin venir a cuento, me explicó la tradición del haraquiri. Bueno, él lo llamó seppuku.

Por primera vez en mucho tiempo, David sintió curiosidad por lo que oía.

—¿Seppuku? ¿Qué significa?

—Significa «abrirse el vientre con la espada», pero aquel hombre me explicó que el seppuku no es en sí el acto de destriparse, sino el estado mental en que el samurái lo hace. Es una de las claves del bushido, el camino del guerrero.

Sara intuyó el interés de su amigo. Por fin hallaba algo que le hacía prestar atención.

—Me contó que la palabra bushido expresa la forma de vivir de un guerrero samurái —prosiguió—. Es la unión de bushi, «guerrero», y do, «el camino». No se refiere a un camino, sino que es «el camino», el único camino.

David sintió que algo se removía en su interior. Un cosquilleo recorrió su columna vertebral.

—Me gustaría encontrar a alguien que conociese realmente esa tradición —acertó a decir.

—Si tienes interés puedo tratar de localizarlo.

—¿En Japón?

—Claro, ¿dónde si no? Se llamaba Saigo. Recuerdo que me dijo que en otro tiempo yo hubiese sido un buen samurái. Lamentablemente, hoy en día es un mundo prácticamente vetado a las mujeres. Me dijo que yo le recordaba a Ichiyo, una mujer samurái que había vivido hacía muchos años, la mujer de un tal Onodera Junai. Es curioso, pero al pronunciar aquel nombre sentí una extraña sensación, como si me resultase familiar.

—¿Él era samurái?

—Se lo pregunté, y como respuesta me miró inexpresivamente y se fue. Nunca volví a verle.

—¿Crees que podría encontrar a ese hombre?

—¿Por qué no? Tal vez él me encontró a mí para que hoy tú y yo hablásemos de él. ¿Por qué tú no puedes encontrarlo para que tú y él habléis de mí, de cómo me encontró para que tú lo encontrases?

—No entiendo nada de lo que acabas de decir, pero me parece bien. Intenta, por favor, localizar su teléfono o su dirección.

David era un hombre inteligente, metódico y había decidido tomarse su tiempo para estudiar distintas formas de suicidio y elegir la mejor. Finalmente pensó que bien podría ser la de los samuráis. Por tanto, si quería hacer las cosas correctamente, tenía que conocer a alguien que realmente fuese un samurái.

Sara no consiguió ningún teléfono de contacto de Saigo, solo una dirección no muy lejos de Osaka. Aparte de eso, le dio a David un libro.

—Te será muy útil —le dijo—. A mí me resultó fácil aprender japonés, como si dentro de mí estuviese la información de ese idioma y al oírlo se actualizara. No sé, intuyo que a ti te pasará lo mismo.

David abrió el libro, que estaba cubierto de notas y apuntes. En la tapa, el título aseguraba con optimismo: *Aprenda japonés en diez días*.

Antes de marcharse, David fue al cementerio donde estaban los restos de sus padres y los de su mujer y su hija. Era un cementerio moderno, donde se guardaban las cenizas de los fallecidos en una urna enterrada bajo el verde césped. Una placa indicaba cada nombre y las fechas de nacimiento y de fallecimiento. David no quiso añadir epitafio alguno. En realidad, no se le ocurrió nada que poner.

Se sentó en el suave césped y lo acarició.

—Pronto estaremos juntos —susurró.

Se marchó caminando deprisa, con la cabeza inclinada. Era la forma en que su cuerpo contribuía a que no pensara. David quería llegar lo antes posible a donde fuese y sin mirar a dónde iba.

A los pocos días consiguió un billete de avión barato. Planificó cómo llegar hasta Osaka, a la vivienda de Saigo. Una mañana, David preparó una mochila, con pocas cosas y mucho apremio, y partió en busca de su destino.

Manuscrito de Terasaka

Oishi Yoshio tenía un especial aprecio hacia la hija de su señor. En muchas ocasiones lo acompañaba a recorrer las tierras de su padre, en Ako, en las cercanías de Kioto.

La niña miraba desde su pequeña estatura al fuerte y corpulento guerrero y se sentía segura. El negro cabello de Dishu había empezado a encanecer hacía tiempo, pero su fortaleza y agilidad se mantenían intactas. Todos los días se ejercitaba para mantenerse preparado para el combate, aunque en los últimos años la tensa paz que reinaba en Japón no permitía que se diesen muchas oportunidades de mostrar sus virtudes en un combate real.

En Ako, a pesar de las restricciones del sogún hacia las artes marciales, los samuráis se ejercitaban practicándolas, así como en el uso del arco, la lanza y la espada. Oishi era un hombre firme, honorable y con un gran sentido del deber. Un hombre que encarnaba los valores ancestrales de los samuráis.

Por causa de las leyes del sogún, muchos samuráis pasaban el tiempo holgazaneando en vez de luchando, dedicados a otras cosas ajenas a las propias de un guerrero, desperdiciando el tiempo, jugando y bebiendo. Incluso Oishi se había dejado llevar por esa vida relajada y dedicaba más tiempo a los asuntos administrativos que a él mismo y a que los samuráis de Ako siguiesen avanzando en el bushido, la vía del samurái.

Los daimios eran samuráis y una especie de reyes feudales sujetos a la obediencia al sogún. Poseían y controlaban tierras y pueblos, y Oishi era el capitán de los samuráis y el consejero principal de Asano. La vida en aquella época era difícil para la mayor parte de la población, sumida en la pobreza y el hambre. A los problemas comunes de la gente, se sumaban los decretos del sogún sobre la compasión hacia los seres vivos.

El sogún había recibido una educación profundamente religiosa. Influidado por su madre, promulgó una ley de protección de los animales. En ella se prohibía hacer daño a todo ser vivo y condenaba con severas penas a quienes la transgredieran. El sogún nació en el año del perro y, por lo tanto, creyó que debía adoptar especiales medidas de protección hacia estos animales. Por ello fue apodado por la gente como «Perro Sogún».

Los pájaros se comían las semillas y las plantas, los insectos destruían las cosechas. Los perros se enseñoreaban de las ciudades y los pueblos, atacaban a la gente y robaban la comida desde que la ley les protegía. Miles de perros callejeros, hambrientos y enfermos, pululaban por Edo y otras muchas ciudades.

La hambruna asolaba Edo y gran parte del país.

Oishi inspeccionaba las tierras y veía las penurias de sus habitantes. Hasta los

propios samuráis tenían problemas para subsistir. No podían cazar para alimentarse, ni arrancar plumas a los gansos para sus flechas. Pero a Oishi sobre todo se le rompía el corazón al ver los padecimientos de la gente del pueblo. Ellos, al menos, tenían un techo donde cobijarse y algo que comer. Oishi era un hombre ponderado y valorado por su rectitud no solo por su señor, quien depositaba toda su confianza en él, sino por sus hombres, que mostraban hacia él un respeto reverencial, aunque su aspecto duro y reservado escondía un alma sensible y compasiva.

Oishi no entendía cómo el sogún imponía unos impuestos insoportables a los campesinos, que cada vez eran más pobres, para construir castillos, palacios y, sobre todo, templos. Ante esta situación se produjeron algaradas y violencia que desembocaron en los llamados «motines del arroz». Los campesinos se sublevaban ante una situación insostenible que llevaba hambre y muerte a sus pueblos, y veían en el castillo de Ako y las demás ricas residencias de los daimios, el símbolo de sus privaciones. En esos tiempos de paz entre facciones de señores de la guerra, los altos muros de los castillos no servían para proteger a los daimios de los ataques de caudillos de otras facciones rivales, sino, especialmente, de los alzamientos de los infortunados aldeanos.

Los mismos samuráis y sus familias pasaban escaseces y solo la severa instrucción y la disciplina que habían logrado atesorar les permitían no levantarse en armas contra el sogún y sus leyes represivas y arbitrarias en las que medraban los corruptos y los indignos.

Oishi era un hombre inteligente que sabía juzgar bien la naturaleza humana, por lo que sabía gestionar a los samuráis de Ako, pero era un mal encargado de las finanzas. El consejero quería encontrar soluciones a la crítica situación y buscaba consejo en personas que no siempre acertaban en lo que él pretendía para ayudar a la gente de Ako. Con una moneda devaluada, los comerciantes se las veían y deseaban para sacar adelante sus negocios ante una población cuyas posibilidades de obtener alimentos y sobrevivir se reducían cada día más.

En el momento en que sucedieron los hechos que acabaron con la muerte de Asano, Oishi se encontraba recorriendo las tierras de Ako para hacer un informe de la situación en que se encontraban sus habitantes.

Cuando Oishi vio aparecer a lo lejos a Hara, solo sin su señor, supo de inmediato que algo grave había sucedido. El samurái iba vestido con su armadura y sus armas de guerra y llevaba el casco en la mano, dejando ver su cabello negro y barba entrecanos.

Tras escuchar el agravio cometido, Oishi comprendió que el sogún confiscaría las tierras y los bienes de Asano y que su nombre desaparecería como si nunca hubiese existido, retirado del libro oficial del heraldo. Pero lo que más preocupó a Oishi fue que sus familiares, en especial la pequeña hija de Asano y su esposa, caerían en

desgracia.

—Yo he causado la muerte de nuestro señor y la ruina de su casa, su familia y de todos nosotros —dijo Hara.

Oishi escuchó atentamente al samurái.

—Debo hacer seppuku por no haber sabido aconsejar convenientemente a nuestro señor y no haber estado atento para intervenir a tiempo —reveló Hara llevando su mano a la vaina de su espada a la espera de que Oishi fuese su asistente.

—¡Espera! Antes debemos reunirnos y acordar qué es lo más honorable para todos los samuráis de Ako, tú incluido. Todos somos responsables, y yo el primero. Muramos, pero hagámoslo con honor.

Hara aceptó, y juntos se dirigieron al castillo de Ako.

Oishi mandó decir a todos los samuráis que se encontrarían al día siguiente para decidir qué hacer. Después se dirigió a ver a su mujer a fin de explicarle lo que había sucedido.

Los samuráis vivían en casas de techo de paja y paredes de bambú recubiertas de yeso. Eran unas casas sencillas, con paneles móviles en el interior y suelos de madera elevados para que el aire no dejase subir la humedad.

Oishi dejó la montura en el establo, cruzó el patio y entró en el pequeño jardín de arena gruesa y piedras que rodeaba la casa. Vio a su mujer, Akiko, ir a su encuentro. Sintió el aroma de su piel cuando ella se acercó y oyó el suave rizo de su voz decir:

—Estás aquí.

Cuando la miraba aún veía a la muchacha más hermosa que jamás había contemplado. Piel casi transparente, facciones perfectas, figura estilizada y aspecto frágil, aunque solo en apariencia, pues Akiko era enérgica y decidida. Oishi sabía que ella asumiría lo que pasaba y actuaría con la fortaleza que la caracterizaba.

No hicieron falta muchas palabras. Akiko se acercó a Oishi. Pasó lentamente su mano, blanca y tibia, por el cabello negro enhebrado de blanco de su marido, y lo abrazó con ternura.

Era casi una niña cuando la vio en casa de sus padres por vez primera. Akiko, la niña de otoño, estaba con la mirada baja. De pronto la levantó y el mundo cambió para el joven Oishi. La mirada de aquellos ojos grandes, negros, abismales, fue tan intensa que el samurái se vio obligado a volverse hacia los padres de Akiko aparentando naturalidad. Pero siguió sintiendo fijos en él los penetrantes ojos de aquella muchachita menuda.

Un samurái casi no tenía ocasiones de conocer mujeres, y las pocas que Oishi había tratado no se parecían ni remotamente a aquella. El samurái creyó que jamás hallaría a nadie como ella, y el tiempo le dio la razón.

Días después encontró una excusa para volver a la casa. El joven Oishi seguía hablando como siempre lo hacía, pero a él le parecía que todo se movía a una

velocidad más lenta. La misma estancia en la que estaban parecía haberse sumido en un extraño letargo.

Unos y otros hablaban, pero él no entendía sus palabras y simplemente sonreía hasta que la mano de la muchachita salió de entre los pliegues de su vestido azul y, como si fuese una blanca flor más del estampado, señaló el jardín.

Bajo una sombrilla de terciopelo, Oishi se sintió flotar, y no sabía de qué hablar, ni qué hacer. Él era un samurái, un guerrero. No tenía más compañía que sus armas junto a la cama, y lo único que acariciaba era a su fiel espada. Y solo se le ocurrió decir:

—Si quisieras, Akiko, y tus padres lo permiten, me gustaría volver a verte.

Por primera vez la muchachita sonrió, y a continuación, cuando Oishi creía que no podía ser más feliz, oyó la voz que salía de aquellos labios rojos como la sangre, y supo que ella sería la madre de sus hijos y que siempre la amaría.

Akiko era hija de un samurái. Ahora era la esposa de un samurái del más alto rango, un estricto seguidor de la vía del guerrero. Cuando entraron en la sala principal de la casa, el lugar donde meditaban, recibían a los invitados y llevaban a cabo la ceremonia del té, sabían bien lo que iba a suceder a continuación.

La búsqueda

Cuando el sol ascendía sobre el barrio de Shibuya, en Tokio, David salió de su modesta pensión. No había conciliado el sueño en toda la noche, como era habitual desde los trágicos sucesos que habían destruido su vida.

Estaba acostumbrado al trajín de las grandes ciudades, pero aquel gentío superó cualquier expectativa. Una infinidad de personas andando con prisa de un lado a otro, las luces y los colores explosivos, cambiantes y parpadeantes de las pantallas publicitarias repartidas por doquier, a cada paso las consignas de los vendedores amplificadas por estridentes altavoces. Aquel barullo hacía que soportase mejor su dolor. No había refugio alguno para la vista o el oído, y uno podía dejarse arrastrar por la multitud en una sobredosis de estímulos y sensaciones.

Estaba aturdido. Caminando como un zombi, David recordó la promesa de morir que había hecho ante la tumba de su esposa y su hija. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas mientras andaba arrastrado por la multitud. De pronto se encontró bajando por una boca de metro y entrando en un vagón.

Sentado en un asiento de la línea Toie Asakusa, David veía pasar las estaciones. En algún momento tendría que bajar y buscar el trayecto correcto para regresar, pero se sentía cómodo en aquel vagón que lo llevaba en un viaje a ninguna parte.

Entornó los ojos y trató de respirar profundamente como le había enseñado Sara. Inspirar con lentitud y suavidad por la nariz, espirar profundamente, vaciar los pulmones de aire, vaciar la mente de pensamientos repetitivos... Pero los pensamientos de David eran siempre los mismos. No existía escapatoria posible. Una tras otra las estaciones se sucedían. Una parada. Una palabra por los altavoces. Abrió los ojos y vio un cartel en un andén: Sengakuji.

David bajó en la estación y decidió dar un paseo. Caminó al azar por una calle ascendente cerca de edificios de viviendas y un polideportivo. No habían pasado diez minutos cuando vio un cartel que indicaba que cerca de allí estaba Sengakuji, un templo budista, el Templo del Manantial.

Antes de llegar al templo, a su derecha, vio varios modestos puestos de venta de libros, cuadros, estatuillas y medallas. Se acercó y comprobó que en todos se vendían objetos conmemorativos de la lealtad de unos guerreros, de cuarenta y siete samuráis que habían dado su vida por lealtad a su señor.

Cerca de la entrada al templo un hombre vendía incienso. Sin pensárselo, David compró un compacto manojo de varitas de incienso, y entró.

Varias construcciones con las techumbres y aleros típicos japoneses, de madera

oscura y escaleras de piedra, daban paso al templo propiamente dicho. A la memoria de David acudió la visión que había tenido de un templo budista. Aquel lugar se le parecía mucho.

La estatua de un maestro zen en postura de meditación invitaba a la relajación. David se encontraba a gusto en aquel lugar.

Un bosquecillo de árboles majestuosos de hoja perenne le condujo al patio del Templo del Manantial. Se sentó en uno de los bancos que estaban resguardados a la sombra de los gigantescos árboles. Todo aquello le resultaba extrañamente familiar. El lugar era hermoso y sosegado.

Una anciana se encontraba sentada en el banco. A David le llamó la atención la belleza serena de la mujer, la larga pipa con la que fumaba y el abanico con que alejaba cadenciosamente el humo de sí. Ella, a su vez, miró las barritas de incienso que David llevaba en la mano y sonrió. David le devolvió la sonrisa, lo que la mujer aprovechó para preguntarle:

—¿Conoce la historia de los cuarenta y siete ronin?

—No —respondió David.

—Aquí están sus tumbas. Murieron por lealtad a su señor, un samurái llamado Asano.

—Habla bien mi idioma —señaló David.

—Lo aprendí poco después de la guerra mundial. Hasta en las cosas más terribles hay cosas positivas. —La mujer hablaba con amabilidad y familiaridad—. Igual que en la historia de estos hombres.

David no quiso llevarle la contraria, pero lo primero que le vino a la cabeza fue qué había de positivo en la muerte de unos seres queridos.

La mujer vació la pipa y la guardó junto al abanico en una cajita lacada en negro. Se levantó y cogió a David de la mano animándolo a imitarla.

—Venga, se lo enseñaré y podrá honrar su memoria con el incienso.

David la siguió. Salieron a un patio delimitado por una valla de traviesas de piedra donde se alineaban cuarenta y ocho tumbas. Cada una de ellas tenía un cartel vertical con el nombre de uno de los guerreros y un cacillo con agua e incienso como ofrenda al alma del hombre que estaba allí enterrado. En un lado, junto al muro, el joven vio un monumento más llamativo. En la inscripción ponía que era la tumba donde estaba enterrado el señor de aquellos cuarenta y siete guerreros, cuya muerte habían vengado.

—Cuarenta y nueve tumbas. Contando a su señor, sobra una.

David, a quien le gustaba comprobar las cosas, había contado, mirando un plano que estaba expuesto al público, todas las tumbas, una por una.

—Poco después de que los samuráis de Asano muriesen —continuó la mujer—, vino un joven llamado Saigo. Agotado y con la ropa polvorienta tras un largo viaje,

se arrodilló ante la tumba de Oishi Yoshio, el capitán de los samuráis, que es esa — añadió señalando la tumba ante la cual se quemaba más incienso—, y dijo en voz alta para que todos los peregrinos lo oyesen: «Un día te vi tirado ante la puerta de un lupanar en Yamashina, en Kioto, y no pensé que era parte de tu plan para alcanzar la venganza de tu señor. Creí que eras un soldado desleal y te escupí y pateé la cara. Hoy he venido a pedirte perdón y reparar mi error por la afrenta». En cuanto acabó de hablar, se postró de nuevo ante la tumba, sacó una espada de su cinturón y se abrió el vientre. El abad de entonces se conmovió con su valentía y le dio sepultura aquí, junto a los samuráis de Ako.

David pensó que aquel samurái tenía el mismo nombre que el anciano al que había venido a buscar a Japón. Puso en algunas de las tumbas, al azar, todo el incienso que llevaba, y salió de aquel templo.

Manuscrito de Terasaka

Carta de Asano Naganori, daimio de Ako, a su esposa y su hija.

Amada esposa, mi querida hija:

He dedicado mi vida a cumplir con mis obligaciones hacia aquellos que estaban bajo mis órdenes, aunque no siempre lo he logrado hacer convenientemente. He descuidado mi deber hacia vosotras dos, y ahora ya no puedo más que escribir estas apresuradas líneas para deciros que siempre os he amado y siempre os amaré, más allá de la vida y de la muerte. Buda dice que morir es volver a casa. Ahora yo voy a casa a esperar que algún día lejano nos encontremos allí los tres.

Lamento las consecuencias que mi actitud tendrá para vosotras y para todos aquellos que están a mi servicio y a mi mando. Mi comportamiento podría haber sido otro y podría haber pensado en las consecuencias de mis actos, pero aunque daimio, esposo y padre, un samurái es samurái. Ahora debo irme.

Elevo mis plegarias al Cielo para que el emperador y el sogún tengan una larga y feliz vida.

Mientras Chikako leía el último poema de su marido, una lágrima cayó por su mejilla.

*Desearía poder disfrutar
Del resto de la primavera.
Los cerezos todavía permanecen en flor,
A pesar de que la brisa quiere llevarse
Todos sus pétalos y mi vida.*

Cuando la mujer acabó de leer la carta que él mismo le había entregado, Kataoka le explicó todo lo que había sucedido tras el ataque de su esposo a Kira. La idea de venganza cruzó su mente. Chikako era consciente de que un solo gesto suyo desataría el ataque inmediato de los samuráis de Ako contra Kira y quienes se interpusiesen en su camino, pero también conllevaría la muerte de todos aquellos hombres fieles y seguramente la de la propia familia Asano.

Kataoka la tranquilizó y le dijo que su hija estaba a salvo con su capitán. Ella sabía que todos los samuráis de Ako darían su vida antes de permitir que la niña

sufriese el mínimo percance.

Desde su exilio, vio partir a Kataoka, el bravo samurái de Ako, a reunirse con los demás samuráis en el castillo que hasta hacía unos días había sido su hogar.

Chikako abrió una cajita lacada en negro que siempre llevaba consigo. En el fondo vio una daga de doble filo especialmente diseñada para hacer jigai, dar muerte a la mujer samurái. Su pensamiento fue en busca de su hija. Chikako, la niña de sabiduría, como la llamaba dulcemente Asano, alzó su mano y sacó una larga pipa y un abanico que descansaban junto a la daga, y salió al jardín.

El número cuarenta y siete

El dinero que le quedaba a David era escaso, pero aun así, con la mochila, zapatillas y ropa cómoda, se puso en marcha hacia Osaka.

Unas veces iba en tren y otras en autobús. Aprovechó para ir aprendiendo algunas palabras y frases en japonés con su librito y tratando de hablar con las personas que iba encontrando en su camino.

David estaba sorprendido de la amabilidad de los japoneses, y comprendió por qué Japón era conocido como «el país de la sonrisa». Ya fuesen niños, adultos o ancianos, todas las personas que David se encontró en el camino respondían a sus preguntas con una cortesía que nunca había visto. Y eso, para su limitado manejo del idioma, era de gran ayuda.

Una vez en Osaka le costó bastante localizar la vivienda de Saigo. Se trataba de una sencilla casa de madera que había sido tragada por el avance inexorable de la ciudad. Rodeada de edificios y avenidas, parecía una isla en un mar de asfalto.

Al acercarse vio un cuidado jardín y unos grandes cedros que parecían defender la casa de la metrópoli. En la galería que daba acceso a la entrada estaban reunidas varias personas.

Cuando llegó, le miraron con curiosidad. Sus semblantes eran serios y le observaban con interés mal disimulado. Como pudo, David preguntó por Saigo. Al poco, una mujer salió y le dijo, según creyó entender, que era su hija, y después algo que David no pudo comprender.

Mientras la mujer hablaba, apareció un joven que le indicó en su idioma que era el nieto de Saigo, y le preguntó qué quería.

—He venido a verle desde muy lejos.

El joven tradujo a su madre las palabras de David.

—Me temo que ya no será posible —repuso la mujer a través de la traducción de su nieto.

—Mi abuelo está muy enfermo —explicó el joven—. Nos tememos que muera en cualquier momento.

David quedó desconcertado. No sabía qué decir.

—Lo siento —balbuceó.

—¿Le conocía?

—Personalmente no, pero una amiga común me dijo que él tal vez podría ayudarme.

—Quizá si hubiese venido antes.

—Lo siento —reiteró David.

El nieto de Saigo dio por terminada la conversación y se volvió hacia la casa, pero cuando iba a entrar se paró y se volvió hacia David, que se alejaba confuso.

—Un momento —le llamó—. El abuelo nos dijo que esperaba a alguien que vendría de muy lejos. Pero creíamos que deliraba. ¿Es posible que tenga algo que ver con usted?

—Seguro que no —contestó sinceramente David.

—Bueno, de todas formas qué más da, ha perdido la conciencia.

En ese momento, la hija de Saigo se acercó a David y lo cogió del brazo.

—¿Le gustaría verle? —preguntó.

El nieto asintió con la cabeza y con un gesto de la mano invitó a David a seguirlos hacia el interior. Aunque no entendía qué sentido podía tener que entrase a ver a un anciano en coma y moribundo al que ni siquiera conocía, David no quiso desairarles y les siguió.

La casa era realmente sobria, modesta incluso. Se descalzó, subió el escalón que separa el espacio de los pies calzados del de los pies descalzos, y dejó sus zapatos debajo de un banco, junto a la entrada. Las paredes estaban desnudas. No había ni una sola silla, ni un sofá. Algunas esteras en el suelo se adivinaban como único asiento.

El nieto recorrió una puerta de papel de arroz con marco de madera. La salita era aún más ascética. Por su aspecto ceniciento y consumido, era obvio que el viejo se estaba muriendo. Vestido con un sencillo kimono oscuro, estaba sentado sobre una estera con las piernas cruzadas y ligeramente encorvado. A David le pareció asombroso que alguien que estaba a punto de expirar permaneciese sentado en esa postura.

—Abuelo —le susurró el joven al oído sin obtener reacción alguna—. Alguien ha venido a verte desde muy lejos.

A instancias del joven, David se acercó, aunque con ciertos reparos.

Sorpresivamente, el anciano abrió los ojos. Su mirada reflejaba una especie de gozo febril. Y todo fue tan rápido que a David no le dio tiempo de hacer nada. De pronto le cogió por la muñeca con una fuerza impensable en un anciano que vivía sus últimos momentos, y susurró algo que David no pudo entender.

Acto seguido el anciano lo soltó y, justo en ese momento, cerró los ojos y expiró. David quedó aturdido por lo que acababa de suceder. Salió respetuosamente de la habitación, desconcertado por haber sido la causa de esa última crisis que quizás había precipitado la muerte del anciano. Pero ninguno de los presentes dijo nada, ni siquiera le dirigió una mirada reprobadora.

David permaneció fuera hasta que salió el nieto. Esperó a que recibiese las condolencias de los que estaban aguardando en el porche, y al acabar se acercó a él.

Se disculpó como pudo por lo que había sucedido, pero el nieto no pareció guardarle ningún rencor. Más aún, parecía satisfecho de que su abuelo hubiese recobrado la conciencia antes de morir, aunque fuese por unos breves instantes.

—¿Ha entendido lo que le ha dicho?

—No, mi japonés aún no es muy bueno —contestó David mostrándole su librito.

—Ha dicho: «Eres el número cuarenta y siete».

—¿Cómo? ¿A qué se refería?

—No lo sé.

—He venido hasta aquí a verle porque me dijeron que su abuelo era un samurái.

—No, eso no es cierto. Si lo hubiese sido yo lo sabría. Me contó toda su vida, sus viajes, sus experiencias, incluso antiguas leyendas que le gustaba recordar. Algunas ciertamente eran de samuráis, pero solo se trataba de viejas historias. Si hubiese sido samurái, me lo habría dicho.

—También me dijeron que era un experto en artes marciales.

—Eso sí, especialmente en el arte de la espada.

—¿Sabe dónde aprendió?

—De joven viajó por muchos lugares, luchó en la guerra, incluso fue aprendiz de monje en un monasterio. Allí aprendió a meditar y practicó diferentes artes marciales. Al cabo de unos años abandonó el monasterio y continuó viajando. Tiempo después se casó con mi abuela, se dedicó a enseñar el arte de la espada y a cuidar su pequeño jardín. Era un hombre muy bondadoso, en nada parecido a la imagen que se tiene de un samurái.

David estaba desconcertado, no sabía qué decir. Todo aquello le resultaba realmente extraño. Como ya no tenía excusa para seguir allí, preguntó por decir algo:

—¿Sabe dónde está ese monasterio?

—No lo recuerdo, pero si tiene mucho interés puedo buscar alguna pista entre sus papeles. Hay un manuscrito muy antiguo que mi abuelo guardaba con celo, tanto que nunca me dejó leerlo. Decía que era de alguien muy importante, de un hombre llamado Terasaka Kichiemon, que vivió hace muchos años en ese monasterio.

David no sabía qué importancia podía encerrar ese dato, pero no tenía a dónde ir ni qué hacer, y aquel joven era de los pocos con los que había podido mantener una conversación desde que llegó a Japón, así que le dijo que tenía gran interés en ver el manuscrito.

—Si quiere, venga mañana al templo Kisshoji. Mi abuelo lo dejó todo preparado para que allí se celebrase la ceremonia de su funeral. Yo antes intentaré echar un vistazo a ese manuscrito.

David se marchó, confuso de nuevo, pero al menos al día siguiente tendría algo concreto que hacer. Volvería para saber dónde había estado de joven Saigo, pero no sabía de qué le iba a servir esa información si aquel hombre no había sido un samurái.

Manuscrito de Terasaka

Los trescientos samuráis de Asano se reunieron en el jardín del castillo de Ako. La noticia había corrido como la pólvora. Todos estaban al corriente de lo sucedido y preparados para luchar y vengar a su señor. Mientras unos y otros hablaban a la vez, se presentó Oishi y levantó la mano para indicar que guardasen silencio.

—Nuestro señor ha muerto.

A continuación comenzó a explicar lo sucedido.

—La ley del sogún es clara: quien esgrime una espada dentro del palacio debe morir.

En ese momento llegó Kataoka, que, casi sin aliento, anunció:

—¡Kira está vivo!

Voces de cólera se alzaron entre los samuráis.

—¡Defendamos el castillo!

—¡Ataquemos el palacio del sogún!

—¡Matemos a Kira!

—Es una injusticia —dijo Oishi—, pero no podemos vencer en una batalla contra Edo. Nuestra venganza ha de planearse bien y con inteligencia.

—Debemos actuar contra la injusticia, atacar y matar a los causantes de esta afrenta, y no hacer planes para salvar la vida —intervino Mimura.

Mimura era un hombre joven, fornido y alegre, pero ese día estaba furioso consigo mismo por no haberse dado cuenta de lo que sucedía cuando en el palacio del sogún sacaron a su señor mientras ellos eran burlados y engañados.

—Aunque no logremos matar a Kira, aunque todos muramos en el intento, no importará, la victoria y la derrota no significan nada —terció Horibe, un veterano y respetado samurái, que iba vestido con su traje de combate al igual que otros muchos de sus compañeros—. Lo único que importa es morir tratando de lavar el honor de nuestro señor y el nuestro.

Como las protestas iban en aumento, Oishi dijo:

—Yo también quisiera desenvainar la espada y dirigirme contra el palacio de Edo, entrar y matar allí mismo a Kira, pero no podemos arriesgar la vida de la hija de nuestro señor ni la de su esposa.

Yoshida, el guerrero mayor, uno de los samuráis de Ako más experimentados, y con cerca de setenta años a sus espaldas, se adelantó para apoyar a Oishi. Delgado, áspero y duro, poco dado a emotividades y sentimentalismos, Yoshida levantó sus fuertes y poderosas manos indicando que guardasen silencio.

—Para ganar tiempo, mañana presentaremos una apelación ante el sogún por esta injusticia —propuso Yoshida—. Antes, en cuanto el sol salga por el horizonte, si nuestras justas peticiones no son escuchadas y Kira no es condenado a morir, aquellos

de nosotros que estemos dispuestos a luchar o a morir por seppuku nos reuniremos de nuevo aquí.

Los samuráis se dispersaron y Oishi pidió a varios de los más destacados entre ellos que le acompañasen.

El fiel Oishi pasó la noche en vela sopesando qué hacer y escuchando a los samuráis de más edad y experiencia, especialmente a Yoshida, Hara y Apodera.

—Nuestro temerario y joven señor se vio comprometido a relacionarse con la corrupción de la corte del sogún —explicó Oishi.

—Es fácil que nuestro señor Asano perdiese los nervios en un momento de ira y frustración ante la insidia y la falsedad de Kira. Era un hombre impulsivo. Un samurái no debe dejarse arrastrar por sus pasiones —dijo Yoshida, pensativo.

—Nuestro señor no era un dechado de virtudes, aunque eso no supone que su acción no fuese correcta y, por lo tanto, debemos vengarnos —intervino con vehemencia Hara.

—El principal deber de un samurái es ser leal a quienes están a su cargo, y solo entonces a su daimio —precisó Oishi—. Hay mucha gente que depende de lo que aquí decidamos.

En ese momento entró Onodera. Era un hombre cuya opinión era valorada por muchos de sus compañeros, y antes de decidirse a participar en la reunión había estado tomando el pulso a otros samuráis. De alguna forma representaba la opinión de una buena parte de ellos.

—Mañana la mayoría no se presentará —anticipó Onodera—. Muchos opinan que nuestro señor Asano no se preocupó por las consecuencias de sus actos irreflexivos, ni de lo que sucedería con su familia, ni con sus sirvientes, ni con nosotros.

—Cobardes —masculló Hara, acariciando la empuñadura de su espada.

—Asano solo me ha dirigido la palabra en contadas ocasiones —dijo Onodera—, y muchos otros de los samuráis de Ako, como mi hijo Koemon, ni siquiera han hablado con nuestro señor una sola vez. ¿Debería decirles que mueran por él?

—No limpiamos solo su honor, sino sobre todo el nuestro —señaló Hara.

—Es posible, pero como consecuencia de sus actos —dijo Onodera, que nunca daba un paso atrás cuando creía que la razón estaba de su lado—. Si esto no hubiese sucedido todo seguiría igual, él en el palacio del sogún ascendiendo en el escalafón de la corte y nosotros sirviéndole.

—Ha sido un honor servirle —insistió Hara.

—Es un honor servir a un buen señor —intervino Apodera—. Él sabía que el simple hecho de desenvainar la espada en el castillo de Edo, y más aún atacar a un funcionario en el palacio del sogún, aunque tuviese motivos morales para hacerlo, es un delito grave que conlleva la muerte, la ruina de su estirpe y la confiscación de sus

tierras.

—También sabía que ello representaría una calamidad para sus servidores —abundó Onodera—. He servido con lealtad a la casa de Asano durante muchos años, y ahora voy a ser un ronin, un vagabundo. ¿Debería dar mi vida por limpiar su honor y hacer que otros la den también?

—Asano se había abandonado, de lo contrario Kira no habría sobrevivido —apuntó Apodera, que había visto nacer a su señor cuando él ya era un curtido samurái—. Se dejó llevar por su carácter impulsivo, pero no supo matar a Kira, y eso atormentará su espíritu. Reconozco sus errores, pero también la intención justa de su acto.

—Si al menos hubiese acabado con la vida de Kira, nosotros no deberíamos matarlo, pero no fue capaz de hacerlo —dijo Onodera—. Mal carácter, mal control, mal arte de la espada.

—¿Vais a dejar que su espíritu no descanse en paz? —preguntó Apodera.

—No daré mi vida por un mal samurái —aseguró Onodera, y salió de la estancia.

Yoshida se levantó y miró hacia el campo que se extendía a lo lejos.

—No se trata solo de ejercer la venganza por lealtad a Asano, sino por lealtad al código del samurái.

En ese momento, Oishi, que había guardado silencio escuchando a los samuráis de mayor experiencia, dijo:

—Nuestro tiempo toca a su fin. Emerge otra clase que ocupará el lugar de privilegio de los samuráis. Dentro de poco ya nadie nos necesitará. Las guerras seguirán, pero ya no habrá honor en ellas.

—Ya no hay sitio para el guerrero. Acabaremos siendo los recaudadores de los mercaderes —dijo Yoshida—. Pero hasta un samurái tiene un límite que si se pasa no hay vuelta atrás, y eso sucedió entre Kira y Asano.

—Somos guerreros sin guerra —reflexionó pensativamente Oishi—. La realidad de un mundo que acaba y de otro que comienza, y que nos da la espalda.

6

El manuscrito

Al día siguiente a David le costó un buen rato encontrar el templo Kisshoji. Tuvo que preguntar varias veces hasta que supieron indicarle dónde estaba.

Al llegar al templo, donde se celebraba el sepelio, vio con cierta sorpresa que, aunque la entrada estaba situada en un tranquilo callejón, se hallaba entre dos importantes avenidas muy concurridas y con tráfico intenso.

Una alta valla protegía el recinto y dos grandes puertas de madera pintadas de color rojo permanecían abiertas a los visitantes.

El templo Kisshoji recibió a David con la hermosura de los cerezos en flor. Nada más entrar vio la estatua de piedra de Asano, el señor de los cuarenta y siete ronin, arrodillado para llevar a cabo el seppuku. La historia de aquellos hombres se cruzaba de nuevo en su camino.

Como aún era pronto, David curioseó por el templo. Las instalaciones eran realmente grandes. En tiempos pasados habían servido de refugio para cientos de personas que se habían quedado sin hogar debido a los incendios tan frecuentes en las ciudades japonesas por ser las casas de madera y estar tan apiñadas unas junto a otras.

Entró en una capilla. Una imagen dorada de Kwanyin, la diosa de la misericordia, daba paso a las estatuas de cuarenta y siete hombres y de su señor. Sus caras, los gestos decididos y las armaduras y los vestidos lacados les hacían parecer a punto de ponerse en marcha. Algunos eran hombres jóvenes, casi niños, con caras barbilampiñas; otros, ancianos venerables con el rostro surcado de arrugas, pero todos iban vestidos y armados como guerreros.

Cuarenta y siete estatuas representaban, uno a uno, a los cuarenta y siete ronin. Entre ellos estaba Oishi, su capitán, tocando el tambor en señal de que comenzaba el asalto al castillo de Kira.

Al cabo de un rato, se acercó al grupo donde estaban la familia y los amigos de Saigo. Todos, hombres y mujeres, iban de negro, y David se alegró de haberse puesto la camisa negra que había usado en el funeral de su familia.

No quería molestar y trató de ser discreto. Pero en cuanto le vieron, como símbolo de purificación antes de la ceremonia, fue invitado a lavarse las manos y enjuagarse la boca en unos lavabos puestos expresamente en el santuario.

En el ataúd, el cuerpo de Saigo estaba orientado al oeste y vestido con un kimono negro cruzado de derecha a izquierda, como manda la tradición. El abad del templo humedeció los labios del finado, «el agua del último momento», puso seis monedas en el féretro para atravesar el río Tres Cruces, y dijo:

—Saigo cruzará el río por su parte menos profunda, debido a su vida bondadosa dedicada a los demás.

A continuación entonó un *sutra* y los familiares ofrecieron incienso ante el cuerpo de Saigo. Los asistentes, por su parte, cubrieron el ataúd de flores que llenaron la sala de suaves fragancias.

Al acabar la ceremonia, el nieto de Saigo se acercó de nuevo a David, esta vez acompañado del monje, que hizo una leve reverencia que fue correspondida por David.

—He encontrado algunos papeles de mi abuelo en los que explica dónde está el monasterio en el que pasó parte de su juventud —comentó el joven—. Dice que está en la región de Hiroshima, en las montañas. También he repasado durante toda la noche el manuscrito de Terasaka. Es realmente sorprendente. Habla de los samuráis y de una antigua historia que precisamente está representada en este templo.

—La conozco —intervino David—. En Tokio estuve en el templo donde los enterraron.

—Aquí se conservan uñas, pelo y armas de aquellos hombres.

El abad, que había permanecido callado, intervino.

—Me han contado lo que sucedió ayer con Saigo —dijo. Estaba acostumbrado a hablar distintos idiomas, su templo era frecuentemente visitado por extranjeros atraídos por la leyenda de los cuarenta y siete ronin.

—Lo siento mucho, de verdad —repuso David.

—No me refiero a su muerte, sino a lo que dijo justo antes de morir: «Eres el número cuarenta y siete».

—Estaba desvariando.

—No lo creo. Aunque lo vieras a las puertas de la muerte, Saigo tenía un gran control de su cuerpo y de su mente. Fue algo premeditado y consciente.

—¿Cómo es eso posible? Estaba inconsciente. Fue un acto reflejo, un desvarío —insistió David—, pudo haber dicho cualquier cosa.

—Hoy justo se cumplen trescientos años.

—¿Trescientos años? ¿De qué?

—Hace trescientos años Terasaka, uno de los ronin que participaron en este sangriento episodio de la historia japonesa, precisamente el autor del manuscrito que guardaba Saigo, se ordenó monje aquí, en Kisshoji.

David miró al abad sin saber de qué estaba hablando ni qué tenía él que ver con aquello, pero de alguna manera se sentía atraído por la conversación. Sí, demasiadas casualidades.

El nieto de Saigo interrumpió diciendo que debía irse a acompañar a su madre a la cámara de cremación. Le indicó que se llevara el viejo manuscrito de Terasaka, pero David se negó.

—Si era un legado tan importante para su abuelo, también lo será para su familia, e incluso para el templo. No puedo aceptarlo.

—Él me dijo que la persona que esperaba debía llevárselo.

—Pero seguro que esa persona no soy yo. Ni siquiera le conocía.

—Cierto, pero nadie más ha venido. He de cumplir con la última voluntad de mi abuelo, y mi madre está de acuerdo en que así ha de ser. Si él esperaba que alguien viniese y nadie más lo ha hecho, debe llevarse el manuscrito. Además, fue sorprendente que estando, según los médicos, en coma irreversible despertase justo en el momento en que usted se acercó a él.

David reiteró que no creía que él fuese a quien su abuelo esperaba. Le parecía que eran los desvaríos de un moribundo. Además, el manuscrito estaba escrito en japonés antiguo.

—Durante años, mi abuelo tradujo el manuscrito del japonés clásico al japonés moderno. Llévase la versión actual. Nosotros conservaremos la más antigua. De todas formas, he hecho una fotocopia de la traducción de mi abuelo.

Ante la insistencia del joven, David aceptó el regalo.

—Además —continuó el nieto de Saigo— he encontrado un plano con la ubicación del monasterio. Tenga —añadió tendiéndole un arrugado papel con un dibujo bastante impreciso.

Cuando David iba a retirarse, el monje dijo:

—Espere. Venga, por favor, acompáñeme al templo.

David se encontraba a gusto allí, en aquel lugar, y no dudó en seguirle. Franquearon las puertas rojas que conducían al interior del templo, las puertas de los dioses, el paso entre el mundo finito de los humanos y el infinito de los dioses.

—Hace muchos años, en Japón, la religión shinto, «el camino de los Dioses», se fusionó con el budismo, «la vía del Buda» —dijo el abad, señalándole una banqueta frente a un pequeño altar para que tomase asiento—. El sintoísmo es para las celebraciones y el nacimiento, el budismo es para las épocas de dificultades y para la muerte. Ya ve, aquí tenemos todo lo necesario para vivir y para morir.

El monje conocía la historia de los cuarenta y siete ronin, incluidos muchos detalles que no habían salido a la luz pública.

—Esa fusión del budismo y el sintoísmo dio origen al bushido, la vía del samurái, el precepto que seguían estos hombres. Sus normas son sencillas: la conducta honrosa, la decisión justa, la autenticidad y la sinceridad, el valor, el honor y la gloria, la lealtad, la compasión y el amor hacia todo lo existente.

—He venido a Japón en busca de un samurái que me enseñase el arte de la espada —dijo David—, pero por lo que sé los samuráis prácticamente han desaparecido. Supongo que las actuales armas tienen la culpa.

—La esencia de los samuráis no depende del arma que empleen —repuso el

monje—, por lo que las armas de fuego no pueden ser la causa de que desaparezcan o no. Su fortaleza radica en su esencia, en su dignidad y sinceridad.

—La forma de entender la vida hoy en día, sin compromiso, sin ideales, sin lealtades, tampoco ayuda.

—Cierto. Es más, el legado de los samuráis corre el peligro de ser corrompido. Se usa la leyenda y los preceptos de los samuráis para fines ajenos a los que su espíritu representa. Hay organizaciones y empresas que convencen a sus empleados para que actúen a favor de sus intereses y les exigen lealtad incondicional, como si fuesen samuráis.

—Siempre hay embaucadores que echan mano de lo que sea para aprovecharse de los demás.

—Engañados, se consagran absolutamente a un trabajo esclavista, como si eso les convirtiese en samuráis al servicio de su señor, incapaces de rebelarse contra unos métodos despóticos e injustos. No hay honor en ese comportamiento; no es entrega sino sumisión.

Aunque todo aquello le parecía muy interesante, David no sabía bien adónde conducía.

—Antes de morir, Oishi, el capitán de los samuráis de Ako, conjuró a los kami. Son espíritus o, si lo prefiere, deidades adoradas en el sintoísmo —aclaró al advertir que David no tenía muchos conocimientos del tema—. Existen ocho millones de kami, que significa incontables, innumerables, infinitos.

Con parsimonia, el monje procedió a explicarle que los kami eran fuerzas naturales que poblaban la tierra y la naturaleza, seres espirituales que habitaban niveles superiores de existencia. El sol y la luna eran kami, incluso los antepasados, una montaña, un árbol o una espada.

—Dicen que antes de inmolarsse Oishi conjuró a Uke Mochi, la deidad shinto creadora de las plantas y los animales, la que recoge después de la muerte las sustancias vitales y las otorga a la nueva vida. Lo hizo justo en el momento en que Amaterasu, la señora del sol, y su hermano Tsukuyomi, el guardián de la luna iluminada, se unían en el cielo.

—Es una hermosa leyenda —dijo amablemente David.

—Años después, vino Terasaka, el único de los samuráis que no había muerto. En esa época debía de tener más o menos su edad —añadió el monje, señalando a David—. Para entonces era un consumado samurái, un seguidor del bushido. —Le indicó que lo siguiese y lo llevó ante las estatuas de aquellos hombres—. Ciento cincuenta años después —prosiguió—, la ley del sogun Tokugawa Tsunayoshi, que prohibía alabar a los cuarenta y siete samuráis, quedó sin vigor. Entonces se talló la estatua en madera de cada uno de ellos.

—Estas son de piedra.

—Las originales fueron destruidas por los bombardeos aéreos estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial. A principios del siglo veintiuno se volvieron a hacer, esta vez en piedra. —El monje señaló a uno de los samuráis, un joven, casi un niño, y continuó con su relato—: Pasaron muchos años, Terasaka le dijo al abad que había llegado su hora, y antes de partir dejó un mensaje para alguien que vendría un día a recogerlo.

David siguió al monje a una salita interior. El hombre abrió un cajón y sacó un pequeño cofre, del interior de este extrajo un sobre amarillento y se lo entregó. David lo abrió con sumo cuidado, lo miró atentamente y dijo:

—No sé leerlo.

—Está escrito en japonés antiguo —explicó el abad—. Pone lo siguiente: «Puede que mañana el sol no te encuentre, pero no puedes ocultarte de tu destino, no puedes esconderte de ti mismo».

David no entendía qué pretendía el monje contándole aquella vieja historia.

—Esta caja ha sido guardada de abad en abad hasta hoy —prosiguió el hombre—. Nadie más conoce su existencia. Cuando un abad va a morir la deja en custodia al siguiente. Muchos han pasado desde entonces. —Hizo una pausa mientras transcribía el mensaje de Terasaka en un trozo de folio. En cuanto acabó, se lo dio a David—. Terasaka nos habla desde siglos de distancia —añadió.

—¿Y qué nos dice?

—En ese manuscrito encontrará usted muchas respuestas, y quizá muchas preguntas que solo usted podrá responder.

Eran muchas casualidades, el sueño o alucinación que había tenido cuando trató de suicidarse, el hecho de que Sara conociese la tradición de los samuráis, y más que conociese a Saigo, haber llegado hasta el lugar donde se conmemoraba la muerte por seppuku de unos samuráis, y que uno de ellos se llamase igual que el hombre que había ido a buscar a Japón, que llegase justo cuando iba a morir...

Demasiadas casualidades. Y a él le gustaba que las cosas encajasen, que fuesen lógicas y con sentido, pero sobre todo lo que más le incomodaba era que todo aquello le parecía normal, sentía que le era familiar, que todo sucedía como debía suceder.

David salió del templo con el manuscrito de Terasaka bajo el brazo. Entonces, abrió la primera página y comenzó su lectura.

Manuscrito de Terasaka

Amaneció. De los trescientos samuráis se presentaron sesenta. El vaticinio de Onodera se había cumplido. Al no verle, Oishi le echó de menos. Hombres como él serían necesarios en la contienda que se avecinaba.

Oishi les comunicó su decisión: mandarían la carta de apelación al sogún, tal como había propuesto Yoshida, pero si como esperaban no se tenían en cuenta sus justas reivindicaciones, entregarían Ako pacíficamente a los soldados del sogún y cada uno se iría por su lado. Oishi prepararía el plan y estarían discretamente en contacto. Finalmente, cuando menos lo esperasen se volverían a reunir, atacarían el castillo de Kira y lo matarían. Tras ello, los que sobreviviesen serían condenados a la pena de muerte, pero ¿qué muerte había más digna que morir por su señor?

En ese momento se presentó Onodera, decidido y seguro de sí mismo, y su hijo Koemon, un joven y dispuesto samurái de mirada tierna y cara de niño travieso.

—No vamos a permitir que vayáis sin nosotros —dijo como toda explicación.

Sesenta y dos samuráis de Ako dispuestos a luchar y morir.

Todos estuvieron de acuerdo.

Pronto llegó el veredicto.

El hermano menor del señor de Ako, Asano Daigaku, fue puesto bajo arresto domiciliario para evitar cualquier intento de venganza por su parte, su línea familiar fue excluida y todos los bienes de Asano confiscados. Sin embargo, Kira salió sin siquiera una amonestación y con la protección del sogún.

Esto indignó aún más a los samuráis de Ako. Consideraron que no se había hecho justicia, no por la sentencia del sogún contra Asano, sino por no haber cumplido la ley que debía haberse aplicado en este caso: «Igual castigo para los querellantes». Esta ley condenaba a la misma pena a los dos samuráis que hubiesen participado en un altercado en el palacio del sogún. De tal forma, deberían haber sido castigados ambos, Asano y Kira. Pero Asano había sido condenado a seppuku el mismo día del incidente, sin que se llevase a cabo una investigación de los hechos y obligado a quitarse la vida en un lugar inapropiado para un hombre de su rango, puesto que no era indicado más que para criminales, y Kira no solo salía sin castigo alguno, sino que era protegido por el propio sogún ante la posible venganza de los samuráis.

De hecho, el sogún había encargado la protección de Kira a su daimio más destacado, Uesugi de Yonezawa, del clan de los mejores arqueros, con cuya hija se había casado Kira. Uesugi, para complacer a su yerno, había puesto al frente a Chisaka, su samurái de más alto grado.

En el escrito, los leales samuráis de Asano suplicaron que se aplicara la ley de reciprocidad a los contendientes y que se reinstaurara la casa de Asano.

Sus peticiones no fueron escuchadas.

Oishi ordenó que se recogiera todo el dinero que hubiese y lo guardasen para usarlo en sus planes cuando fuese necesario, y que el registrador lo arreglase para que los tenedores de libros del sogún no se diesen cuenta.

Para no levantar sospechas, Oishi decidió que se escondiesen las armas y armaduras en distintos lugares y que, según sus aptitudes, los samuráis se convirtieran en monjes, trabajadores, maestros o comerciantes ambulantes.

A los pocos días, el daimio Sengoku llegó a Ako con un ejército de más de quinientos samuráis.

Antes de que los hombres de Asano saliesen definitivamente del castillo de Ako, Sengoku y Oishi se reunieron para concluir el traspaso de poderes.

—Estoy seguro de que os sentiréis indignados por que Kira no haya sido condenado —dijo Sengoku.

Oishi guardó silencio.

—Esta situación ha sido considerada por el gobierno del sogún como un ataque de Asano a Kira —continuó Sengoku— y no como un enfrentamiento entre samuráis, en cuyo caso debían ser castigados los dos. Se ha juzgado como una falta unilateral por su parte.

—La ley es clara: igual castigo a los contendientes —dijo Oishi.

—El sogún se ha mantenido al margen; han sido los inspectores generales del gobierno quienes han decidido dar ejemplo para mantener el orden. También he de decirte que el maestro Asami Yasuda, uno de los miembros del consejo, ha sido degradado por oponerse a la sentencia.

—Un hombre justo.

—Kira ha realizado valiosos servicios al gobierno y al sogún durante muchos años. Ha sido un buen funcionario y un buen aliado.

—Kira es un hombre corrupto.

—Es un funcionario más, un meritorio maestro de ceremonias y ritos. No es especialmente corrupto, solo sigue una tradición fuertemente instaurada. Hacer regalos es una forma de ganarse el favor de alguien, una práctica admitida en la corte y en nuestra sociedad.

—La corrupción se disfraza de muchas maneras.

—Siempre ha sido el modo en que los samuráis y otros miembros de la jerarquía japonesa de menores ingresos puedan complementar sus recursos. De hecho, Kira era bastante menos rico que Asano y esperaba de él una compensación apropiada por sus servicios.

—Kira adula a quien le paga y desprecia a quien no lo hace, y miente sobre él. La adulación o la mentira son indicios claros de aquellos que son envidiosos y cobardes, incapaces de ser personas dignas, devorados por bajas ambiciones.

—Vivimos tiempos difíciles en los que es difícil unir la justicia y la honestidad.

Cuando todo estuvo listo, los samuráis de Ako se prepararon para hacer entrega del castillo y sus propiedades a los enviados del sogún.

Desde los sucesos, la esposa de Asano se encontraba exiliada y, por el momento, a salvo, pero Oishi temía por la seguridad de la pequeña hija de su señor. Oishi recelaba de las maniobras de Kira, incluso de que pudiese tratar de apoderarse de la niña para usarla como escudo ante la posible venganza de los samuráis de Ako. Justo cuando pasaron los sucesos, la niña se encontraba con él, y no iba a permitir que nada le sucediese.

Mientras resolvía qué hacer con la pequeña, decidió dejarla bajo la protección de la familia de Kamei, que se sentía indignado con lo sucedido y pensaba que bien podría haber sido él quien estuviese en el lugar de su amigo Asano. Así, al menos por un tiempo, podía confiar en que pasaría inadvertida y dispondría de mayor protección. La mezcló entre sus hijos y marcharon abandonando su hogar.

Diecinueve de abril de 1701. Había pasado poco más de un mes desde que Asano fuera condenado a seppuku cuando sus samuráis salieron del castillo y se dispersaron.

Desde el instante en que traspusieron el portón del castillo, los hombres de Asano se convirtieron en ronin, la peor pesadilla para un samurái, un vagabundo a la deriva, un samurái sin amo ni señor.

El monasterio

La zona donde al parecer se encontraba el monasterio estaba en un extremo alejado del país: las montañas de Hiroshima.

David decidió ir en su busca. No tenía otra cosa mejor que hacer y tantas coincidencias despertaban su curiosidad, pero sobre todo era el lugar donde quizá pudiese conocer la tradición del seppuku. Aunque en el fondo no creía que allí lograse encontrar nada que sirviese a sus propósitos, prefería vagabundear de un sitio a otro sin conocer a nadie ni ser reconocido por nadie hasta que decidiese cómo morir.

David no tenía ninguna prisa por llegar y, gracias a su librito *Aprenda japonés en diez días*, por el camino fue practicando la lectura del japonés. Cada vez se manejaba mejor, aunque llevaba varias semanas en Japón y ya habían pasado muchos más días de los que pregonaba su jactancioso título. Se sabía de memoria el libro entero, pero aun así todavía lo sacaba para consultar alguna frase. Sin él era capaz de mantener una conversación, incluso entendió, aunque con cierta dificultad, parte de lo que ponía en el manuscrito de Terasaka.

Viajó en tren, en autobús y, finalmente, a pie. Pronto se acostumbró a la comida japonesa. Aunque probó el pescado crudo, se alimentaba básicamente de arroz aderezado con salsas y especias.

Tras muchos días de trayecto, David llegó a la provincia de Hiroshima, donde el nieto de Saigo le había dicho que estaba ubicado el monasterio. A pesar del plano y las explicaciones, por mucho que preguntó nadie supo decirle nada, ni dónde estaba, ni si existía siquiera.

Pasó el tiempo de un lugar a otro. Llegó a uno de los pueblos que según el mapa debía estar cerca del monasterio, pero tampoco allí supieron darle indicación alguna. David esperó aún tres días una señal que le indicase el camino a seguir y por fin desistió.

Deambuló por el pueblo sin saber qué hacer. Le era indiferente, solo quería respirar el aire fresco del atardecer como si fuese su última bocanada, el último aire del mundo.

Anduvo hasta que la noche se cerró sobre él. Era absurdo lo que estaba haciendo, ir en busca de una quimera, ir en busca de un lugar cuya existencia o inexistencia le tenía sin cuidado. Buscaría un lugar cualquiera y se dejaría morir allí mismo. ¿Qué más daba un país u otro, una ciudad o un pueblo perdido en lo más profundo de Japón? Se acercó a un farol encendido que colgaba en la pared de una casa. Sacó el

papel con el plano. Lo miró un instante, como si esperase que cobrara vida y le contase su secreto, lo arrugó y lo tiró al suelo.

Se alejaba decidido a acabar de una vez, cuando oyó una voz.

—Yo conozco ese lugar.

Se volvió, sorprendido. Un anciano sostenía en una mano el papel desplegado y le miraba sonriendo.

—En esa montaña hubo un monasterio —añadió el anciano.

David estaba agotado y el hombre le hizo pasar a su modesta vivienda. Al poco rato estaba ante la mesa rodeado de la familia del anciano, comiendo una sabrosa sopa caliente de verduras y fideos.

Al agradecerle su grata acogida, el hombre le dijo que provenía de una familia de labradores y que desde generaciones en su familia era costumbre compartir con cualquiera que se acercase a sus tierras el pan o lo que hubiese para comer.

—El acto simbólico de abrir y esponjar la tierra para depositar el diamante del grano nos predispone a compartir, a partir el pan y participar con los demás del milagro de la vida.

—Pensaba que esta forma de pensar ya había desaparecido.

—Sí, es cierto. Las nuevas generaciones olvidan las buenas tradiciones de sus antepasados. Recuerdo que cuando era niño, en esta misma casa, mis abuelos, para no olvidar esa unión mística con nuestra naturaleza y sus procesos, hacían una ofrenda a la vida en cada cambio de estación, incluso en el otoño y en el invierno, como símbolo de la ineludible renovación y del silencio interno tan necesario de vez en cuando.

—La generosidad de su familia ha llegado hasta hoy. Gracias.

—No me extraña que no haya encontrado a nadie que supiese dónde estaba el monasterio. Es difícil que actualmente alguien conozca su existencia, debe de encontrarse abandonado y en ruinas desde hace muchos años.

—¿Me puede indicar dónde está?

El hombre cogió el plano que llevaba David e hizo algunas correcciones con un lápiz.

—Yo he sido labrador y he recorrido muchas de nuestras tierras. Nunca he llegado hasta allí. De todas formas, nadie va a ese lugar. No se puede llegar.

—¿No? ¿Por qué?

—El camino está cortado por los terremotos y los desprendimientos de la montaña desde hace tanto tiempo que nadie se acuerda de que allí había un camino y menos un monasterio. Solo deben de quedar escombros, como le he dicho.

—Conocí a un hombre que vivió allí en su juventud.

El anciano labrador le miró incrédulo.

—Debía de ser muy muy viejo —dijo—. Desde que tengo memoria, y de eso

hace ya mucho, ese lugar está abandonado.

A pesar de esa información y de que el hombre le advirtió que no le resultaría fácil encontrar el camino con las indicaciones que llevaba, David decidió ponerse en marcha.

—Espere. Mi nieto, Sanpei, es un buen senderista. Le gusta mucho caminar días y días por las montañas. Tal vez quiera acompañarle una parte del camino.

Sanpei se mostró de acuerdo, aunque sin pronunciar palabra.

El labrador le explicó a David que el chico nunca había hablado. Nadie sabía por qué. No había en él nada que se lo impidiese, ninguna malformación, ninguna tara. Era perfectamente normal, entendía todo y a veces respondía con gestos. Al nacer le dieron por muerto en el parto, y varias horas después, cuando sus padres ya habían llorado su muerte, vieron que se movía.

Desde entonces, nunca lloró, ni habló; solo miraba. Los ojos brillantes, el cabello negro, el rostro ovalado, el silencio de su mirada.

Al día siguiente, el anciano les acompañó hasta el nacimiento de un bosque que ascendía. Le hizo una serie de indicaciones a su nieto Sanpei y dio media vuelta.

Anduvieron durante días por sendas y veredas, por valles y montañas. David no sabía dónde estaban ni adónde iban, sencillamente seguía al muchacho. No hubiese hecho otra cosa que seguirle, continuar adelante, andar, andar. Si el muchacho se hubiese detenido, él se habría quedado allí, parado, vacío, perdido. No hablaban, aunque en realidad no tenían nada que decirse, nada que preguntarse. Solo andar.

El chico no debía de tener más de diecisiete años, pero por su cuerpo menudo no aparentaba más de quince. Su mirada, sin embargo, era vieja como el mundo, y su fortaleza, inagotable.

Cuando paraban a reponer fuerzas, el muchacho se ponía a tallar una especie de caña con una navaja pequeña. Así se entretenía y podían estar sin que David tuviese que hablar. Juntos, en silencio, ambos se encontraban cómodos. Un abismo les separaba y ninguno tenía interés en salvarlo.

Aunque el muchacho había llevado algo de equipamiento, al anochecer David le dejaba su saco de dormir y él improvisaba un colchón con una manta y se protegía del fresco de la noche con una especie de pelliza.

Al tercer día, el chico terminó de tallar lo que resultó un instrumento musical. Rodeados de una exuberancia de cipreses centenarios y gigantescos cedros milenarios, se lo llevó a la boca y al instante un hermoso sonido surcó el aire. David miró estupefacto al muchacho y pensó que solo por algo así ya valía la pena que aquel niño hubiese vuelto a la vida. Él conocía esa melodía, sabía que la había oído antes, pero no lograba recordar cuándo.

Era turbadora.

La armoniosa melodía, sencilla, bella y extraña, resonaba entre las paredes de las

montañas y hasta los pájaros se acercaron a escuchar.

Cada día, cuando paraban, el muchacho tocaba y David se sumía en una especie de letargo. Sus emociones surgían frágiles y lóbregas, y él dejaba que deshiciesen su alma. Poco a poco, como el oleaje que va horadando la piedra hasta convertirla en arena, hasta hacerla desaparecer.

Al cabo de seis días llegaron a un altozano. El muchacho extendió el brazo señalando en una dirección. David sacó unos pequeños prismáticos, se los acercó a los ojos y vio una vereda que bajaba hasta una quebrada. El camino ascendía hacia lo alto de un grupo de montañas. Entre desfiladeros, subieron y bajaron constantemente, hasta que en un recodo no pudieron seguir adelante. El angosto sendero estaba cortado; literalmente se había desplomado y en su lugar había un abismo.

Cuando se disponían a regresar, el chico señaló el tronco de un árbol caído. Con gran esfuerzo, entre los dos lo movieron dificultosamente hasta el camino que bordeaba aquel precipicio. En cuanto el improvisado puente estuvo dispuesto, David se preparó para pasar primero. Mientras trataba de afianzarse sobre el tronco, cayó en la cuenta de que podía precipitarse desde esa altura y matarse. La idea le atrajo tanto que puso poco empeño en agarrarse; pero finalmente pensó en el inconveniente que supondría para el chico si él se despeñaba, y cruzó cogiéndose lo mejor que pudo a la rugosa y seca corteza del tronco.

Justo en el momento en que puso pie en el otro lado, el tronco cayó al fondo del abismo. Un instante más, y David hubiese caído con el tronco al vacío. Le dijo al muchacho que regresase a su casa. El chico asintió y le indicó de nuevo con la mano la dirección en la que debía ir. Tanto insistió en que David se pusiese en marcha que este ni siquiera pudo despedirse.

Mientras se alejaba, se volvió varias veces, y allí seguía de pie el muchacho, moviendo la mano a modo de despedida, hasta que un recodo del camino les separó definitivamente.

En un momento en que paró a consultar el mapa de Saigo y las indicaciones del campesino, encontró la flauta de su joven guía. Un regalo. Era como si le hubiesen dado la partitura de la música del cielo en un idioma incomprensible sin el ángel que la hacía sonar.

Siguió la dirección en que creía que debía de encontrarse el monasterio. Tras varios días de camino, llegó a la zona donde según las imprecisas indicaciones del plano debía de estar, pero allí no había nada. Finalmente, con los prismáticos vio unas ruinas en la fantasmal cumbre de una montaña lejana. Se había equivocado de sendero. Los vestigios de lo que debió de ser el monasterio se adivinaban justo enfrente de donde se encontraba. Efectivamente, parecía derruido y abandonado. Sin duda, allí no había nadie, tal como le había asegurado el viejo labrador.

David era un tipo testarudo y, a pesar de lo que veía, decidió ir hasta allí. Además,

no tenía opción, ya que la comida y el agua se le habían acabado. Tratar de regresar al pueblo no era una alternativa.

Desanduvo parte del camino. Tenía que retroceder y tratar de encontrar el modo de descender y volver a ascender por la quebrada correcta hasta llegar al monasterio, y esperar que allí hubiese algo con que alimentarse, o al menos una fuente en la que beber.

Un par de días después, desfallecido y casi a rastras, David logró llegar. Un puente de madera sobre un barranco, sujeto con cuerdas, destartado y lleno de hierbajos, le condujo hasta la explanada.

Evidentemente, la primera impresión de ruina que había tenido al ver el edificio desde lejos y la información que le había dado el labrador no se correspondían con la realidad. Visto de cerca, el muro de piedra y argamasa del monasterio se veía sólido y en buenas condiciones. La puerta estaba cerrada, y así permaneció a pesar de que David intentó abrirla de mil maneras e incluso la aporreó repetidamente.

Siguió el muro. No ofrecía ningún espacio por donde acceder y se unía en ambos extremos a la pared vertical de la montaña. Era imposible entrar por otro lugar que no fuese la recia puerta, pero esta permanecía cerrada.

Desde luego, no presentaba ningún signo de ruina. Al contrario, resistía indemne el paso del tiempo. Por las reparaciones del muro, era evidente que allí vivía alguien. El lugar sin duda no estaba abandonado.

Volvió a llamar insistentemente a la puerta, hasta que las pocas fuerzas que le quedaban se agotaron. Se sentó junto a un árbol que crecía cerca de la entrada.

Al atardecer oyó un murmullo que procedía del interior. Parecían los rezos de un numeroso grupo de hombres. Por respeto esperó a que terminaran y de nuevo llamó a la puerta, sin obtener respuesta. Cogió una piedra y la aporreó y gritó hasta que no pudo más, pero todo fue inútil.

Estaba claro que quienes vivían allí tenían que haberse percatado de su presencia, aunque también saltaba a la vista que no querían saber nada de él.

El cansancio, la tensión, el hambre, la sed, la fiebre y el dolor, que seguía allí, en su interior, creciendo ahogadamente, asfixiándole, hicieron que David desfalleciese. Buscó otra vez refugio bajo el árbol y se desplomó.

Manuscrito de Terasaka

Habían pasado dos meses desde el suceso en el palacio del sogún. Kataoka fue a ver a Oishi para informarle de que los ronin que se habían trasladado a Edo, cerca del castillo de Kira, estaban inquietos.

Oishi temió que pudiesen actuar impulsivamente. A pesar del riesgo que entrañaba para sus planes acercarse a Edo, ya que era consciente de que Kira contaba con fieles espías que los vigilaban, especialmente a él, decidió presentarse ante ellos para tranquilizarlos.

En cuanto salieron, Oishi notó que los espías de Chisaka les seguían. Cuando vieron la dirección que tomaban avisaron a la capital que Oishi iba hacia allí.

Recorrieron a caballo la distancia que les separaba de Edo. Atravesaron Shiga y Nagoya, para después llegar a Kofu.

En el camino, cuando el terreno se abrió mostrando a lo lejos el mar, Oishi detuvo el caballo y desmontó. Kataoka percibió su deseo de estar solo y se mantuvo a distancia sobre su montura.

Oishi permaneció un rato pensativo al borde del camino que conducía a Edo. La mirada perdida. El pensamiento entre un tiempo y otro: el pasado, que nunca volvería, el presente, que moría en aquel instante, y el futuro, que llegaba veloz, como su caballo al acercarse a la ciudad. Él quiso esperar un poco más, parar ese tiempo desbocado antes de dejar que siguiese su inevitable transcurrir, pero subió al caballo y lo azuzó para alcanzar presto a su destino.

Al enterarse de que el capitán de los samuráis de Asano se dirigía a Edo, Kira, inquieto por su suerte y convencido de que el ataque era inminente, pidió a Chisaka que lo trasladara al castillo de Uesugi, pero él se negó.

—Si los samuráis de Oishi atacan puede suponer un peligro para mi señor —fue la respuesta—. No lo permitiré, aunque su hija sea tu mujer. Ella, si lo desea, puede venir. Tú, no.

—Mi familia descende del clan Ashikaga del Seiwa Genji. Soy pariente de Uesugi, de los Tokugawa Mikawa y del mismísimo sogún —presionó Kira.

—El sogún te ha perdonado la vida; no tientes a la suerte.

—El propio tío de Asano, Naito Izumi, mató a otro daimio en el templo durante los ritos funerarios por el alma del cuarto sogún. Mientras lo detenían gritaba que le había atacado como venganza por una ofensa anterior. Es algo común en esta familia comportarse de forma irracional. No estoy seguro en ningún lugar.

Chisaka era un samurái honorable, un seguidor de la vía del guerrero.

—Mejor sería que siguieras los pasos de Asano y murieses con honor. Todos te lo agradeceríamos, incluido el sogún, y tu familia recuperaría el respeto.

—Mi familia ha sido responsable de los asuntos ceremoniales desde que los

Tokugawa gobiernan Japón —dijo Kira—. Nunca ha habido queja alguna de mis servicios a la corte y al sogún.

—Si no lo haces, el oprobio te acompañará toda tu vida y salpicará aún más a tu familia.

—He sido objeto de burla y rechazo por parte de todos, incluida mi familia, y la única excepción ha sido la gente de mi pueblo, que sí valora lo que hago por ella. No veo en qué puedo mejorar mi situación o mi reputación. No, no lo haré. Asano era un hombre tan vehemente como negligente, un borracho y un mujeriego. Otro, al aceptar el cargo, habría puesto más empeño en aprender y en comprender la forma de vida de la corte y amoldarse a ella. Su respuesta disparatada a una broma cortesana ha sido la causa de esta situación en la que no soy el verdugo sino la víctima.

—Sacaste tu arma en palacio.

—Estaba desprevenido. Fui cogido por sorpresa, y aun así rechacé un torpe ataque por parte de un hombre perturbado. Yo no esperaba esa reacción desmedida ante una burla estúpida, por lo que cualquier samurái que se digne de serlo debería haber acabado con mi vida antes de que yo me defendiese y los presentes se lo impidiesen.

—Recuerda lo que dijo un día Uesugi: «Quienes se aferran a la vida mueren, quienes desafían a la muerte sobreviven».

—Y tú recuerda que soy el maestro de ceremonias del sogún y que hago mucho más que seguir protocolos de buenas maneras. No lo olvides.

Chisaka sabía que Kira era un maestro de onmyodo, el arte de los cinco elementos y del yin yang. Un hombre temible y poderoso.

En vista de que Kira no estaba dispuesto a cometer seppuku, Chisaka aceptó aumentar la protección en el castillo de Kira para cumplir la misión que le habían encomendado de cuidar de él.

Kira residía en un complejo amurallado que comprendía un patio, establos para los caballos, casas para alojar a los soldados y a los oficiales y sus familias, jardines y su mansión. Aumentó la altura del muro, cavó un foso alrededor, recubrió los tejados con barro para resguardarlos de las flechas incendiarias, y Chisaka apostó a los mejores arqueros en las torres de vigía.

El hedor en la capital del Este aumentaba por días. Los perros campaban a sus anchas por la ciudad a salvo de cualquier maltrato por parte de los mortificados vecinos. Se reproducían a miles en las calles de Edo y la convivencia con las personas se hacía insufrible. Los comerciantes de productos alimenticios trataban de expulsar a los animales de las cercanías de sus negocios con objeto de evitar que les atacaran para quitarles la comida.

Oishi citó al mediodía a Yoshida, Kinemon y otros de los samuráis de Ako en el mercado principal de Edo. A esa hora el trajín era mayúsculo y nadie se percataría de

su presencia. En las calles del mercado se podía encontrar de todo. Los pescaderos, carniceros y otros comerciantes llamaban la atención a gritos desde sus puestos multicolores. La carne de animales colgaba de ganchos y la pesca se amontonaba en cajones, recién traída de la costa. Pescado, carne, frutas, frutos secos, caramelos, dulces, inciensos y hierbas de mil variedades se repartían por los abigarrados puestos.

Oishi llegó a un tenderete de comidas regentado por Jubei Otake, uno de los veteranos de Ako. Con un largo bastón trataba de mantener a raya a los perros que continuamente se acercaban. Se sentaron bajo un toldo al abrigo de miradas indiscretas. Oishi vio un gran pez espada que esperaba ser troceado y dijo:

—Has cambiado tu espada por un pez.

—Es una buena arma si se necesita acabar con la competencia —repuso Otake mirando a los vociferantes vendedores.

—Seguro que podrías acabar con todos.

—La reunión es en un taller de forja al norte de la ciudad.

—Lo sé, yo mismo propuse el lugar —informó Oishi—. Ogata Korin, el maestro forjador, es un buen amigo y un hombre digno de confianza. Pero habrá que ir con cuidado por si nos siguen los espías de Chisaka. Debe parecer que hemos venido a ver a unos viejos amigos y a hacer negocios.

Otake les sirvió sendos cuencos de sopa de pescado y algas. Dieron buena cuenta de ella y, como aún era pronto, y por si acaso les espiaban, se entretuvieron jugando al go. Oishi frente a las piedras negras, Otake frente a las blancas. El ejército de uno y el del otro sobre un campo de batalla cuadrado.

—Hemos de atacar antes de que sea demasiado tarde —dijo Otake, deseoso de venganza.

—Cuando el marino se adentra en un mar desconocido, trata de familiarizarse con las corrientes y los vientos que se va a encontrar.

—La cautela a veces se confunde con el temor —previno Otake.

—No es miedo ni cautela, sino estrategia —aseguró Oishi—. Si crees que el enemigo es más fuerte que tú, llamas al miedo; si crees que es igual de fuerte, llamas a la cautela; pero si crees que tú eres más fuerte y astuto, y esperas el momento oportuno, llamas a la victoria.

El go, juego practicado por muchos samuráis para mejorar su estrategia en las batallas, consistía en rodear y capturar las piedras del enemigo.

—Ahora te afanas por crear la mejor estrategia para derrotarme al go; lo mismo debemos hacer con Kira.

Otake no lo tenía claro, él deseaba luchar.

—Tú eres un gran jugador de go. —Oishi se dirigió a Kinemon, que observaba la partida— y has actuado astutamente en nuestro plan de venganza.

Kinemon se había casado con la hija del constructor que había levantado la

mansión de Kira. Con esta estratagema trataba de conseguir información que resultase valiosa para los planes de venganza. Gracias a Kinemon, supieron que Kira, esperando represalias, había incrementado su guardia personal y estaba fortificando su castillo. De esta forma, un asalto frontal no podía sino fracasar, mucho más si desde el castillo estaban prevenidos ante un posible ataque.

Oishi derrotó a su compañero, y partieron a encontrar al resto de samuráis. Onodera había preparado la reunión en un taller de forja de espadas. Aquel lugar se consideraba un templo y el maestro forjador una mezcla de artista y hombre santo. En la entrada se veía un cartel que rezaba: «Se pulen almas».

Dos curtidos y corpulentos trabajadores les franquearon el paso al interior, observando con atención al portador de una de las espadas que ellos habían ayudado a crear.

En la penumbra del taller, un hombre con la cabeza rapada y el torso desnudo y sudoroso daba indicaciones a varios operarios que se afanaban en mantener la fragua encendida. Ogata Korin, pintor, calígrafo, artista de gran renombre y maestro forjador de la escuela del gran maestro Koetsu, se acercó a Oishi y le saludó con reverencia.

Siguiendo la tradición de su maestro, Korin creaba algunas de sus espadas para la corte imperial y para ciertos daimios, como Asano, al que tenía en gran estima. La espada que había usado Asano para acabar con su vida era obra suya.

Oishi era uno de los elegidos para llevar una de sus legendarias espadas. Además, tenía en su casa una de las obras más selectas de Korin, un paisaje embellecido con aves, árboles y flores, creado con infinitas gradaciones de colores y tonalidades. Tan maravillosa obra de arte ayudaba a su mente a abstraerse en su contemplación. Era quizá la única de sus posesiones, junto a su espada, que Oishi apreciaba.

Korin acompañó al grupo hasta un patio interior donde esperaban los demás samuráis y cerró la doble puerta para que no fuesen molestados. Tras intercambiar saludos, Kinemon dijo:

—Con la ayuda del sogún, Kira está fortificando su castillo y los accesos a su mansión. Se ha rodeado de los mejores arqueros y de expertos en el arte de la espada.

—Debemos atacar lo antes posible —consideró Hara tras oír la noticia.

—Arriesgar la vida de los que están bajo tu responsabilidad, aunque sea por lealtad a tu señor, no forma parte del código del guerrero —dijo Oishi—. Morir por lealtad, sí. Esperaremos.

—He logrado introducirme en casa del propio Kira —dijo Kinemon—, pero estoy seguro de que ellos también nos tienen vigilados.

—Ahora no es un buen momento —apuntó Oishi—, sobre todo porque están aún más prevenidos por mi viaje hasta aquí. Esperan que ataquemos de un momento a otro.

Onodera estaba acompañado de su hijo y de Ichiyo, su mujer. Ichiyo era samurái.

Delgada y espigada, se movía con parsimonia, pero en combate se revelaba rápida como un tigre. Al acostarse, se recogía la larga y negra cabellera, no fuese sorprendida al dormir y, al lanzarse contra sus enemigos, el cabello la cegase.

Al verla, Oishi dijo:

—No puedes formar parte de nuestra conjura. Sé que eres una fiel seguidora del bushido, pero no eres un samurái de Ako.

La mujer asintió y repuso:

—Solo he venido a deciros que me alegro por vosotros, por tener la oportunidad de vivir una situación tan aciaga.

Como algunos de los samuráis no comprendieron sus palabras, Ichiyo añadió:

—Ante la adversidad, debemos estar satisfechos por tener la oportunidad de emplear el coraje y la entereza conseguidos tras años de prácticas, y poner a prueba nuestra habilidad para superarla.

—Esta es, para nosotros, una oportunidad, pero no ha sucedido por casualidad —intervino Onodera—. El sogún hace años que ha iniciado un proceso social y legal para reducir la influencia de los samuráis. Es una forma de mostrar ante todos su poder y su resolución.

—Se ha creado una atmósfera entre la gente en la que cada vez más voces se alzan contra nosotros —intervino Kinemon—. Hay que limpiar la imagen burda de que carecemos de educación, que creamos el caos allí donde vamos y alardeamos de nuestra fuerza y nos paseamos por la ciudad con aspecto amenazador abriéndonos paso a empujones.

—¿Qué quieres?, a los samuráis solo nos dejan el camino de abandonar las armas y convertirnos en campesinos, artesanos o ir a la ciudad y ser comerciantes o sirvientes a sueldo de un indigno daimio —dijo irritado Otake, que no estaba muy satisfecho con su trabajo en el mercado.

—Debemos dar ejemplo —apuntó Yoshida—. Hasta el momento de la venganza, no solo debemos seguir mejorando nuestra destreza en el arte de la espada y el combate, sino que tenemos que destacar en el arte de ser miembros compasivos y honrados de la sociedad.

—Hemos de cultivar una actitud modesta y humilde y no olvidarnos de mantener y demostrar buenos modales en el trato con los demás —dijo Onodera.

—Pensad que la cordialidad y la ternura no son signos de debilidad, sino de fortaleza —sostuvo Oishi, cerrando la mano en un puño con energía, y cuando parecía que había concluido, añadió—: Somos guerreros sin guerra, hombres desarraigados sin función en la sociedad. La nuestra no puede ser simplemente una historia de venganza. No estamos luchando solo por vengar a nuestro señor, también estamos luchando para que los samuráis sigamos teniendo sentido en estos tiempos de corrupción y deslealtad, para ser un ejemplo de la vía del guerrero, del verdadero

sentido del bushido.

El cerrojo

Llovía. Era el inicio de la época de lluvias. Durante varios días la lluvia no cesó de caer sobre David, que al menos pudo abrir la boca y dejar que algo de agua bajase por su garganta reseca.

Estaba seguro de que detrás de aquellos muros había gente, personas que sabían que él estaba allí, aunque seguramente ignoraban que su estado de salud era delicado y que no tenía nada para beber ni para comer. Probablemente esperaban que se cansara y se fuera. Pero David no tenía fuerzas para ir a lugar alguno, ni ningún lugar al que ir. Se encontraba enfermo y había llegado al límite de su resistencia física y moral.

Dejó de llover. Tumbado en el suelo con la cabeza apoyada en la mochila, vio entre la cremallera entreabierta la flauta de su pequeño guía. Acercó los labios y apenas tuvo fuerzas para arrancarle un débil sonido. Junto a ella estaba el folio en que el abad de Kisshoji había escrito el mensaje de Terasaka: «Puede que mañana el sol no te encuentre, pero no puedes ocultarte de tu destino, no puedes esconderte de ti mismo».

¿Ocultarse? Sonrió. Ahora solo quería dejarse morir. Ese era su destino. Tanto andar para, simplemente, lograr lo único que anhelaba: morir. Quizá no fuese como él había pensado, pero qué más daba, se decía.

Conforme David había ido leyendo el manuscrito sentía que lo que leía le resultaba extraordinariamente familiar. Aquellas palabras resonaban de forma muy especial en su interior, pero ahora daba igual, porque estaba a punto de morir. La fiebre le quemaba las entrañas y su cabeza parecía a punto de estallar.

Al atardecer volvió a oír las voces guturales. Parecían rezos. Aguzó el oído cuanto pudo.

Carezco de padres, el cielo y la tierra serán mis padres.

Carezco de hogar, la conciencia será mi hogar.

Carezco de vida y muerte, la respiración será mi vida

Y mi muerte.

Al oír aquellas palabras David pensó que tal vez estuviera desvariando y que solo existían en su mente febril. De todas formas, a su manera, las hizo suyas. Él tampoco tenía padres ni hogar, y en unas horas ni siquiera vida. Allí tirado en la dura y húmeda tierra, mirando al cielo, sin más conciencia que la de desear la muerte y

poder dejar de respirar.

Anocheció. El cielo seguía encapotado, pero no llovía. Aun así, la oscuridad era total. La luna negra regía el firmamento.

David, en su delirante estado, oyó girar una llave en la cerradura de la puerta. Entre los vahos que parecían poblar su mente vio salir a un hombre de estatura media, que por su ropaje debía de ser un monje. Pasó por su lado como si no existiese. Ni siquiera lo miró, solo su negra sombra se deslizó sobre él. David trató de levantarse, pero solo consiguió mover el brazo y gesticular. Intentó gritar, pero la garganta reseca por la falta de agua le impidió balbucir siquiera para llamar su atención.

El hombre se situó junto al puente. Permaneció de pie hasta el amanecer, inmóvil, vigilante. Después, poco antes de que la luz del sol se deslizase entre las nubes, regresó al interior del monasterio y cerró la puerta con un pesado cerrojo.

De nuevo oyó las voces:

Carezco de riqueza, la comprensión será mi riqueza.

Carezco de talento, la agudeza será mi talento.

Carezco de cuerpo, la resistencia será mi cuerpo.

Pero la resistencia de David había llegado a su fin.

Al anochecer, David oyó de nuevo girar la llave en la cerradura y vio salir al mismo hombre de antes. Pasó de nuevo junto a él, que apenas podía farfullar, e hizo lo mismo de la vez anterior. David observó que llevaba una espada en el cinto. Aquel hombre no parecía percatarse de su presencia, ni siquiera cuando pasó aún más cerca de él al regresar y cerrar la puerta a sus espaldas.

Un atardecer más. Las voces.

Carezco de valor, mi desapego por la vida será mi valor.

Carezco de amigos, aquellos a quienes ayude

Serán mis amigos.

Carezco de proyectos, coger cada ocasión al vuelo

Será mi proyecto.

La tercera noche, la actitud del monje fue la misma: de pie, sin inmutarse, con la mano apoyada en la empuñadura de la espada, alerta, como si vigilase el puente y la llegada de algún peligro. Ni una sola vez miró hacia donde estaba David. Era como si supiera que el peligro no podía provenir de este.

Al amanecer, cuando en el cielo se insinuaba entre nubarrones una pequeña luna creciente, el hombre volvió a entrar en el monasterio. En su mente aún resonaba la última plegaria: «Coger cada ocasión al vuelo será mi proyecto».

Pasó un buen rato antes de que David se percatase de que no había oído el ruido de la llave en la cerradura. Hizo un gran esfuerzo para volver la cabeza hacia la puerta y ver que estaba entreabierta. Tardó varios minutos en atinar a entender lo que pasaba. Se arrastró como pudo y, tras varias horas de titánico esfuerzo, lo logró. Sin levantarse, empujó la puerta, cuyos goznes se quejaron al abrirse hacia el interior del monasterio.

Ante él, un gran patio lleno de hojas y polvo. Junto a la puerta, una escoba. En el centro vio un pozo. ¡Aquello significaba agua, agua!

Alcanzó la escoba y, usándola como improvisado bastón, logró a duras penas ponerse en pie. Como pudo llegó hasta el pozo. Vio un cubo con agua. Ávidamente bebió hasta que un acceso de tos se lo impidió. Se sentó junto al pozo, jadeante, apoyado contra la pared de piedra.

Durante un rato estuvo esperando a que alguien apareciera, pero no detectó el más mínimo movimiento. Cuando estaba pensando en echarse de nuevo al suelo, recordó una frase que había leído al azar en el manuscrito: «No te rindas jamás, ni siquiera cuando te sientas derrotado».

Tuvo una inspiración: tenía que barrer aquel patio. Los rezos acudieron de nuevo a su pensamiento: «Aquellos a quienes ayude serán mis amigos». Sí, era un pensamiento absurdo de una mente agotada y delirante, pero le pareció que era lo que tocaba hacer, una especie de tácito acuerdo.

Cogió la escoba y durante horas, lentamente, barrió el recinto a pesar de que constantemente estuvo a punto de desmayarse. Cuando acabó, vio que no había hecho un gran avance ya que la escoba le había servido para no caer más de una docena de veces que para barrer.

Sobre el soporte de una ventana cerrada con dos gruesos postigos de madera vio una escudilla. David se acercó a ella y, muy despacio, comió una pequeña parte del arroz que contenía. Bajo el techado de una galería, encontró un cajón lleno de paja seca. Como pudo se metió dentro. Durmió profundamente.

Poco a poco, se fue recuperando, y los siguientes días los dedicó a limpiar a fondo el patio, e incluso arregló algunos desperfectos de los muros con el barro que hizo con tierra y un poco de agua del pozo.

Todos los días encontraba el platillo con comida en el mismo lugar, incluso le dejaron unos calcetines blancos, unas sandalias de cáñamo y un kimono de grueso cáñamo, pero nadie salió al patio, ni siquiera a vigilar el puente por las noches. Aunque cada atardecer seguía oyendo los rezos de los monjes.

Carezco de fuerza divina, la honradez será mi fuerza divina.

Ese fue el único signo de vida que percibió. Aquellas voces. Aquel silencio.

Aprovechaba sus ratos de descanso para practicar el japonés con el manuscrito de Terasaka. Lo leía despacio, con fruición. Aquella antigua historia le fascinaba, se sentía identificado con aquellos hombres, con su lealtad, con su afán de justicia, porque eran hombres dignos que no temían la muerte y, sobre todo, porque creía que la deseaban igual que él.

Manuscrito de Terasaka

Cuando la reunión acabó, Oishi ordenó a Kataoka y a Terasaka que se quedaran con él.

—Aunque aún no hemos tenido la oportunidad de hacer tu ceremonia de gembuku, para mí eres un samurái y debes tener una espada apropiada —le dijo a Terasaka—. Nuestro señor Asano te tenía en gran estima, al igual que su familia. Si aun sin ser samurái has decidido morir por él, debes hacerlo en las mismas condiciones que un samurái.

El joven Terasaka se emocionó, pero se mantuvo impassible escuchando a su maestro.

Oishi llamó a Korin para preguntarle si podía honrarle creando la espada de Terasaka. Era un gran honor que un maestro forjador de su talla se dignase hacer una espada para alguien que no fuese un reconocido samurái. Antes de comenzar su trabajo con la espada, el maestro forjador debía conocer a quien iba a ser su propietario y decidir si era digno de ella. El maestro forjador miró largamente a Terasaka. Habló con él sin prisas y comprobó si su comportamiento era el correcto para alguien que iba a empuñar una de sus creaciones.

La espada es el arma favorita del samurái. No es solo un arma, sino el símbolo de su alma. Pero tan importante es quien la blande como quien la ha creado. La espada se impregna de la energía del forjador, adopta la personalidad de este y, una vez acabada, la de quien le pone el nombre y la empuña.

El maestro forjador hizo que Terasaka se sentase adoptando la postura del guerrero. Durante los días que durase el proceso de forja, debía meditar. En ese estado de concentración absoluta, Terasaka debía recibir el nombre de la espada. Una vez acabada, tal como la tradición exigía, en estado de meditación su dueño debía ponerle un nombre.

Oishi se marchó.

Antes de regresar en dirección a Kioto, acompañado de Kataoka, Oishi se acercó a ver a unos miembros de la familia de Asano, quienes le pidieron que no hiciera nada que importunase al sogún, ya que ello podría agravar su delicada situación.

Acto seguido fue a ver a la esposa de Asano, que seguía en el exilio. La mujer no cesó de preguntar por su hija. Oishi la tranquilizó explicándole que estaba en un lugar seguro y que en cuanto fuese posible haría que se reuniesen de nuevo.

—La vida, a veces, te lleva por lugares a los que estabas dispuesto a ir, pero a los que no quieres ir.

La mujer no entendió lo que su capitán decía, pero en realidad este no se lo decía a ella, sino a su esposa en la distancia, en esas cartas que nunca se envían más allá del pensamiento, más allá de la palabra que se pierde en el aire.

—Y cuando sucede, no hay vuelta atrás. Es para siempre.

El forjador se retiró a meditar y a ayunar durante tres días. Al acabar, se purificó con baños de agua fría antes de hacer su trabajo sagrado. Korin se vistió con un immaculado kimono blanco, escribió una plegaria en una hoja de papel de arroz y la puso frente al fuego de la forja.

*Nuestra verdadera naturaleza
No tiene principio ni final,
No puede ser destruida ni conquistada.
En la tierra del reino puro,
Reposa mi mente serena.*

Hierro y acero. El maestro armero, artista inspirado y hombre virtuoso, comenzó a forjar lo que ya existía en su mente purificada.

Hacer una espada es una labor alquímica. La armonía espiritual del maestro armero, unida a su habilidad y a su arte, es la mejor forja.

Separó un lingote de hierro en dos y en él fue incrustando unas piezas de metal de dureza diversa y le fue dando forma curva. Cuando la hoja estuvo al rojo vivo, la templó en agua con sal y, sucesivamente, la introdujo en la fragua resguardando el filo con arcilla.

La espada iba y venía de la forja al agua. De vez en cuando, Korin, profundamente concentrado, la introducía en agua templada y aceite.

El acero fue modelado por el fuego y el martillo hasta lograr la dureza correcta. Al acabar este proceso, Korin procedió a pulirla, y la afiló hasta conseguir que cortara una fina hoja de papel de arroz.

Pulió su alma. Dura y afilada y, a la vez, suave y flexible.

Al acabar, Korin añadió un mango de color negro bellamente decorado. La cogió por el mango y la blandió. Lo que vio y sintió le conmovió. El kami ya residía en la espada: la espada de Terasaka.

Korin solía firmar sus espadas, pero esta no necesitaba firma. Nadie podía hacer una espada igual. Él la había forjado, pero ella se había hecho a sí misma guiando su mano y su mente en la dirección correcta. Sintió que firmarla era un acto de orgullo.

El maestro forjador hizo venir a Terasaka y le entregó la espada con una reverencia. En cuanto la sacó de la vaina, el joven dijo su nombre: Lealtad.

Korin asintió complacido. Entonces, el maestro forjador grabó en la espada: «Mi nombre es Lealtad. Pertenezco a Terasaka Kichiemon. Solo él puede empuñarme con honor».

Al acabar, Terasaka la cogió suavemente por la empuñadura. Como un espejo, la espada reflejó la identidad de su propietario.

A partir de ese momento, cuando la sacara para combatir no podía permitir que acabara sin sangre, y antes de volver a enfundarla debería limpiarla para que no quedara ni el más mínimo rastro de impurezas.

Un tiempo lento

El invierno se acercaba y cada vez hacía más frío.

Desde el patio se veía que el monasterio estaba rodeado de agrestes montañas que lo protegían. Solo se podía acceder a la parte delantera desde una profunda quebrada. Por sus intrincadas laderas había ascendido David hasta llegar a la pequeña meseta que conducía al frágil puente. Tras cruzar la caída que este salvaba, se accedía a una explanada que conducía al monasterio.

El puente era el único acceso para llegar al monasterio. Los laterales eran paredes verticales y por detrás un sendero boscoso, por el que apenas podía andar una persona, llevaba a un pequeño valle rodeado de montañas inaccesibles, que protegían el monasterio de los fríos vientos del norte.

David lo descubrió a unos doscientos metros más abajo del monasterio. Bajó por el sendero. A un lado, la pared de la montaña; al otro, el vacío. Echó a andar a la sombra de frondosos árboles. Solo se detuvo cuando de repente la vegetación se abrió para dejar ver un pequeño lago encerrado entre paredes verticales y bordeado de piedra lisa y suaves rocas blancas.

Pequeñas y frágiles ondas llegaban a la orilla silenciosamente, como si temiesen despertarla. Se desnudó y entró en el agua, que resbalaba suavemente por su piel. Cerró los ojos. Los rayos del sol se filtraron entre sus párpados y sintió su calor penetrando en su piel a través del fluido traslúcido. Era una sensación perturbadora: frío y calor, ambos unidos pero sin dejar de ser frío y calor.

Agua como un bálsamo.

Sumergido totalmente, sintió los rayos del sol tratando de llegar hasta él. Los sentidos apagados, los oídos amortiguados, los ojos cerrados. En ese estado de abstracción, oyó una voz grave y pausada que le decía:

—Vete, aún estás a tiempo. Y no regreses jamás.

No abrió los ojos. Dejó que el tiempo pasara, sin necesidad de respirar, hundido en un lago perdido. Un tiempo lento cruzó su mente en suspenso. Podría haber seguido allí, hundido en esas aguas olvidadas del mundo, sumergido en un tiempo inexistente, y morir o no morir, permanecer allí eternamente, apartado de todo, de todos y de sí mismo.

Unas campanitas de metal tintinearón, tenues, en la suave brisa de su mente.

Su piel sintió que el sol ya no lo buscaba.

Una bocanada de aire llenó sus pulmones.

Había anochecido. Salió del agua y regresó al monasterio.

El lago se heló.

Una mañana, cuando David aún estaba acurrucado en su caja rellena de paja intentando conservar algo de calor, la puerta que daba acceso al interior de uno de los edificios se abrió y oyó una voz atronadora:

—¡Trae agua del pozo!

Sorprendido, David fue rápidamente al pozo. Al acercarse con el cubo lleno de agua, vio al monje que noche tras noche había salido del monasterio a vigilar el puente. Estaba de pie bajo el dintel de la puerta. Fornido, serio, no muy alto y de unos cincuenta años, vestía un sencillo kimono grisáceo que parecía fusionarse con su cabellera larga y abundante.

Con voz autoritaria y grave, le ordenó:

—¡Hazlo cada mañana al amanecer!

Cuando quiso decir algo, el monje se había vuelto y estaba cerrando la puerta a sus espaldas. Esas fueron las primeras palabras que David oía en mucho tiempo.

Se sintió reconfortado, lo cual podía parecer absurdo tras ser tratado tan mal. Pero la realidad era que, aun cuando había perdido la esperanza de saber si en ese lugar podían indicarle algo sobre los samuráis y su forma de morir, ahora veía una posibilidad de descubrir qué pasaba allí. Además, si no hubiesen dejado la puerta abierta a esas horas habría muerto, y si bien eso era lo que David precisamente habría querido, algo le había impulsado a entrar como fuera.

El frío arreció. Todas las mañanas, poco antes de que amaneciera, David iba al pozo. El agua se había congelado, pero él descendía trabajosamente hasta donde estaba la capa de hielo y, con un punzón y enorme esfuerzo, la agujereaba. Allí abajo hacía un frío tremendo. Con la poca ropa que llevaba, David salía aterido de aquel lugar húmedo y glacial.

Cada día, luego de dejar los pesados recipientes llenos de agua junto a la puerta que le había indicado el monje, David barría y adecentaba la parte del monasterio a la que podía acceder.

En una ocasión, de nuevo apareció el monje y le hizo un ademán de que lo siguiese al interior del edificio.

—Soy Hara, me llamarás Hara. Cada día, cuando los hombres no estén, limpiarás esta estancia —le dijo señalando una zona que ocupaban varios ancianos—. Cuando regresen de sus tareas, saldrás.

Ninguno de los hombres lo miró siquiera. Por sus atuendos también parecían monjes, pero algo no cuadraba en esa descripción. Se les veía tranquilos, con movimientos relajados, aunque algo en ellos resultaba perturbador.

El rostro de aquellos ancianos estaba surcado por profundas arrugas, pero sus miradas estaban llenas de fuerza y vigor, especialmente la de uno de ellos al que llamaban Yoshida.

Después de limpiar la estancia, arrodillado, David fregaba todas las baldosas, una por una, hasta dejarlas relucientes. Como recompensa por su duro esfuerzo, le dejaron dormir en una sala anexa a la de los viejos monjes, donde guardaban utensilios diversos y armas de madera.

Al llegar a su alojamiento, los monjes se quitaban las espadas y hacían un sencillo ritual. Mientras dormían tenían su espada junto a ellos, al alcance de su mano, incluso debajo de la almohada o en su propia mano.

A pesar de esa insólita situación, David ponía gran empeño y atención en todo lo que hacía, aunque nadie se lo agradecía, sino más bien todo lo contrario, de hecho ni le miraban. Ninguno de aquellos hombres le hablaba, ni siquiera el monje que le daba las órdenes contestaba a sus palabras, ni permitía que le preguntase.

Todos los días veía a los ancianos monjes dirigirse a un templo desde donde le llegaba el sonido de sus voces mientras oraban. El monasterio constaba de un patio de entrada, el edificio principal, la zona de dormitorios, el comedor, la sala de adiestramiento y, detrás, el gran patio de prácticas. Al fondo, pegado a la pared vertical de la montaña, se hallaba el templo.

Desde el ventanuco de su estancia veía la entrada del templo. Unas pequeñas campanillas de bienvenida se movían bajo el influjo de una ligera brisa que les arrancaba un melodioso sonido.

Aquel sonido. El agua del lago. La mente sumergida. La llamada. Un tiempo lento.

Vio a un numeroso grupo de monjes entrar en el templo. Iban vestidos con un kimono de gruesa tela de cáñamo y se descalzaron al entrar.

Sus voces le llegaron a través de las paredes.

Mi energía es la honradez.

Mi medio es la enseñanza.

Mi fuerza es el trabajo sobre mí mismo.

Mi táctica es mi vacío.

Mi camino es la plenitud de mis prácticas.

Mi armadura es la benevolencia.

Mi castillo es mi mente.

Mi no mente es mi espada.

Manuscrito de Terasaka

Por el camino de regreso, Oishi advirtió que les seguían. Un hombre con un hábito de monje les espiaba. Kataoka no estaba seguro, pero confiaba en la percepción de Oishi.

—Vamos a comprobarlo —dijo el capitán—. En el próximo desvío sigue por el sendero de la izquierda y espera a que nuestro monje pase.

Los dos ronin acordaron separarse y desenmascararlo. El falso monje siguió a Oishi, y Kataoka al espía.

Cuando Oishi llegó a su casa, el hombre se marchó seguido de Kataoka. El samurái habría podido seguir su rastro sin necesidad de verlo, pues aquel hombre tenía un olor peculiar. Desde niño hasta que cumplió los quince años, Kataoka había participado en varios concursos de incienso. Siempre había vencido con facilidad a oponentes mucho más experimentados. Era capaz de identificar cualquier clase de olor, incluso a una distancia considerable.

Mientras el día acababa y las sombras conquistaban las calles, los dos, perseguido y perseguidor, llegaron a una posada. El hombre subió unos escalones de piedra y entró por la gruesa puerta de madera, alumbrada a los lados por sendos candiles.

El ronin rodeó el edificio y trepó ágilmente por la pared trasera. Se aplastó contra el muro, miró al cielo y dio las gracias a los kami por haber enviado unos negros nubarrones que ocultaron la luna.

Kataoka permaneció inmóvil esperando que sus ojos se habituaran a la oscuridad y aguzando el oído para captar cualquier ruido que le indicara un peligro o la presencia de aquel hombre en alguna de las salas de la posada. Como no le llegó ninguna información visual o sonora, olfateó el aire. Los olores de varias personas, entre ellos el del sudor del falso monje, llegaron hasta él.

Satisfecho con la información que le proporcionaban sus largamente adiestrados sentidos, se deslizó con sigilo a lo largo de la pared de piedra y madera. Con la ayuda de una daga con afilados ganchos en la empuñadura que siempre llevaba con él, accedió hasta el techo de tejas de barro y avanzó hasta la vertical desde donde se veía un pequeño balcón que daba a la sala en la que estaba el falso monje. Asegurando sus piernas alrededor de una fuerte viga de madera, se descolgó cabeza abajo. Cuando el hombre se quitó el hábito, Kataoka vio que se trataba de un samurái. Llevaba un haori, una chaqueta que cubría el kimono. Se lo quitó para estar más cómodo y lo colgó tan cerca de él que casi rozó su cara.

En el haori, Kataoka pudo ver la insignia de Uesugi de Yonezawa, el clan de los mejores arqueros. Con el hombre había otros tres, uno alto y seco como un pescado al sol. Era el ronin Fujii, que muchos días pasaba por delante de la nueva casa de Oishi y hablaba con alguno de los hombres allí apostados; otro, al que no pudo ver pero

reconoció por su voz, era el cocinero de su capitán, y por fin estaba también el famoso samurái Chisaka. Con el cabello perfectamente recogido, la armadura, el gesto adusto, la postura erguida y su mirada ausente y a la vez firme resultaba inconfundible.

Después de escuchar un buen rato la conversación de los cuatro hombres, fue a contárselo a Oishi. Era evidente que Chisaka, el samurái de mayor rango del daimio Uesugi, los tenía bajo vigilancia por orden del sogún para proteger a Kira y anticiparse a un posible ataque.

Estaban vigilados de sol a sol, un espía les seguía, otro apostado frente a la casa y otro dentro.

Decidieron seguir como si no se hubiesen percatado de que los seguían para intentar sacar provecho de la situación, con cuidado de no hablar de nada que pudiera dar algún indicio de sus planes cuando el cocinero estuviese cerca.

Tras esto, la preocupación de Oishi por la seguridad de la hija de su señor aumentó. Encargó a Horibe la vigilancia de la casa de Kamei, donde estaba la niña. Horibe, a su vez, ordenó a su hijo adoptivo, Yasubei, que estuviese alerta día y noche.

Oishi recibía continuamente cartas informándole de la situación de Kira y sus soldados, y sus hombres más activos pasaban a avisarle de cualquier nuevo cambio.

En la escuela de Horibe, buena parte de los samuráis de Ako se entrenaban para no perder la forma y aprender nuevas técnicas para la ocasión.

Ichiyo era experta en artes marciales y en el uso del yari, la lanza de hoja recta, y la naginata, la lanza de hoja curva. Onodera pensaba que, dadas las características de la fortaleza de Kira, estas armas serían muy útiles en el asalto, y pidió a su mujer que les enseñara las técnicas más secretas, de las que ella era una experta.

Las mujeres samuráis seguían las mismas reglas de honor y lealtad que los hombres samuráis, y todos escucharon atentamente a Ichiyo al tiempo que admiraban su porte y su temple. Era, sin duda, una hermosa mujer, además de una extraordinaria guerrera capaz de abrir en dos a su contrincante con la espada o luchar con él hasta agotarle.

—Para escalar muros podéis usar esta lanza con gancho. Además, tiene otra utilidad en el combate cuerpo a cuerpo: trabar con ella la armadura de vuestro adversario y dejarle al alcance de vuestra espada. En caso de apremio, también podéis arrojarla como una jabalina.

Tras las enseñanzas, los hombres se quedaron en la escuela. Ichiyo regresó a su casa acompañada de un largo cayado del que nunca se separaba cuando iba por los caminos.

Mientras abandonaba la escuela, gracias a su agudizada vista, descubrió en la distancia a unos hombres emboscados. Se alejó como si no se hubiese percatado de ello pero prestando atención en todo momento. Eran tres samuráis. Uno al menos

pertenecía al clan Uesugi. Sin duda sabían lo que estaba sucediendo y en cuanto se marchasen seguramente irían a notificarlo a Chisaka.

Ichiyo usaba su atención mental y la energía concentrada para superar a hombres mucho más fuertes que ella. Pero eran tres avezados samuráis y decidió regresar a la casa en busca de ayuda. En ese momento, un cuarto hombre la sorprendió.

«No debo de ser tan buena samurái cuando me dejo sorprender tan fácilmente», pensó Ichiyo.

—Vaya —dijo el hombre, cortándole el paso—. A quién tenemos aquí.

Otro de los hombres se acercó también y dijo:

—Vas a venir con nosotros al castillo de Uesugi como prueba de lo que traman los ronin de Asano.

Ichiyo practicaba la respiración consciente para encontrar la calma y la quietud interior en cualquier circunstancia. Ni siquiera se alteró. Entendió que podía acabar con uno de sus oponentes con facilidad, y que cuando la atacasen los otros tres por diferentes ángulos podría abatir a un segundo, y quizás a un tercero, pero el cuarto acabaría con ella. No es que le importase morir luchando, al contrario, para un samurái constituía un honor morir combatiendo en inferioridad de condiciones y ante un número superior de enemigos, pero ello suponía que su amado y sus compañeros serían descubiertos.

—No es necesario que nadie muera —dijo Ichiyo, y sonrió dulcemente.

—Ríndete. Deja tu espada en el suelo —ordenó el que tenía enfrente a una distancia suficiente como para estar a salvo de la espada.

Ella sacó lentamente su espada, que llevaba oculta bajo el amplio kimono, y se agachó para dejarla donde le había indicado el samurái. Mientras se erguía, se puso en guardia sin ponerse en guardia. Su bastón se transformó en una lanza. El hombre cayó al suelo abatido por la afilada punta del arma y por el terrible grito que lanzó la mujer.

Ichiyo era capaz de usar la respiración para entrar en acción de forma inesperada y explosiva con un intenso «grito del espíritu».

En ese instante, los otros tres samuráis desenvainaron su espada. En vez de retroceder buscando el refugio de un árbol, Ichiyo atacó. Con la segunda embestida una mancha roja tiñó su blanco kimono. Su cabello quedó suelto al viento mientras otro de los hombres caía muerto con una larga horquilla para el pelo clavada en su garganta.

Cuando los dos samuráis de Uesugi atacaban para rematar a la mujer, que había resultado herida, Onodera y su hijo Koemon saltaron sobre ellos interponiéndose. Uno fue derribado mortalmente por la espada de Koemon, aguerrido, impulsivo e impredecible; y el otro, antes de que Onodera pudiese vencer su feroz defensa, resultó abatido por una certera flecha lanzada por Kataoka, que apareció entre la fronda.

Onodera se postró tras meditar en agradecimiento frente a la hornacina que presidía la habitación principal de su casa. Una bella pintura invitaba a la familia y a los invitados a la meditación, y era el lugar perfecto para celebrar la ceremonia del té.

El samurái desplazó el ligero panel de papel de arroz por las guías de madera del suelo y entró en la dependencia que servía de dormitorio a su mujer. Gracias a este sistema la casa se podía reorganizar fácilmente según las necesidades, cambiando las formas y dimensiones de las estancias. Ahora Ichiyo podía estar separada de la sala principal, mientras se reponía de su herida. Tumbada en el suelo de madera sobre una suave estera de paja, veía el cuidado jardín. Las paredes exteriores estaban hechas de bambú y recubiertas de yeso, pero una amplia galería se abría desde la habitación hasta el jardín.

—Ichiyo, deberías haber llamado antes de atacarles. Si te hubieses defendido, habríamos llegado y...

—Si me hubiese defendido estaría muerta —dijo la mujer con voz suave—, y tú lo sabes. Es mejor atacar a los que hayan quedado vivos tras el primer ataque, que defenderse de todos a la vez.

El samurái se arrodilló junto a ella y besó la blanca tez de su frente.

La jaula celeste

Pasaron los meses. La primavera se adivinaba y ya no era necesario agujerear el hielo para sacar agua.

Hara apareció en silencio y de improviso, como era habitual en él.

—A partir de mañana ve al recinto de prácticas. Déjalo bien ordenado, limpia el suelo, recoge la ropa y lávala.

Amaneció. David empujó la doble puerta que daba acceso a un amplio espacio sin apenas vigas y con el suelo de madera pulida.

Al entrar, esperaba ver a jóvenes ejercitándose, pero se encontró con que había monjes de diferentes edades. Adolescentes y ancianos hacían sus prácticas. David había visto a los hombres más viejos muchos días por el monasterio, pero allí parecían transformarse. Sus movimientos eran enérgicos y seguros, nada de lo que pudiera deducirse la avanzada edad que tenían.

Cada día, veía entrenarse a los ancianos con la misma destreza y agilidad que si fuesen jóvenes. Eran expertos en diferentes artes marciales y especialmente en el de la espada, aunque rara vez les veía utilizarla delante de él. Usaban una especie de espada de madera de similares características a una espada real.

Algunos usaban un peto protector para amortiguar los golpes en el pecho y un tipo de casco con una especie de visera que impedía que el sudor llegara a los ojos y una protección para resguardar la parte posterior del cuello, pero la mayoría solo llevaba un sencillo kimono.

Aunque a veces oía el sonido metálico de los sables al chocar unos con otros, Hara no le permitía quedarse a observar el entrenamiento de los monjes con armas de combate.

Durante meses David no hizo otra cosa que rastrillar la arena del patio, fregar y pulir las tablas del suelo de la sala, recoger y limpiar los palos, las estacas de madera y demás implementos que los hombres usaban en sus sesiones de entrenamiento.

Varias veces David intentó contar a aquellos hombres por qué estaba allí, pero en cuanto lo intentaba lo interrumpían, giraban sobre sus talones sin mirarlo siquiera y seguían con sus quehaceres.

Cuando acababa sus tareas de limpieza, David se dedicaba a cortar troncos para hacer leña y acarrear pesados cubos de agua desde el pozo hasta el edificio. Poco a poco comenzó a recuperar su estado físico e incluso sentía que jamás se había encontrado tan en forma. Hasta las cicatrices causadas al tratar de sacar a su hija del coche en llamas parecían menos profundas y extendidas. Pero él no quería que

desaparecieran y se las frotaba con fuerza y se pasaba un palo puntiagudo por las de las manos para no olvidar su objetivo de morir.

Cuando nadie le veía, cogía una espada de madera y practicaba los movimientos que observaba hacer a los monjes en sus ejercicios.

Un día vio salir del edificio a uno de los monjes. Era uno al que los demás trataban con especial y profundo respeto. David pensó que quizá se tratara del maestro principal del monasterio.

David le preguntó a Hara quién era.

—Es el maestro Oishi Yoshio.

Al oír aquel nombre, David sintió algo extraño en su interior, una mezcla de alivio y alegría como jamás había experimentado, pero enseguida se puso en guardia. Ese nombre, al igual que el de Hara y el de Yoshida, se mencionaba en el manuscrito de Terasaka. Era sorprendente. ¿Otra casualidad? ¿Acaso se trataría de nombres comunes en Japón, o sencillamente los usaban como un modo de honrar su memoria?

El hombre al que llamaban Oishi pasó por su lado, vestido con un kimono negro. Ni siquiera le dirigió una mirada, pero David no pudo dejar de admirar su paso lento y seguro, su pisada firme y digna mientras recorría el recinto. Iba en silencio, sin hacer comentario alguno, observando atentamente lo que hacían unos y otros. Siguió su recorrido y al salir del recinto todos le hicieron una respetuosa reverencia.

Durante todo el tiempo desde que llegó ninguno de los monjes rio o sonrió, lo cual a David le resultaba muy conveniente, pues no tenía ningún deseo de volver a sonreír o reír jamás.

Una tarde, mientras limpiaba la sala de adiestramiento antes de que los hombres entraran, le dijo a Hara, mirando hacia donde se alineaban en unas repisas varias espadas:

—Me gustaría aprender a usar una de esas.

—No hables de lo que no conoces. ¿Sabes lo que es eso? —preguntó Hara señalando un soporte donde había una antigua espada samurái junto a una armadura de color negro.

—Una espada muy hermosa.

—La espada de Terasaka permanece sin que nadie la use desde que murió siendo un anciano, incluso desde mucho antes, cuando cambió la armadura por el hábito.

Una espada en una funda negra. Una empuñadura negra. Una armadura negra. La espada y la armadura de Terasaka.

—¿Nadie la usa?

—No se te ocurra tocarla, ni siquiera limpiarla, y no vuelvas a entrar en esta sala. Haz solo lo que se te diga. Eres un invitado y debes regirte por las normas de la casa que te ha acogido.

—Bien —se limitó a decir David, un tanto decepcionado y confuso.

—Sigue ocupándote de mantener la limpieza del patio y de las dependencias que se te han asignado.

El tiempo pasó, David no cesaba de trabajar duramente. En verano el calor del sol de la montaña le abrasaba y el frío del invierno le helaba las manos.

La primavera estalló en todo su esplendor, los árboles descarnados del invierno se cubrieron de perfumadas flores y todo alrededor de David cobró vida.

Un día, cuando hacía sus quehaceres rutinarios, Hara le dijo que le siguiese. David entró en el recinto privado de Oishi Yoshio.

Estaba casi vacío, apenas equipado con muebles sencillos. Un tatami recubría el suelo, una mesa baja, un portafolio y un juego de té de diseño simple presidían el centro de la dependencia. Una pared estaba abierta a un pequeño y cuidado jardín. Algunas piedras, rocas, flores y árboles creaban un hermoso espacio propicio al recogimiento.

—Desde hoy vendrás una vez a la semana a limpiar el dormitorio y la sala del maestro.

Oishi no estaba presente cuando él limpiaba, y eso le permitía estudiar un poco el lugar, el dormitorio, la sala de meditación y el pequeño jardín. En el cerezo en flor que presidía este último, el maestro Oishi Yoshio tenía una jaula en la que se refugiaban aves de distintas clases. En efecto, para su sorpresa comprobó, extrañado y conmovido, que la jaula no tenía la puerta abierta y las aves iban y venían a su antojo, libres de decidir.

Uno de esos días, al entrar en la sala privada de Oishi, David tuvo que entornar los ojos debido al deslumbramiento del sol del mediodía que penetraba por la parte trasera abierta al patio. Esperó a que sus ojos se acostumbrasen al contraste entre la luz cegadora y la atmósfera sombría de la habitación.

Fue un instante, movió la mano y abrió el portafolio. Símbolos, ideogramas, trazos pintados en tinta negra, uno debajo del otro. Fue suficiente para percibir el alma de aquel hombre.

En ese momento, la voz de Oishi Yoshio recitó un poema. Sobre un pergamino iba desgranando los símbolos con una delicada caligrafía.

*Hoy he pintado un lienzo:
Un ave volaba hacia el firmamento cantando de gozo.
Tanta dicha sentí que quise retenerla,
Y pinté una jaula y el ave dentro.
Oí que el ave ya no cantaba,
Y le pinté la jaula de oro.
Luego, al ver que seguía tan triste, pinté una puerta,
Para que supiera que algún día podría ser libre.*

*Al comprender que su tristeza no cedía,
Dibujé la puerta abierta.
El ave voló gozosa hacia el firmamento,
Y la jaula se desvaneció con la aurora.*

En un lateral de la sala, en el rectángulo de luz que entraba por la pared abierta al jardín se recortaba la silueta de un hombre sentado con las piernas cruzadas frente a la mesa baja. Su única indumentaria era un sencillo kimono blanco que llevaba abierto dejando ver una especie de taparrabos de lino. Estaba escribiendo con pincel y tinta, y aunque recitó su poema en voz alta, parecía tan absorto en lo que hacía que David dudó si habría caído en la cuenta de su presencia.

—En realidad, las jaulas no se construyen para cerrarlas sino para abrirlas. Es su fin último. Ninguna jaula permanece cerrada por siempre.

Estaban a poca distancia el uno del otro. El kimono blanco, los cabellos negros que caían sobre los hombros. Oishi se puso lentamente en pie y se volvió hacia el joven. De algo más de cuarenta años, el maestro era mucho más fornido y alto de lo que parecía cuando estaba sentado en el suelo.

—Sé bienvenido.

Se acercó a la galería que daba al jardín. Se detuvo a inspeccionar la jaula y a comprobar que la puerta estuviese suficientemente abierta.

—Si encierras a un ave, el día que pueda escapar jamás volverá. Si dejas la puerta abierta, una vez que entra, si lo desea regresa.

David sintió la delicadeza del alma de Oishi Yoshio, que se manifestaba en su tarea de acoger a las aves y cuidarlas, en su fina poesía y en el arte de la caligrafía que atesoraba.

El joven pensó que había llegado el momento de poder sincerarse.

—¿Puedo hablarte?

—Habla.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Porque has logrado llegar.

—Sí, claro, pero por algo más.

—Porque hemos dejado que te quedes. Eres nuestro invitado.

David calló un instante mientras sentía que se le hacía un nudo en la garganta, y finalmente dijo:

—Y también porque mi familia murió...

En ese momento, cuando la emoción del recuerdo embargaba al joven, el maestro exclamó:

—¡Shiii...! ¡Shaaa...! —Y salió de la estancia.

El monje siempre actuaba con serenidad y hablaba con voz tranquila, pero en

aquella ocasión la violencia de su actitud y de su voz dejaron a David totalmente aturdido.

No entendía lo que había sucedido. Se sintió indignado. Cuando por fin, después de tanto tiempo, se consideraba preparado para hablar por primera vez y abrir su corazón a aquel hombre a quien tanto respetaba, este le despreciaba de forma brusca y desconsiderada.

Tan irritado estaba David, que decidió marcharse al día siguiente. En cuanto amaneciese abandonaría aquel lugar y a aquellos hombres insensibles e insolentes.

Por la noche, mientras esperaba a que amaneciese para emprender la marcha, a la luz de una pequeña mecha David abrió su manuscrito secreto.

Manuscrito de Terasaka

Con la llegada de la primavera los cerezos se cubrieron de pequeñas flores. La vista se inundó de la belleza etérea de los colores blancos y rosas de la vida renacida. La gente celebraba el hanami, la fiesta de «mirar la flor». Cada persona, sumida en su mundo interior, dedicaba cierto tiempo a apreciar la belleza de la hermosa flor del cerezo y a hablar consigo misma sobre lo efímera que es la vida.

Efímera, bella y leve, como el aleteo de una mariposa.

Era época de celebraciones y ceremonias de agradecimiento a los kami por los dones concedidos.

Bajo la influencia de una madre religiosa y supersticiosa y de hombres como Kira, toda la corte giraba alrededor de los deseos impostados del sogún.

Kira apareció en la corte ante el sogún y su madre vestido de seda roja. Ostentoso, solemne. Realizó una estudiada reverencia.

—Mi señor Tokugawa. El reinado de las leyes sagradas, que el primer sogún comenzó, ha llegado a su máximo esplendor contigo, mi señor. Debemos seguir protegiendo las conquistas obtenidas. Los espíritus de los antepasados hablan con voz clara.

El sogún llevaba una túnica brillante y oscura, estaba sentado con las piernas cruzadas, inmóvil, en el centro de la sala de las flores, en un asiento bajo sobre un tapiz granate que se extendía alrededor como una llama.

—¿Y qué dicen los antepasados? —quiso saber el sogún.

—Que aquel que ose ir en contra de las leyes ancestrales y sagradas, aquel que no acate la palabra del sogún, aquel que no respete los lugares puros, debe morir.

Un pebetero difundía un aroma dulzón. Kira había preparado expresamente una mezcla de inciensos para relajar los sentidos y hacerlos proclives a sus propios deseos. Durante muchos años la familia Tokugawa había gobernado Japón a pesar del cierto grado de retraso mental común a todos los miembros del clan. Los maestros de ceremonias y los onmyoji lo sabían y trataban de compensar sus carencias con el flujo del ki, la energía vital, para evitar la caída de su dinastía y así conservar ellos sus privilegios.

Kira usaba estos ancestrales conocimientos, y especialmente otros relacionados con los poderes oscuros. Aquella misma mañana, para hacerse grato al mundo tenebroso había llevado a cabo otro sacrificio, pero esta vez no había sido un perro sino un hombre.

Unos días antes había encargado a sus tres samuráis más leales, Kobayashi, Waku y Shimidzu, que cuidaban de sus dependencias y muy especialmente de la cámara oculta, una misión especial. Necesitaba más poder para asentar sus privilegios en la corte del sogún. La muerte de un perro no era suficiente para dar el siguiente paso. En

esta ocasión necesitaba a un ser humano. Dos de los samuráis, Waku y Shimidzu, salieron en busca de una víctima propicia. Entre los infortunados campesinos había mucho donde elegir. Justo el día en que Kira debía acudir a la corte, unas horas antes, le cortó la cabeza al pobre hombre, que, con las cuerdas vocales seccionadas y sin poder articular palabra o sonido alguno, miró con ojos enloquecidos de espanto, hambre y sed al malvado Kira justo en el instante previo a morir.

—Que el que hoy en día la corte de mi señor ocupe un lugar reconocido como sagrado y que lo que aquí se disponga sea ley sagrada se debe sobre todo al esfuerzo de vuestra señoría y de su honorable madre, de vuestros antepasados y de la voluntad de los dioses y de los kami.

La madre del sogún hizo un movimiento de aquiescencia con la cabeza.

—Mis antecesores en el cargo de maestro de ceremonias dedicaron tiempo y esfuerzo sin límites a la tarea de conseguir que el poder del sogunato se consolidara año a año, década a década, siglo tras siglo. Gracias a ellos, este arte de protección ha alcanzado su actual estado de perfección. Mi papel ha consistido en seguir los pasos de mis maestros y antecesores, y el que los kami me permitieron, concediéndome el privilegio de estar en el momento y lugar oportunos para interceder por el bien de su señoría. Ruego al Cielo que mi señor y su familia sigan muchos años en lo más alto del imperio.

El maestro de ceremonias hizo una pausa teatral a la espera de la reacción favorable del sogún, que asintió con la cabeza. Entonces, Kira propuso construir un gran templo cerca de su castillo en un lugar especialmente elegido por él, que estaba atravesado por poderosas energías telúricas. Como colofón, aseguró que los aldeanos que tanto le amaban colaborarían gustosamente en la construcción.

El sogún gastaba inmensas cantidades de dinero en construir templos por todas partes para seguir los dictados de Kira y sus consejeros espirituales, y también se dejaba influenciar por el estilo de vida de los ricos comerciantes. Su situación financiera se deterioraba como consecuencia de unos gastos fastuosos, y los mismos samuráis se corrompían en un ambiente dispendioso.

Para costear este derroche, el sogún aumentó la fabricación de monedas de oro. La inflación se elevó alarmantemente debido a la creciente circulación de monedas, que cada vez eran de peor calidad. El malestar crecía por todas partes.

Kira deseaba ejercer su magia en un importante lugar sagrado controlado por él, y desde allí irradiar su poder. De esta forma creía ganarse el favor de los kami oscuros.

El sogún accedió a su petición.

Tras varios meses en los que cada uno de los ronin se dedicó a llevar una vida alejada de las armas, los sesenta y dos de Ako, los que habían jurado venganza, se reunieron en Reikoin, al norte de la ciudad de Kioto, para planificar la acción y los pasos que debían dar. Oishi logró eludir a los espías que le vigilaban y llegó al

pequeño templo blanco de madera en un bosque poco frecuentado. Dejó a un par de hombres vigilando en los alrededores para dar la voz de alarma si alguien se acercaba.

—La opulencia y la corrupción invaden la corte del sogún en Edo. El país anda revuelto y al borde de un estallido de violencia. No tendremos mejor oportunidad —aseguró Hara.

—Si los que mandan no son capaces de hacer justicia, debemos ser nosotros, que tenemos armas y preparación, quienes lo hagamos —dijo Otake, deseoso de entrar en acción—. Esta no es una venganza personal, es un acto de integridad.

—En este ambiente, los hombres como Kira se desenvuelven como pez en el agua —apuntó Oishi—. Hay que esperar.

—Si no actuamos, los corruptos creerán que pueden hacer lo que quieran cuando quieran —exclamó Hara—. Pero si nuestra venganza alcanza a quien la merece, la gente y el propio sogún verán que el abuso y la injusticia tienen un alto precio.

—Pronto estaremos listos —dijo Oishi—. La vigilancia y las medidas de protección sobre Kira no han disminuido. Incluso, tras la desaparición de algunos de los hombres encargados de espiarlos, se ha incrementado.

Gracias a su matrimonio con la hija del constructor, Kinemon había conseguido los planos de la mansión de Kira. Colaboró con él en sus proyectos, y con la excusa de su trabajo incluso entró en la residencia de Kira y logró comprobar los puntos débiles y los mejores accesos para un ataque.

—No habrá mejor oportunidad de atacar —insistió Horibe—. Estamos preparados.

—Pronto.

—¿Cuándo? Hay que fijar una fecha concreta para el ataque.

Forzado por la insistencia de Horibe y otros de sus samuráis, Oishi indicó que el ataque sería en mayo.

Después de aquello, viendo que el momento se acercaba y que no podría dilatarlo más aunque no fuese lo más acertado, Oishi fue a ver a Juken, el abad del templo Kisshoji. Monje budista, enérgico, fornido, de algo menos de cuarenta años de edad, Juken era amigo de Asano, que con frecuencia solía detenerse en el templo a descansar cuando iba camino de Edo. Entre el daimio y el abad, que había nacido en Ako, existía una buena amistad.

El templo pertenecía a la secta budista Soto, creada por Dogen, un sacerdote zen que casi quinientos años atrás había establecido su escuela en Japón. Dogen había nacido en Kioto, muy cerca del lugar donde siglos después, hacía setenta años, se había levantado el templo Kisshoji.

Elegancia y bellas formas. Sensación de serenidad y paz. Eso transmitía el templo por el que habían pasado varios abades que habían mantenido viva la esencia de la

doctrina zen de su fundador, de la que Asano era seguidor. De hecho, solía hacer generosas donaciones al templo para mejorar sus instalaciones y que los monjes pudiesen seguir con su labor espiritual.

Oishi fue a contarle lo que iban a hacer y a solicitar el favor de los kami. El capitán sabía que hay que vivir en armonía con estos a fin de disfrutar de su protección y aprobación, más aun cuando la sangre y la muerte se unían para satisfacer la cruenta venganza de unos guerreros.

El abad era un kannushi, un médium a través del cual hablaba el kami.

—Hace tiempo que te esperaba.

—El día se acerca —dijo Oishi por toda respuesta.

—Lo sé.

—Mataremos a Kira y luego llevaremos su cabeza ante la tumba de nuestro señor.

El abad reflexionó unos instantes y dijo ante la aprobación de Oishi:

—Me recogeré ante el altar y pediré consejo a los kami.

Frente al altar y el espejo ovalado, el abad hizo una llamada al kami del templo para que saliese del objeto sagrado donde moraba. Oishi le observaba en silencio y, tal como le había indicado, puso ante el altar las ofrendas representando los cinco elementos: agua del pozo, jazmín del jardín, aroma del incienso de sándalo, luz de la lamparilla y el sonido de las campanillas.

Juken recitaba las oraciones y los cantos mágicos para lograr la salida del kami del objeto sagrado, el espejo ovalado, su morada. El samurái hizo la ceremonia del incienso y una estela aromatizada impregnó la atmósfera de serenidad. El kami entró en comunión con el monje y le habló.

Tras varias horas, Juken salió al patio seguido de Oishi.

—Los kami dicen que el frío es el aliado del samurái.

—Estamos en primavera.

—Debes atacar con el frío como aliado y esperar a recibir una señal que te indicará el día y el momento favorables. Contra un enemigo como Kira, la paciencia es vital.

—No puedo esperar mucho más. La impaciencia de mi gente crece por momentos.

—Entonces deberás actuar de forma drástica.

—¿Qué quieres decir?

—Si esperabas que la protección sobre Kira se relajara, no ha sido así. Al menos todavía. Tendrás que forzar la situación.

El samurái reflexionó unos instantes y asintió. Pero intuyó que había algo más.

—Kira no es un simple maestro de protocolo. Tiene fuertes alianzas en la corte y más allá.

—¿Qué quieres decir?

—Es un hombre poderoso. Si no puedes usar la fuerza de la paciencia, debes actuar con astucia. Asano no lo hizo y fue derrotado.

—¿Qué más han dicho los kami?

—Lo sabrás en el momento oportuno, si vencéis.

—¿Dudas tú o dudan los kami?

—Hay kami que pueden ser aliados y otros enemigos. Los que os pueden ayudar solo lo harán si creen que vuestras intenciones son correctas.

—Lo son.

—Tal vez lo sean ahora, pero ¿lo serán luego, con la espada ensangrentada en la mano?

Oishi escuchó con atención, pues él mismo temía que muriesen personas inocentes.

—Cuando tengáis el castillo de Kira a la vista, lanzad al aire ocho flechas con cabeza de bulbo y plumas de ganso. De esta forma atraeréis la atención de los kami, que sabrán lo que vais a hacer y decidirán si sois dignos de su favor.

Oishi salió del templo con las palabras del abad rondando su pensamiento.

La dignidad

La mañana llegó. David salió del monasterio. Cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia el puente colgante. El sol brillaba, pero al otro lado, más allá del barranco, solo se veía una niebla impenetrable. Antes de cruzar, se sentó en el borde. Sacó la flauta de su pequeño guía. En el silencio, las notas resonaron entre las paredes de la montaña, pero los pájaros no se acercaron. La habilidad de David con aquel instrumento ni siquiera se acercaba a la de Sanpei, pero justo en ese momento se oyeron los rezos de los monjes.

Carezco de amigos, aquellos a quienes ayude

Serán mis amigos.

Carezco de proyectos, coger cada ocasión al vuelo

Será mi proyecto.

David se levantó y regresó al monasterio. La puerta estaba abierta. Entró y de nuevo la cerró tras de sí.

Siguió haciendo sus tareas como cada día.

Por las mañanas veía las prácticas de aquellos hombres. Eran expertos en una amplia variedad de técnicas de combate, con o sin armas. Además de sus dos espadas, la lanza y el arco y las flechas, empleaban como arma lo que fuese, especialmente su propio cuerpo.

Después de ejercitarse, se lavaban y arreglaban con esmero. Empapaban con agua una tela de algodón y la dejaban escurrir sobre su cuerpo, que luego frotaban con paños ásperos. Algunos se afeitaban parte de la cabeza, otros se dejaban crecer el cabello y se lo recogían en una coleta cuando no en un moño. Se arreglaban las uñas de las manos y de los pies, las limaban con piedra pómez y luego las pulían con unas hierbas. Lo hacían sin manifestar ningún signo de vanidad.

David llevaba meses sin afeitarse ni cortarse el pelo. Al ver el modo en que aquellos hombres cuidaban su aspecto, hurgó en su mochila y, tras sacar unas tijeras y un paquete de cuchillas, se afeitó totalmente la barba y la cabeza. Fue como si se hubiese liberado de un peso. Hasta tuvo la sensación de que respiraba mejor.

Al acabar de lavarse y asearse, los hombres examinaban con atención sus armas, especialmente la espada, para verificar que estaba en perfectas condiciones de ser usadas en combate si la ocasión lo requería. Pasaban un trapo por cada rincón del arma con mucha delicadeza y la abrillantaban con esmero.

En cualquier cosa que hacían centraban toda su atención. Era una forma de mostrar respeto hacia sí mismos y hacia su fiel aliada, esa compañera de quien dependía su tradición, su práctica y su vida.

—¿Por qué dedicáis tanto tiempo a mantener las armas en tan buen estado? —preguntó David a Hara—. No veo que haya nada de lo que temer o defenderse.

—Nos preparamos para morir. El hombre que está preparado para morir, tendrá una muerte honorable.

—¿Para qué adiestrarse tanto para morir? —preguntó David seducido por el tema de la conversación.

—Pensamos en la muerte a cada momento, en todo instante. Hacemos de ella nuestra compañera de tal forma y con tal intensidad que finalmente no pensamos en la muerte.

—¿También cuando rezáis o meditáis?

—El culto a la muerte es el culto a la vida, y nos comprometemos a meditar cada mañana, en cuanto el sol se insinúa en el horizonte, en la forma en que queremos vivir y en la forma en que podemos morir.

—Pero hay muchas formas de vivir y de morir.

—Solo hay una: con dignidad. Los modos son infinitos, pero todos tienen una misma forma. Medita en todos esos modos posibles bajo ese solo prisma y tu vida será noble y tu muerte honorable.

—Yo quisiera aprender a hacer seppuku.

Hara le miró con atención.

—Solo un samurái está preparado para hacerlo —dijo.

—Cualquiera que conozca la técnica es capaz de hacerlo. ¿Podrías enseñarme? —preguntó.

—Ir alocadamente al combate es signo de debilidad interna, y más lo es buscar la muerte de forma intencional. Eso equivale a huir, y un samurái no huye.

—El samurái lleva a cabo el seppuku intencionadamente. También huye.

—No lo hace para huir, sino para hacer frente a una determinada situación en la que no existe otro camino que evite el deshonor. Tú no eres samurái. Puedes entrar en la sala cuando quieras, una noche cualquiera, coger una espada y clavártela en el vientre y desangrarte como un cerdo.

—¿Me ayudarías? ¿Serías mi asistente?

Ante el silencio de Hara, el joven insistió.

—Ayúdame.

—No, no te mataré, pero tampoco te ayudaré.

—¿Cómo?! Yo quiero que me ayudes a morir. Si no me matas no me ayudas. ¿Qué quieres decir con que tampoco me ayudarás?

—Ni te mataré ni te ayudaré a que sigas viviendo.

Aquella respuesta dejó mudo a David.

—En un mundo donde se ha perdido el concepto del honor y la integridad resulta difícil entender por qué alguien está dispuesto a morir de ese modo, aunque más lo es estar dispuesto a vivir así. Es una forma de demostrarse a uno mismo la honestidad de su corazón y de su alma. ¿Hay honestidad en tu deseo de morir? ¿La hay en tu deseo de vivir? Si no la hay, no te ayudaré a morir. Y en ese caso, tampoco te ayudaré a vivir.

—Y si te dijese que quiero ser samurái, ¿me ayudarías a morir?

—Esta tradición tiene más de tres mil años. Durante el periodo Edo, el seppuku fue una de las formas oficiales de ejecución. Cuando el emperador decidía que un noble había cometido alguna infracción, le hacía llegar una hermosa daga, que una vez usada era devuelta, manchada de sangre, al emperador, como demostración de que el noble había cumplido su precepto. Si no era así, el deshonor caería sobre él y toda su familia durante generaciones. Posteriormente se hacía para evitar caer prisionero, para reparar el incumplimiento del código de honor o por orden del sogún. ¿Cuál de estas razones es la tuya?

—Vivimos otros tiempos. Hay otros motivos.

—Hay otros muchos métodos de inmolarse menos dolorosos; elige otro cualquiera.

—¿Y por qué eligen este los samuráis?

—Es precisamente en la facultad de resistir el dolor donde se encuentra la razón de esta clase de muerte. Pero sobre todo en que el punto elegido para abrirse el vientre coincide con el punto *hara*, ubicado en el interior del cuerpo a unos dos dedos por debajo del ombligo, entre este y la columna vertebral. En ese lugar se concentra el *ki*, la energía vital. De esta forma, la energía vital se desprende del cuerpo que cae sin vida, y el *ki* puede seguir su camino libre de las ataduras del cuerpo hasta su siguiente reencarnación.

Ahora sí David prestó especial atención a lo que oía. Algo resonó en su interior como una campana, mientras veía a Hara alejarse.

Pasó el tiempo. David trabajó duro esperando que en algún momento se le autorizase a acceder al conocimiento del seppuku.

Veía a los ancianos ejercitarse en la lucha cuerpo a cuerpo y usar sus cuerpos, manos y piernas como armas. Él por su cuenta también comenzó a hacerlo, aunque realmente le costaba mucho esfuerzo y dolor ciertos movimientos, y más romper bloques de hielo o troncos con sus manos y pies mucho más livianos que los que usaban los más viejos en sus sesiones de entrenamiento. Le parecía increíble que tuviesen tanta fuerza, sobre todo cuando recordaba la asombrosa energía con la que le cogió la muñeca el moribundo Saigo.

Él, tras mucho tiempo entrenándose, había logrado una cierta pericia. Su fuerza y

su destreza habían aumentado considerablemente, pero aun así no conseguía lo que aquellos ancianos lograban sin aparente esfuerzo. Durante meses, David se dedicó a romper bloques de hielo con la mano, con los codos, con las piernas y los pies. Hasta que un día, Yoshida, cansado de ver tanto trajín sin sentido, le dio un tirón en el brazo y un golpe en los riñones. David sintió que perdía totalmente sus fuerzas. Era como si hubiese perdido su energía, se sintió débil y confundido. Entonces, Yoshida le dijo:

—Ahora, sigue rompiendo cosas.

Y así lo hizo David. Con las pocas fuerzas que le quedaban siguió golpeando bloques y troncos, buscando sus puntos débiles, viendo cómo situándose de una u otra forma su golpe era mucho más eficaz, sintiendo cómo su mente era capaz, con mucha menos fuerza, de lograr lo mismo, incluso más. David fue liberándose del condicionamiento de la fuerza bruta y aprendió a canalizar la energía hacia donde quería, una mano, una pierna, un brazo, según el propósito que tuviese: dar un golpe, afianzarse en el suelo...

David recuperó sus fuerzas, pero ya no las necesitaba como antes, había aprendido a usar la energía sin necesidad de usar la fuerza.

—Cuando dejas de usar la fuerza, la verdadera fuerza se muestra —le dijo Yoshida.

—Me resulta extraño comprobar que menos es más.

—Has de lograr fuerza en la debilidad y liviandad en la fuerza. La mayor fortaleza radica en la debilidad. Quien conoce su propia debilidad es capaz de controlarse y al mismo tiempo tener valor.

Manuscrito de Terasaka

La luz mágica de mayo inundó de vida los bosques y los caminos. Kataoka fue a ver a Oishi dispuesto para la lucha.

Un samurái es valiente y arriesgado, pero no perturbado ni atolondrado. No es temeroso, sino respetuoso y precavido. Actúa cuando debe actuar, y vive de forma íntegra y plena, por ello Oishi sabía que no era el momento.

—Al avanzar en el camino del guerrero podemos sentir el peligro y guiar a nuestros compañeros por el camino correcto.

—¿Crees que debemos esperar?

—Aún no es el momento —respondió Oishi—. Los espías de Chisaka siguen encima de nosotros. Antes de atacar a Kira debo arreglar algunos asuntos pendientes.

—Retrasar la fecha caerá como una pesada losa entre los demás. No quieren seguir ocultándose más.

—Un samurái no se oculta. Hacerlo es peor que la muerte. Y si los demás temen actuar, él es el primero en hacerlo. Pero se arriesga con inteligencia, se enfrenta al peligro con fuerza y entonces lo vive de forma plena y completa.

Kataoka escuchaba con respeto a Oishi, su capitán y maestro.

—Hay que acomodar las circunstancias a nuestros intereses y prever lo que va a suceder, y también adaptarnos a los cambios que se producen a nuestro alrededor.

Aunque el joven guardó silencio, Oishi entrevió el profundo pesar de su alma, y Kataoka supo que su maestro la había visto despojada de sus barreras humanas.

—Mi espada segó la cabeza de nuestro señor Asano. Limpié mi espada cuidadosamente, pero todos los días, cuando el sol se pone, demanda más sangre: la sangre de Kira. ¿Y si Kira muriese antes de que consumemos nuestra venganza?

—Con el desarrollo de la intuición podemos saber lo que sienten y piensan los demás, incluyendo a nuestros enemigos. También podemos oír la voz de los antepasados, y estos todavía callan. En cuanto llegue el día os lo haré saber. Esperad mis órdenes.

Kataoka se inclinó en actitud reverente y salió de la estancia.

Esa misma mañana, Oishi fue a ver a su esposa y a sus hijos. Desayunó y permaneció con ellos hasta que la tarde asomó con su luz dorada. Entonces salió con Akiko al jardín. Oishi la miró; su belleza de antaño había palidecido, pero su sola presencia seguía quitándole el aliento. A pesar del tiempo transcurrido, el samurái seguía viendo a la mujer que tanto había amado y que aún amaba con toda el alma. Quiso retener aquella imagen en su mente para siempre, y más después de lo que iba a decirle. Había sido una digna y valerosa esposa, pero ahora le iba a pedir el sacrificio más difícil.

Oishi le explicó lo que iba a suceder y que por esa causa le concedía la separación

para que ni ella ni su familia sufrieran las consecuencias de sus actos.

—Oh, mi señor, he sido tu fiel esposa desde hace veinte años y te he dado tres hijos. En la enfermedad y en el dolor he estado contigo, ¿por qué ahora eres tan cruel como para no dejarme pasar contigo este trance? ¡Hemos vivido juntos y debemos morir juntos!

A Oishi se le hizo un nudo en la garganta. Un samurái ha de ser honesto en sus relaciones, pero debía mantenerse firme aun cuando ella creyese que su corazón se había alejado y que ya no la amaba.

Las decisiones y la forma de actuar son el reflejo de quien uno es. Un samurái es amable hasta con sus adversarios y se mantiene sereno y no es cruel con nadie incluso en los momentos más difíciles, que es cuando la verdadera fuerza interior del samurái se muestra. Pero ahora Oishi debía mostrarse cruel con la persona a la que más quería.

—Acaba con ese lamento inútil, mi decisión está tomada: debes irte y llevarte a los niños contigo.

Ella en vez de ir a Futami, iba a casa de sus padres en Hiroshima una vez al año. Oishi desesperaba con la separación. Esta vez Oishi sabía que el viaje era sin retorno y que jamás volvería.

—Mi kwaiken, la dulce daga de doble filo, está lista para que yo haga jigai, y muera contigo.

—¡No! Debes vivir, Akiko. Tú y nuestros dos hijos pequeños no seréis castigados y yo podré hacer lo que debo hacer.

Ella estaba preparada para hacer jigai, la muerte de la esposa del samurái, y morir junto a su marido, pero él la obligaba a vivir. La mujer bajó la mirada.

—Regresaré a mi tierra natal e iremos a vivir a casa de mis padres, y se cumplirán tus deseos.

Durante años, cuando llegaba a su casa, Oishi se sentaba en el jardín junto a Akiko. Ella leía en voz alta libros «del mundo flotante» y del poeta Basho. Al samurái eso le hacía inmensamente feliz, pero en realidad las palabras le daban igual, lo que él anhelaba oír era su voz clara y serena cantando a la luz divina del sol entre las tiernas hojas verdes, y cuando al acabar el verano oía el más bello y no deseado poema sabía que debía dejarla partir: «Cuando llega el otoño, como la valva de la almeja, me separo de ti y voy a Futami».

Al samurái se le nubló la mirada. Akiko lo conocía bien y se acercó a él.

—Vas a cumplir con tu deber, ¿por qué entonces esa mirada triste?

—Soy culpable del incidente del palacio del sogún —se sinceró el bravo samurái—. Yo debería haber estado allí para aconsejarle cómo actuar frente a un hombre deshonesto. Debería haber estado en Edo para decirle cómo tratar a un individuo como Kira. Pero, sobre todo, si hubiese formado mejor a nuestro señor en disciplina,

en educación y en la vía del guerrero, tal como a mí me enseñó el maestro Yamaga, esto no habría desembocado en este aciago final.

Oishi tuvo de guía a Yamaga Soto, un samurái seguidor de la filosofía de Confucio y del bushido, que se retiró a Ako a meditar sobre el papel de los samuráis en épocas de paz. Él fue quien inculcó en Oishi la idea de que el samurái debía ser ejemplo moral para la sociedad en todo momento, y no solo en la guerra. Pero Oishi no había sabido transmitir ese mensaje a su señor.

—Sabías que asumir el papel de daimio es una carga pesada, y procuraste quitarle responsabilidades —intentó consolarlo su esposa.

—Dejé que nuestro señor se sumiera en un poder ocioso. De esta manera yo manejaba en realidad el gobierno en Ako. Creí que Asano al depender de mí no podía poner en peligro la autoridad que ostentaba. Yo hice, en verdad, las funciones de daimio mientras él se dedicaba a vivir gran parte del año en la corte de Edo. Pensé que de ese modo le ayudaba, pero me equivoqué. No ha sido así.

—De todas formas, ¿qué podías hacer? Cada hombre nace con unas cualidades y virtudes. Las de Asano marcaron su destino.

—Con pesar, he de asumir mis responsabilidades.

—¿Y Chikara? —preguntó ella; era su hijo mayor, acababa de cumplir diecisiete años y había sido adiestrado como samurái.

—Él debe decidir.

Oishi hizo venir a Chikara y le explicó lo que iba a suceder, aunque él ya había participado en la reunión de los samuráis en el castillo de Ako y había aceptado seguir adelante con la venganza contra Kira.

—Debes decidir lo que quieres hacer.

—Soy un samurái y mi decisión es la de un samurái. Iré contigo.

Ante la aflicción de su mujer, Oishi le dijo que estuviese preparado para cuando le hiciese acudir al lugar de encuentro.

Al día siguiente, Akiko recogió sus pertenencias y las de sus dos hijos pequeños. Solo en el último momento, después de ahogar la bujía de la lámpara y cerrar la puerta, cogió la ruda mano de su esposo, se la acercó al rostro y la rozó con los labios. La mantuvo allí por un instante, como si eternizase el momento para que no llegase el de la separación.

Oishi retiró la mano y halló el valor para decirle:

—El hombre que ama las cosas bellas, desea una muerte hermosa. Juro que volveremos a encontrarnos.

Akiko elevó los ojos hacia él. Nunca le había oído jurar. Un samurái no jura o da su palabra. Hace lo que dice, sencillamente.

—Nunca más nos veremos en esta vida —susurró Akiko.

Lo dijo sin emoción, sin su habitual entonación melodiosa, sin ternura, para que

él no quedase atrapado en el tiempo, en el último recuerdo, pero sus ojos no mentían.

—Aunque tenga que regresar de la muerte ocho millones de veces, volveremos a encontrarnos —aseguró Oishi.

El samurái se volvió para no ver alejarse el carruaje que se llevaba consigo todo lo que significaba algo en su vida.

Mientras el carruaje se desvanecía en la oscuridad, Oishi entró en la casa a recoger sus armas. Vio un libro abierto y leyó:

«Oh, amado, iremos al monte Fuji, como tantas veces, y miraremos cómo atardece sobre la ciudad».

El invitado

David no lograba conciliar el sueño. La luna negra llenaba de sombras la noche. Salió del monasterio. Junto al puente estaba Hara. Vigilante y atento.

—Poca gente recordaba que aquí hubo un monasterio, incluso me dijeron que estaba abandonado y en ruinas. De hecho, desde la montaña de enfrente me pareció que, en efecto, estaba derruido. Al acercarme, sin embargo, vi que no era así. Es todo muy extraño. Nada de esto tiene sentido.

Sin volverse, con la vista fija al frente, Hara dijo:

—Muchas veces los argumentos, la razón y la lógica no son más que pretextos de los hombres débiles. ¡Aprovecha lo que la vida te ofrece a cada paso! No pierdas tiempo y energías preguntándote por qué, cuando solo tienes que preguntarte cómo aprovechar esta nueva oportunidad.

—En una aldea conocí a un hombre viejo que era experto en el arte de la espada. Se llamaba Saigo. ¿Sabes quién es? ¿Has oído hablar de él?

—Saigo vino un día, al igual que tú, con un gran dolor en su corazón tras una guerra que al parecer hubo, según nos contó, entre muchos países.

—Pero de eso hace muchos años —dijo David—. Incluso los más viejos de vosotros seríais muy jóvenes, unos niños... —añadió, dubitativo.

Hara permaneció en silencio, y luego dijo:

—Cada cierto tiempo la puerta del monasterio se abre a alguno de los que logran llegar aquí y luego se marchan.

—¿Por qué le dejáis entrar? ¿Para que haga las labores que vosotros no queréis hacer?

—Eso está bien, hay quienes, como tú o como Saigo, son invitados a entrar, pero lo importante es que esperamos a alguien.

—Por eso salías todos los días y vigilabas el puente, como has hecho hoy, ¿no es así?

Hara no contestó.

—¿No me viste cuando salías a vigilar el puente?

—Sí.

—Estuve a punto de morir.

—Has sobrevivido.

—Podía haber muerto.

—Hay momentos en que cada uno debe sacar como sea lo mejor que lleva dentro.

—¿Eso fue sacar lo mejor de mí?

—Crecí en el seno de una familia samurái —explicó Hara—. De mí se esperaba que también fuese un guerrero como mi padre, mis tíos y abuelos. Toda mi infancia la pasé ejercitándome en artes marciales, en el uso de la espada, la lanza y el arco y la flecha. Aprendí a usar todas esas armas a pie y a caballo. Aprendí a nadar, a bucear, a permanecer inmóvil durante horas hiciese frío o calor.

David no entendía adónde quería llegar, pero no le interrumpió.

—Un día —continuó Hara—, mi padre se puso enfermo y cambió por completo su forma de educarme. Siempre había sido severo, pero se volvió cruel. Me exigía a cada momento más y más. Yo pensaba que se comportaba así a causa de su enfermedad. De pronto, una mañana apareció muerto. Al poco tiempo comprendí que había logrado lo que pretendía, que se forjara mi carácter y revelase lo mejor de mí antes de que él muriese.

—Lo hizo para que pudieses valerte por ti mismo.

—¿Ves la diferencia entre una puerta abierta y una cerrada, entre un cerrojo a la izquierda o a la derecha?

David recapacitó sobre lo que acababa de oír.

—Mis padres eran muy protectores —dijo—, seguramente por ser hijo único, procuraban evitarme todo lo dañino y me metían miedo para que no me expusiera a peligros. Recuerdo que no me dejaban salir al jardín cuando llovía, aunque a mí me gustaba mojarme bajo la lluvia y ver los rayos cruzar el cielo, y por la noche dejaban la luz encendida para que no me asustase la oscuridad.

—Es mejor morir atravesado por un rayo que vivir escondido. Es mejor la oscuridad a vivir siempre con miedo a ella.

—Mis padres rezaban para que nada malo me sucediera, y yo lo hice también para que nada malo les sucediese a ellos, y luego recé por mi mujer y mi hija. Y mira lo que pasó.

—Cuando un hombre deposita su destino en manos de la integridad, no tiene necesidad de demandar la ayuda de ningún dios. Todos los dioses lo sostienen.

—Es fácil pensar eso cuando uno no ha sufrido lo que yo he sufrido.

—¿Crees que solo tú sufres? ¿Que no hay sufrimiento mayor que el tuyo?

David se molestó con lo que creyó que era una falta de sensibilidad por parte de aquel hombre hacia su dolor.

—Puedes creer que eres el único del mundo que sufre, el único que ha perdido algo importante, el único que odia al mundo por seguir igual que ayer, pero es falso. Muchos han sufrido lo que tú y han seguido adelante.

En ese momento, se giró hacia David y dijo:

—Debes ser más humilde.

—¿Crees que no lo soy? —replicó David, enojado—. Desde que estoy aquí hago los trabajos más miserables.

Hara le lanzó una mirada inexpresiva.

—Si crees que padeces un gran dolor, no eres humilde. No importa cuánto puedas destacar en cualquier aspecto de tu vida, nada es más importante que la humildad observada en la vida diaria.

—¿Llegó Saigo a ser un samurái?

—Saigo ya era samurái cuando llegó, un hábil maestro del sable capaz de derrotar a cualquiera que viva más allá de estos muros.

—¿Y tú, eres un samurái? ¿Sois todos samuráis?

—Nada significa para ti que te diga sí o no. No sabes qué es ser un samurái, ni lo que hace un samurái.

—¿Qué hace un samurái?

—Observa.

—¿Observa? ¿Qué observa?

—Errores.

—Es fácil encontrar defectos en los otros y criticarlos.

—Antes de encontrarlos en los demás, los encuentra en sí mismo. Además, no se trata de una crítica sino de un acto compasivo, y por tanto debe realizarse de forma provechosa. Esto no se puede hacer por cualquiera. Mucha gente no acepta un consejo, por juicioso que sea. En estos casos, el samurái debe abstenerse y dedicar sus esfuerzos solo a quien está dispuesto a mejorar.

—Busca defectos... —susurró David.

—Cuando quiere ayudar a otro le muestra sus defectos de forma clara, sin más palabras que las absolutamente necesarias, de la misma forma que cuando enaltece las virtudes lo hace de forma equilibrada.

—¿Y cómo sabe qué debe ofrecer en cada momento?

—Si uno tiene sed le da agua, pero si él cree que está ahíto no debe dársela aunque sepa que va a morir de sed. Un samurái no fuerza la situación, en ello no hay nada provechoso, se desliza por ella.

—¿Y sus fallos?

—Un samurái mira alrededor y ve los fallos de los otros. De esa manera se percata de los suyos propios, y trata de evitarlos. Esa es la mejor enseñanza que puede ofrecer a los demás, mejorarse a sí mismo viendo sus errores y los de los demás.

—Te aseguro que yo soy un experto en ver mis errores.

—Los errores son parte del camino de una persona que se ocupa de mejorarse continuamente. Más vale creer que uno se equivoca más veces de las que lo hace, que creer que lo hace menos de las que se equivoca. No se puede confiar en quien cree que no se equivoca, y menos en quien cree que nunca lo hace.

—Evitar los errores —reflexionó David.

—Eso es. Nosotros vivimos con la certeza de que no hay accidentes sino errores. La gente común cree que los accidentes suceden porque sí. Un samurái sabe que muchas veces es porque no ha prestado suficiente atención a todos los múltiples detalles de una determinada situación.

—¿Crees que mi familia murió porque yo no estuve atento?! —preguntó indignado David, dándose por aludido.

—El ignorante espera a que lleguen los malos momentos y las circunstancias difíciles para intentar evitarlos o para sufrir sus consecuencias cuando no lo consigue.

—¿Y qué se puede hacer si no?

—Estar siempre alerta para eludirlos, y usarlos a tu favor y aprender de ellos cuando no puedes evitarlos. No existen los accidentes sino la negligencia. Si tu atención hubiese sido perfecta, no habría sucedido.

—¿Me estás diciendo que soy culpable de su muerte por mi negligencia?

—No. Mantener la atención perfecta solo está al alcance de los que han alcanzado el estado de budeidad. Los demás han de conformarse con perfeccionarse en la medida en que avanzan en el camino del guerrero.

—Pero no se puede pensar en todo, en todo momento.

—Actuar sin pensar, afanarse sin causa alguna: estás invitando a la muerte.

Manuscrito de Terasaka

A partir de ese día, Oishi Yoshio siguió un plan para hacer creer al samurái Chisaka, encargado por el sogún de proteger a Kira, que ni él ni ninguno de los samuráis expulsados de Ako suponía peligro alguno.

El capitán de los samuráis de Asano se trasladó a Kioto. Se instaló en una casa en Yamashina, un barrio famoso por sus burdeles, casas de juego y tabernas. La ciudad tenía en aquel tiempo más de quinientas casas de té y más de mil mujeres se dedicaban a entretener a los hombres cantando, bailando o prostituyéndose en los llamados Distritos de las Flores, a pesar de las órdenes del sogún a sus censores y policías de prohibir la prostitución y la contratación de camareras en las casas de té.

Oishi abandonó la vida honorable que hasta entonces había llevado en familia para transformarse en un hombre despreciable, un borracho habitual de peleas y excesos en burdeles y tabernas. Todo para que al verle informasen a Chisaka y a Kira de su deplorable conducta y lastimoso estado, y levantasen la guardia.

El libertinaje y el regocijo inundaban los barrios de placer de Kioto y otras ciudades japonesas. El consejero principal de Asano se sumergió en la depravación más absoluta.

Oishi tomó una joven concubina y todas las noches participaba en juergas con geishas y bebía sake sin cesar en las tabernas y casas de té. Los espías, especialmente el ronin Fujii, mandaban regularmente a Chisaka y a Kira las noticias de las borracheras y fiestas del antiguo consejero de Asano.

Desde que Fujii se transformó en ronin vagó de un sitio a otro. Aterrorizaba a los campesinos en las aldeas, y luego lo contrataban para protegerlos. También robaba a los ricos mercaderes y después se ofrecía como salvaguardia. Pero estaba cansado de esa forma de vida y deseaba tener un señor a quien servir y volver a ser un samurái. Si hacía bien este servicio a la casa de Uesugi su aspiración se podría convertir en realidad.

Por las noches, Oishi se entregaba al desenfreno, y durante el día maduraba su proyecto de venganza.

Estudiando los planos de la mansión de Kira que Kinemon le había facilitado, Oishi fue comprobando la situación de las diferentes dependencias, la disposición de los muros, de las puertas y de los puntos más sensibles a un ataque. También fue recibiendo valiosa información sobre el temperamento y la lealtad de los soldados y sirvientes de Kira. La mayoría eran fieles y valientes hombres. Además, estaban los samuráis de Uesugi, que darían su vida por seguir las órdenes de Chisaka, de su daimio y del propio sogún de defender a Kira.

El tiempo pasaba y el día de la venganza no llegaba. Hara, preocupado por las noticias que le llegaban del comportamiento de su capitán, fue en su busca. Llegó a

Kioto acompañado de un aprendiz de la escuela de arquería del que se valía para encubrir sus intenciones y que pareciese que había encauzado su vida con un trabajo digno.

Era de noche cuando Hara entró en el local. Una ráfaga de viento hizo tintinear los colgantes de finos cristales de colores que pendían del techo. Algunos hombres estaban bebiendo sake acompañados de muchachas desenvueltas y vestidas con cierta elegancia, con la cara teñida de blanco y tonos rojizos. Unas mujeres de más edad tocaban distintos instrumentos y una de ellas cantaba sin dejar de sonreír. La canción era triste.

Oishi estaba en un apartado, tumbado, con un kimono completamente abierto y los pies descalzos. Una mujer estaba tendida a su lado, otra reposaba la cabeza en su regazo. Los ojos vidriosos, la mirada perdida. Hara indignado, le censuró:

—¿Cómo has caído tan bajo?! ¿Es así como gastas los fondos de nuestro señor Asano?!

Oishi abrió con dificultad los ojos y le hizo gestos de que se callara, pero Hara siguió increpándole:

—¡Maldito borracho! ¡Lo que se dice de ti es cierto, eres una deshonra!

Cuando salía, iracundo, pasó junto a una estatua de Aizen-Myo, el dios del amor, que presidía la estancia. Sobre sus ojos y bajo una cabeza de león, un tercer ojo dispuesto verticalmente le daba una apariencia feroz y mística al mismo tiempo. Las prostitutas, los cantantes, los músicos y los artistas lo adoraban. Pero Hara no estaba allí para necedades y a punto estuvo de sacar su espada y cortarle la cabeza a aquel dios que perturbaba al más honesto de los hombres que conocía.

El capitán de los samuráis de Ako intentó levantarse, pero, embriagado, cayó al suelo y cuando logró salir tras él, Hara y su ayudante ya se habían marchado.

Completamente borracho, intentó llegar a su casa. Cayó al suelo, semiinconsciente. Todos los que lo vieron se rieron de él. Justo pasó por allí Saigo, un reputado samurái del dominio de Satsuma, del clan Shimazu, uno de los feudos más poderosos de todo Japón. Los samuráis del clan Shimazu eran considerados por el sogún una amenaza a su poder por no someterse fácilmente a sus dictados. Unos rebeldes, lo mismo que Kira había hecho creer al sogún con respecto a Asano. Eran samuráis que seguían fielmente las doctrinas de la vía del guerrero y tenían en gran consideración a Asano por haber tratado de matar a Kira tras la afrenta y por haber muerto con dignidad. Al maestro de ceremonias lo consideraban un hombre sin moral y con una nefasta influencia en la corte, que iba en contra de su clan y de cuantos pretendían que la vida en Japón fuese digna y honorable.

Al ver a Oishi tirado en plena calle, totalmente embriagado y sobre su propio vómito, no pudo contener su indignación y, ofendido por su deshonroso comportamiento, Saigo gritó:

—¿No es esto Oishi Yoshio, quien fue consejero de Asano Naganori? Al no tener el valor para vengar a su señor, se entrega a las mujeres y el vino. ¡Escoria indigna de llevar el título de samurái!

Al tiempo que decía esto, lo pateó y escupió en la cara.

Tocar siquiera la cara a un samurái era considerado una grave afrenta que solo podía ser lavada con la muerte, pero Oishi no hizo ni siquiera ademán de defenderse. Aunque por dentro su sangre bullía, y a punto estuvo de intentar levantarse con las pocas fuerzas y lucidez que le quedaban y atacar a Saigo, aquello era perfecto para sus planes.

Saigo, el samurái del dominio de Satsuma, del clan Shimazu, se volvió y se alejó dejándole allí tirado en el suelo.

Entre vahos de sake, Oishi sonrió.

Tras aquellos incidentes, los espías informaron de que Oishi y sus samuráis eran hombres inofensivos y sin valor. Kira sintió un gran alivio. A partir de ese momento, Chisaka quitó la vigilancia sobre Oishi y otros samuráis de Asano, y relajó la protección sobre Kira, retirando a la mitad de sus hombres del castillo.

A los pocos días, Oishi advirtió que los espías que vigilaban la casa y quienes le seguían, incluido su propio cocinero, ya no estaban.

Chisaka había ordenado al ronin Fujii que vigilase a Oishi y a los demás samuráis de Asano con la promesa de que si cumplía bien con su cometido sería recompensado entrando como samurái al servicio de la casa de Uesugi. Durante todos aquellos meses las noticias habían sido las mismas, que Oishi era un vividor y un borracho y que los demás llevaban vidas normales y ajenas a cualquier plan de venganza.

A pesar de ello, Fujii no las tenía todas consigo y lo hizo saber en sus informes. Sin embargo, Chisaka resolvió que no era necesario seguir empleando más hombres en la vigilancia y que solo protegería el castillo en Edo, donde estaba Kira.

A través de Hara y Horibe, las noticias de la conducta impropia de Oishi llegaron a todo el grupo de samuráis de Asano, que esperaba el momento de vengar a su señor.

—Oishi fue un hombre íntegro y valiente —dijo Hara—, pero desde la muerte de nuestro señor se ha vuelto negligente y su única distracción es la bebida y las mujeres.

Decepcionados, se reunieron y valoraron la situación. Daigaku Asano, el hermano de su señor y heredero del nombre y la casa Asano, había sido castigado con el exilio a la casa principal de los Asano en Hiroshima. El nombre de la familia fue retirado del libro oficial del heraldo y nunca recuperaría el castillo de Ako. Así pues, nada cabía esperar.

Antes de que los samuráis de Ako se juntaran para consumir la venganza, Yato, uno de los más jóvenes, de apenas diecisiete años, fue a avisar a Oishi de que el clan se iba a reunir sin contar con él. Yato tenía el aspecto de un niño risueño, siempre con

el rostro iluminado por una sonrisa, pero ese día se lo veía serio y preocupado.

—Maestro, los hombres creen que no eres digno de ser samurái y que no vas a cumplir con el juramento de matar a Kira.

—Vaya, al parecer todos saben cómo soy y lo que voy a hacer, menos yo. Les dije que esperaran. Aún no era el momento. Ahora lo es. Avisa a Kataoka y a Chikara y vayamos enseguida a Edo, antes de que hagan alguna estupidez.

Kayano Sanpei, uno de los bravos samuráis de Ako, preparó sus armas para dirigirse al lugar de encuentro. Le dijo a su padre sus intenciones esperando sus bendiciones, pero este se opuso a que fuese.

—Si vas, la desgracia caerá sobre nuestra familia. Tus hermanas y tu madre padecerán las consecuencias. Todos sufriremos la venganza del sogún y yo me veré obligado a dar la vida a cambio. Cuando esto suceda, ¿quién cuidará de ellas?

Llegó Terasaka a recogerle para ir juntos al lugar de encuentro, tal como habían acordado. Sanpei, que era un joven de pocas palabras y resoluciones categóricas, le comunicó su decisión.

—No iré a vengar el honor de nuestro señor, mi familia está amenazada por el sogún. Mi honor de samurái me impide seguir viviendo.

—Tu honor está a salvo. No tienes por qué morir.

—Estaba predestinado a morir, pero no pensaba que sería así. Haré seppuku para evitar el deshonor y la venganza de la ley del sogún hacia mi familia. ¿Querrás ser mi asistente?

—No tengo experiencia.

—Eres capaz de cortar con tu espada una fina loncha de carne de un solo y certero tajo. Solo tienes que hacer lo mismo con mi cabeza, cuidando que al cortarla repose sobre mi regazo.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—Lo haré —dijo Terasaka, asintiendo con la cabeza.

Se conocían desde que eran niños. Aunque Sanpei era algo mayor, se habían educado juntos, habían practicado la lucha con y sin armas desde muy jóvenes. Sanpei no era muy robusto y no daba la impresión de fortaleza, pero era fuerte y resistente. Esa apariencia de debilidad siempre le había dado ventaja al enfrentarse a sus rivales, que se creían superiores y relajaban la guardia justo antes de que Sanpei les derrotara.

Cuando Terasaka estuvo listo, Sanpei, en vez de escribir un poema, sacó una flauta que siempre llevaba consigo, una flauta que él mismo había tallado en un trozo de bambú. Terasaka había escuchado muchas otras veces tocar a su amigo, pero aquel día el sonido fue mucho más hermoso y conmovedor, y pensó que jamás lo olvidaría.

Cuando cesó la música, Sanpei le entregó su flauta y dijo:

—Pronto nos reuniremos.

La vía del samurái

A veces, el joven sentía que una rendija se abría en el corazón de aquellos hombres, especialmente en el de Oishi Yoshio, pero cuando intentaba contar algo de lo que le había sucedido o pretendía descargar su angustia acumulada, el maestro prorrumpía enérgicamente:

—¡Shiii! ¡Shaaa!

Aquella actitud no dejaba resquicio alguno para poder seguir hablando.

David entendió que al menor indicio de emoción Oishi ponía abruptamente fin a la conversación. Aun así, le guardaba cierto rencor. No entendía por qué lo hacía.

Muchos días lo veía paseando entre los practicantes en el patio, haciendo alguna indicación cuando lo creía oportuno, variando alguna postura o gesto. Se ejercitaban con series de movimientos lentos y de movimientos rápidos. Se movían con desesperante lentitud y de pronto atacaban como una serpiente.

Con la confianza y el respeto que David tenía con el maestro, se atrevió a hablarle.

—Nunca te he visto hacer lo que ellos hacen —dijo refiriéndose a las prácticas marciales de los monjes.

Como se mantuvo en silencio, le preguntó:

—¿Tú puedes hacerlo?

—Claro —contestó con sencillez.

—¿Y por qué no lo haces?

—Si no supiera que puedo, tal vez lo intentara, pero ¿para qué hacerlo si sé que puedo?

—Para demostrártelo.

—¿Demostrármelo? Te repito que ya sé que puedo.

—Para demostrárselo a otros.

—¿A quiénes? ¿A ellos? También lo saben.

El día transcurría bajo un calor insoportable. Oishi estaba sentado en el patio, en una banqueta ante una mesita, bajo un toldo junto a Hara y Yoshida.

Desde que llegó al monasterio, David vio que Oishi Yoshio ejercía su autoridad con severidad y en muchas ocasiones con dureza. Ese día, a pleno sol, el entrenamiento era realmente intenso, más incluso que otros días con un clima más benévolo. Los hombres estaban exhaustos, y el mismo David estuvo a punto de desmayarse varias veces mientras cargaba pesados fardos, sacaba agua del pozo y barría el suelo polvoriento del patio.

El calor del mediodía era sofocante y el sudor corría por la frente de David.

—¡Esto es inhumano! —exclamó con irritación el joven.

En ese momento, al oírle hablar, todos se pararon. Oishi dijo:

—Acercaos, por favor. Atended lo que nuestro invitado tiene que decir.

A David le hacía gracia que aquellos hombres le llamasen «nuestro invitado» cuando se pasaba todo el día trabajando para ellos, pero ahora estaba agotado y furioso.

—No se puede trabajar en estas condiciones —censuró, lanzando con violencia el cubo al suelo.

—Lamentarse refleja debilidad interior. Usa la energía de la furia de tu mente y del arrojío de tu lengua en la práctica y en el combate, y no para eludir tus obligaciones.

—¿Cómo? No me dejáis practicar ni combatir.

En vez de contestar, Oishi dijo:

—Ve por agua para dar de beber a los hombres.

Al volver con un par de cubos llenos de agua fresca, David oyó al maestro comentar a Hara:

—No estoy de acuerdo con los que instruyen mediante una disciplina severa y rígida.

En las palabras de Oishi no había el menor atisbo de ironía, sino que realmente estaba convencido de que su comportamiento no tenía nada de severo.

Viendo a los hombres beber el agua con frugalidad, David comprendió que, efectivamente, así era, y que ellos no se quejaban ante la dureza del trabajo o de las prácticas sino que se lo agradecían a su maestro, ya que eran conscientes de que él era quien conocía el grado de esfuerzo que cada uno de ellos precisaba para avanzar en el camino del guerrero.

David se acercó y se atrevió a preguntarles:

—¿Cuándo me enseñaréis algo valioso?

—¿No te parece valioso barrer, fregar el suelo, lavar la ropa? —contestó Oishi.

Su estatura y su corpulencia daban mayor significado a su aspecto tranquilo y al mismo tiempo enérgico.

David lo miró extrañado.

—¿No te parece valioso romper cosas con las manos y los pies, y manejar una espada de madera, aunque sea a solas cuando crees que nadie te ve? —preguntó el maestro.

—No lo sé... —David dudó—. Eso lo he aprendido yo solo.

—¿Tú crees?

—Claro. ¿Acaso alguien me ha dicho cómo hacerlo?

—Si no hubieses venido aquí, ¿lo habrías conseguido? —interrogó el maestro

levantándose.

—Y si no hubiese venido, ¿tendríais el suelo limpio?

—¿Estaba sucio cuando llegaste? —preguntó sorprendido Oishi.

—Sí, estaba muy sucio.

—¡Ah! —exclamó Oishi, y se alejó sacudiendo la cabeza como si nunca se hubiese percatado de tal cosa y solo ahora, al oírlo, lo considerase. De pronto se volvió y preguntó—: ¿Es importante limpiar el suelo? ¿Es importante la práctica que se hace en este suelo, limpio o sucio? ¡¿Qué consideras tú importante?!

David quedó perplejo. Era cierto que si no hubiese ido al monasterio nunca habría aprendido esas cosas, pero también lo era que nadie le había enseñado cómo hacerlas, aunque ver cómo las hacían había sido clave. ¿Qué era importante? ¿Aprender algo gracias a que alguien expresamente nos enseña y porque nosotros así lo queremos, o el hecho de aprender porque surgen las circunstancias oportunas aunque uno no haya pensado aprender y nadie nos diga lo que hemos de aprender?

¿Qué era importante y qué no lo era?

David pensó en la importancia de cosas que antes hubiese considerado despreciables, y lo despreciable de otras que hasta entonces había considerado importantes.

En realidad, siempre había vivido en base a lo que los demás consideraban o no importante, a lo que otros despreciaban o apreciaban. Si ellos le viesan en aquel lugar limpiando y haciendo labores de las que no se sacaba ningún beneficio, lo despreciarían. Y a David eso le hizo sentirse bien.

—¿Barrer o practicar? —continuó el maestro—. Todo es lo mismo. Todo es igualmente importante o banal. ¿Qué es importante para ti?

—Lo que quiero es aprender a usar la espada, y usarla para matarme. Pero desde que llegué aquí no he tocado una sola espada. En lugar de eso, me paso todo el tiempo con la escoba y con el cubo ¿Qué debo hacer? Conozco mi objetivo, pero no el camino.

—Olvídate de las artes marciales y del arte de la espada. No hables más de ello ni practiques más.

—¿Qué hago entonces?

—Limpia, barre, arregla la sala de adiestramiento, cuida el jardín.

Al dar por terminada la conversación, Oishi se volvió y se alejó. Parecía que habían sido palabras duras, pero en realidad el maestro le estaba permitiendo de nuevo entrar en la sala de adiestramiento.

En ese momento intervino Hara. Habló con parsimonia.

—Un samurái conoce sus debilidades y no cesa en su empeño de enmendarlas y perfeccionarse sin creer en ningún momento que ha logrado llegar a la cima. Ahora soy mejor que antes, aunque menos que más tarde. Un samurái siente que ha logrado

un gran dominio de sí mismo, tal que difícilmente será alcanzado por otros, pero asimismo es consciente de que su práctica no está más que en sus primeras etapas y que no tiene más opción que comprometerse consigo mismo a dedicar su vida a seguir perfeccionándose sabiendo que nunca logrará acabar su labor.

—Es muy duro pensar así.

—Crear otra cosa es una indignidad hacia uno mismo y hacia los demás, ya que entonces no se es capaz de ofrecer lo mejor de sí que se puede dar. Hay que cortar todas las raíces en las que pueda crecer la indignidad. Nuestro mayor esfuerzo debe ir dirigido a ello. No puede haber pureza en la indignidad, y no podemos evitar esta ni lograr aquella sin un denodado y continuo esfuerzo que dura toda una vida, quizá muchas vidas.

Ante el silencio del joven, Hara preguntó:

—¿Qué piensas cuando ves las habilidades de estos hombres? —preguntó mirando a sus compañeros mientras seguían con su entrenamiento.

—Que yo jamás podré hacer algo igual.

—¿Seguro que opinas eso o me lo dices para que vea tu modestia o por temor a que sea demasiado duro tratar de conseguirlo?

—No creo que pudiera, y si de alguna forma pudiera creo que no tendré la oportunidad de dedicar el tiempo necesario para conseguirlo.

Ahora la mirada de Hara se endureció.

—Crear que uno no puede hacer algo que sí puede, denota un carácter despreciable. Mira a esos hombres, si ellos pueden, tú también puedes.

—No lo sé, no creo...

—Si crees en lo que dices, es que estás equivocado.

—Pero ¿no será peor no creer en lo que decimos?

—Si no crees en lo que dices, eres un desdichado.

—¿Entonces?

—Ni creer ni no creer. Concéntrate en este instante. No existe nada más que este momento. Actúa, sencillamente. Haz cosas útiles.

—¿Siempre haciendo algo?

—Hacer o no hacer, eso es actuar.

Manuscrito de Terasaka

Tras asistir a Kayano Sanpei, Terasaka llegó al lugar de la reunión. Entró en la sala donde estaban reunidos los samuráis de Ako, y oyó a Hara:

—Solo nos queda vengar a nuestro señor.

Todos gritaron:

—¡Venganza! ¡Venganza!

En ese momento de exaltación, se presentó Oishi acompañado de Kataoka, Chikara y Yato. Se produjo un silencio total. El fiel consejero de Asano miró a Hara y dijo:

—Los espías ya no nos vigilan y tu discípulo en el arte del arco con el que me visitaste el otro día ya te ha dejado.

—Era un espía a las órdenes de Chisaka —soltó Yato.

—Todo era un plan para engañar a Kira y a Chisaka —dijo Kataoka.

—Ha funcionado. La vigilancia de Chisaka y sus hombres se ha relajado. Kira es mucho más vulnerable ahora. Ahora es el momento de atacar y cumplir nuestra venganza —aseguró Oishi, cuya astucia le había permitido proyectar un plan que tenía en cuenta muchas y complejas variables que había mantenido en secreto hasta no ver cumplido uno de sus pasos más importantes.

—¿Entonces tu comportamiento era parte de un plan urdido para confundir a Kira y a Chisaka? —preguntó Hara.

—Sí, aunque también he aprovechado para despedirme del placer de la bebida —repuso Oishi con sorna.

—¡Lo único que podrá separarnos será la muerte! —exclamó Hara.

Los samuráis de Ako estallaron en un solo clamor:

—¡Así será!

Todos estaban excitados de contar con la presencia de Oishi al frente del plan cuando pensaban que el más destacado de todos ellos había traicionado sus propósitos.

Se prepararon para el viaje hacia Edo, en cuyas inmediaciones estaba el castillo de Kira.

Horibe se encargó de preparar las armas, que estaban escondidas en la escuela de esgrima. Espadas, lanzas y armaduras, listas para ser usadas.

Para que no los descubriesen durante el trayecto, se disfrazaron de mercaderes y sirvientes. Oishi ordenó a Mimura, uno de los tres samuráis que estaban fuera del palacio del sogún cuando Asano atacó a Kira, que recogiese a la pequeña hija de su señor y la llevase con su madre. Oishi supo que era él a quien correspondía ir con la niña.

Al llegar a la casa, la esposa de Asano salió a recibirles con lágrimas de alegría en

sus ojos. Después de abrazar a su hija se repuso. En ese momento, Mimura se postró ante la mujer.

—Perdonadme. Si yo fuese un buen samurái debería haber muerto espada en mano en el palacio de Edo.

—¿De qué habría servido, buen Mimura? Ahora serás de mayor utilidad.

Aunque el samurái no hizo un solo comentario de sus intenciones, ella dijo con gran dignidad:

—Junto a la tumba de vuestro señor hallaréis un nuevo cerezo, que en primavera se cubrirá de las hermosas flores que tanto gustaban a mi esposo. Unas esteras blancas recubren el suelo y, al frente, una alfombra de color escarlata. Espero que todo ello sea de vuestro agrado cuando os postréis ante ella como hago yo cuando le visito.

Los samuráis de Ako tardaron diez días en llegar a Hakone, junto a unas estribaciones montañosas. Quiso la fortuna que cuando Oishi estaba inspeccionando la zona, acertara a pasar por allí el ronin Fujii. Oishi trató de cubrirse con el pliegue del ropaje que llevaba, pero Fujii le reconoció. El ronin tuvo claro de inmediato lo que estaba sucediendo. En primera instancia, siguió adelante con la idea de delatarlo y cobrar una recompensa, pero recordó que Chisaka y los demás samuráis de Uesugi lo habían humillado al no tomar en serio sus sospechas de que Oishi estaba fingiendo y que seguía con la idea de matar a Kira. Además, le habían prometido trabajo como samurái si cumplía bien con su cometido de espiar a Oishi, y finalmente no había sido así. «Con gente sin palabra, si le delato puede que todo se vuelva en mi contra», pensó el ronin. Fujii decidió seguir su camino y que el destino siguiera el suyo.

Oishi dispuso que lo más seguro sería acampar durante tres días más al norte, en Kamakura, por si Fujii los había reconocido. Puso centinelas en varios lugares para comprobar si había movimiento de tropas y aparecían los samuráis de Chisaka.

—Al amanecer nos veremos en el puente del río que cruza el pueblo de Sumida en dirección a Honjo —le dijo a Hara.

Oishi se marchó y se recogió en un pequeño templo de madera a orillas del río. Le daba igual que fuese un templo u otro lugar cualquiera, simplemente quería aislarse en un lugar tranquilo y prepararse para lo que se avecinaba y comprobar si era el momento oportuno o debían esperar a que la luna estuviese totalmente negra.

Era una noche despejada. Las estrellas brillaban en el cielo. Oishi se sentó en una piedra y encendió un pequeño fuego.

—Antepasados —dijo—, ayudadme como consideréis oportuno. Muchas vidas inocentes dependen de mí. No dejéis que ninguna desgracia les suceda.

En ese momento, un viento helado apagó la hoguera. La voz de los antepasados. Recordó a Juken, el kannushi: «Los kami dicen que el frío es el aliado del samurái».

Solo faltaba la señal que indicase el momento favorable.

En cuanto el sol iluminó el paisaje nevado, los dos samuráis se encontraron en la población de Sumida a orillas del caudaloso río del mismo nombre. Disfrazados de mercaderes fueron hasta Matsuzaka, donde se encontraba el castillo de Kira. Justo enfrente de donde se ubicaron, entre los puestos de venta de toda clase de productos se veía, al fondo, el castillo de Kira.

—Demasiados perros —dijo con preocupación Hara cuando se acercaron.

—Muchos perros, muchos ladridos.

Aunque ante las protestas de los vecinos el sogún había decidido sacar de las calles de Edo más de cincuenta mil perros y llevarlos a las perreras construidas para ellos en las afueras, aún seguía habiendo muchos sueltos, especialmente en los alrededores de la ciudad. Se habían llevado los animales de las calles de Edo y los alimentaban con arroz y pescado a costa de los impuestos de los ciudadanos, que no estaban satisfechos con la presencia de los perros en sus calles ni con que ellos tuviesen que pagar por mantenerlos.

—Si nos ven llegar a todos, sus ladridos alertarán a los guardias y los arqueros nos dispararán sin dificultad desde lo alto —apuntó Hara mirando hacia la muralla.

—Será muy complicado derribar la entrada principal. Seremos blancos fáciles.

Llegar hasta la mansión donde se alojaba Kira no iba a ser sencillo. Entrar a la fuerza por la puerta principal era un riesgo demasiado grande, y aun logrando atravesarla, salvar el estrecho puente, que era fácil de defender, si se daba la voz de alarma antes de llegar a él, sería un obstáculo demasiado grande.

Oishi había memorizado el plano que había conseguido Kinemon, pero necesitaba observar por sí mismo los movimientos de los habitantes del castillo y planear al detalle el ataque. No podía fallar, solo habría una oportunidad, y quizá ni siquiera eso.

Examinaron la parte de atrás del castillo y vieron que había una posibilidad de penetrar en el interior para alguien resuelto y ágil. Tras la inspección de todos los posibles accesos, se sentaron delante del mercado para observar los movimientos de entrada y salida del castillo.

En la plaza se representaba una función de títeres con marionetas de tamaño real. Las marionetas luchaban en una batalla de las guerras Gempei.

«Matar y morir cada día sin derramar sangre y volver al día siguiente a matar y a morir», pensó Oishi. «Nosotros mataremos y moriremos con sangre y nunca regresaremos».

Estaban a punto de marcharse por temor a ser descubiertos, cuando un lujoso palanquín salió del castillo rodeado por varios samuráis que lo custodiaban. Oishi sintió que le daba un vuelco el corazón. A buen seguro que Kira, el odiado Kira, iba en su interior. Hara hizo el gesto de llevar la mano a su espada, oculta bajo sus ropajes, pero Oishi lo detuvo con un ademán. No era el momento ni la forma.

De regreso en el campamento, Oishi comprobó que nadie había ido por allí a

averiguar si realmente estaban tramando algo. Ordenó a sus samuráis que se acercasen en pequeños grupos al castillo de Kira para irse familiarizando con el terreno. Dio a cada uno de ellos una copia del plano del castillo y la mansión de Kira, que Kinemon había conseguido. En él figuraba el plan que iban a seguir y las razones del ataque. Los samuráis debían memorizarlo para que no hubiese margen para el error. Uno por uno, Oishi firmó todos los planos y la estrategia del ataque.

En ese momento, se presentó Kataoka. El samurái llevaba mucho tiempo asistiendo a clases de té con un amigo íntimo de Kira. Su fino olfato para identificar las diferentes clases de té y las mejores hojas le había granjeado un gran aprecio, hasta el punto de que trabó amistad con él. El hombre le contó todos los detalles de su relación con Kira y alardeó de que el catorce de diciembre habría una importante ceremonia del té en la casa de este.

Todos se burlaban del samurái y sus clases de té, pero finalmente Kataoka había logrado su propósito: por una parte, hacer creer a los espías de Chisaka que no deseaba venganza y que su interés se dirigía a otras cosas, a pesar de las mofas a las que sabía se sometía; por otra, lograr una valiosa información para sus propósitos.

Kataoka informó de que el día ideal era ese 14 de diciembre.

Oishi supo que aquella era la señal que esperaba.

—Ese día Kira hará una ceremonia del té en su mansión y asistirán varios invitados. Debido a esto los guardias estarán distraídos durante la jornada y seguro que más relajados por la noche —dijo Kataoka.

Todos se mostraron de acuerdo en que ese era el día perfecto.

De todas formas, no había vuelta atrás. Oishi había previsto atacar cuatro días después, cuando la luna negra estuviese en su apogeo, pero no quiso demorar más el momento. Ese día estarían relajados en el castillo, la luna se hallaría casi negra y Oishi esperaba que las nubes tapasen el pequeño resplandor, además de que de los sesenta y dos samuráis que habían firmado con sangre la venganza sobre Kira solo quedaban cuarenta y siete.

Los cuarenta y siete ronin sellaron su pacto de venganza.

La suerte estaba echada.

La tempestad

Pasó el tiempo. Cuando su trabajo se lo permitía, incluso en los días más fríos, David descendía a través del sendero que bordeaba la montaña. Allí permanecía durante horas en la orilla. A veces tocaba la flauta y otras contemplaba la bruñida superficie del lago. Dejaba que su mente descansara en ella, en sus leves ondulaciones, en el viento que serpenteaba entre el agua y su mente. Luego, se desnudaba y se bañaba.

Un día, mientras estaba sentado en la piedra blanca, se levantó un fuerte viento y el cielo del atardecer se oscureció. Su primer impulso fue regresar al monasterio, pero siguió con su costumbre. Se desnudó y entró en el agua.

El lago medio helado se movía al ritmo de la tempestad. El agua azotaba su rostro y el cielo se iluminaba con el espectáculo de los rayos. Oscuridad y rayos. Aquello de lo que sus padres trataban de protegerle.

Susanowo, el dios de la tempestad, estaba enojado. Como siempre, entre viento, rayos y agua encrespada, desbarataba lo que su hermana Amaterasu, la que brilla en los cielos, ordenaba.

En ese escenario apocalíptico, sus pulmones se abrieron de pronto y el aire penetró en ellos con fuerza. Notó que se expandían en toda su plenitud, que se abrían al mundo y a él mismo.

Aquella bocanada fue la primera en que realmente sintió que respiraba no solo con los pulmones sino con todo su cuerpo. Quizás al nacer también hubiera sentido esa misma sensación de plenitud, pero no lo recordaba. Lo que sí recordó fueron las palabras de Sara: «Hay un mundo de luz, existe la claridad dorada de la aurora, flores de infinitos colores, un mar azul que la vista no puede abarcar y tantas estrellas en el firmamento como gotas en el rocío. Hay música cautivadora, olores seductores y tactos suaves. Hay más personas como tú, que viven, que respiran, que sienten y que aman».

David miraba al cielo y solo veía oscuridad, miraba en su interior y solo había dolor, y aquellos hombres del monasterio no parecían amar ni sentir emoción alguna. Pero de lo que estaba seguro era de que Saigo tenía razón: aquella mujer, Sara, era un samurái, una seguidora del camino del guerrero. David empezó a darse cuenta y a recordar a todas las personas que le habían ayudado a lo largo de su vida, unas conscientemente, otras sin saberlo. Pero gracias a todas ellas estaba en ese momento allí, sumergido en aquel lago perdido en medio de la nada.

David no supo si agradecerse o maldecirlos por ello. Sin pensárselo, empezó a repetir una de las oraciones que oía recitar a los monjes y con la que se sentía muy

identificado.

—Carezco de espada, mi desinterés por mí mismo será mi espada.

A veces, cuando arreglaba la sala de adiestramiento, se paraba ante la espada de Terasaka. Parecía ligera, afilada y flexible. La creación de una espada como aquella era una labor de alquimia, en la que la pericia del maestro forjador no era nada si no poseía armonía interna. Por eso la forjó un gran artista y experto maestro armero investido con un hábito blanco, como símbolo de purificación. Después de varios días en estado de meditación y purificándose con abluciones de agua fría, el maestro armero fue inspirado y asistido por los mismos espíritus, los kami. Fuego, agua, un yunque y un martillo fueron sus aliados.

La espada es el arma favorita del samurái. No es solo un arma, una herramienta de muerte o un símbolo de poder, es un instrumento mágico. Y como toda magia puede ser benéfica o maléfica, según la personalidad de quien la empuña y de quien la forja. La espada se impregna de las vibraciones de ambos. ¿Cómo habría sido aquel samurái al que llamaban Terasaka?

En cuanto anochecía se encendían cuatro fuegos, uno en cada una de las direcciones cardinales. Varios hombres permanecían de guardia junto a ellos. Mientras tanto, el resto dormía en el monasterio, en el suelo, sobre unas esteras, o entraban en el templo a orar y meditar.

David regresó agotado del lago y se tumbó en su estera. Justo en el momento en que entró Hara.

—¡Sígueme!

Bajo la lluvia, llegaron hasta el templo. Siguiendo el ejemplo de los demás se descalzó y se sentó en el lugar que le indicó Hara. Estaban sentados en el suelo a lo largo de las paredes. Miró sus caras y vio sus semblantes inexpresivos y las miradas al frente.

En el silencio del lugar solo se oía el sonido de las campanillas de la entrada. Oishi hizo acto de presencia en la estancia. Tras la reverencia, deslizó suavemente los pies sobre la pulida madera hasta llegar al lugar preferente. Se sentó. Al instante se sumió en un estado de meditación y recogimiento.

David se sentía complacido de que le hubiesen permitido entrar en el templo y participar en las meditaciones y oraciones. Pero en el fondo estaba desubicado, no solo en aquellas prácticas sino en general en lo que hacía, en lo que esperaban de él.

Sin que nadie se lo explicase, tal como veía hacer a aquellos hombres, David se sentó en la tarima con las piernas cruzadas, la cabeza apuntando al cielo y las rodillas empujando a la tierra, el mentón recogido, la espalda recta y la mano izquierda reposada sobre la palma de la mano derecha con los pulgares en contacto y las dos manos junto al abdomen. Instintivamente cerró los labios y la punta de su lengua tocó el cielo del paladar justo detrás de los dientes. El cuerpo relajado, los ojos entornados,

la mirada posada justo enfrente a poca distancia sin fijarla en objeto alguno.

En ese instante, David experimentó un sereno gozo interno. Su mente estaba calmada, en su lugar. Estaba profundizando en sí mismo. Por primera vez en su vida entendió lo que significaba meditar. Y después de mucho tiempo tuvo un momento de paz.

Manuscrito de Terasaka

Amaneció. Hacía un frío intenso. Era el día señalado.

Al amparo de árboles venerables, en Takanawa, en las cercanías de Edo, se encuentra Sengakuji, el Templo del Manantial.

Oishi se abrigó y se embozó para que nadie pudiese reconocerle. Se dirigió a Sengakuji, a la tumba de su señor Asano. A esa hora el cementerio estaba vacío.

El consejero principal de Asano hizo una ofrenda con agua purificada. Encendió varias varas de incienso ante el sepulcro y reafirmó su compromiso con una respetuosa postración. Se inclinó sobre la tumba de su señor Asano, y dijo:

—Estamos preparados, moriremos de forma honorable.

A continuación fue a encontrarse con su hijo Chikara. Al verle, a Oishi se le hizo un nudo en la garganta. Aún veía en él a un niño. Intentó decirle que no era necesario que fuera, que debía cuidar de su madre y de sus hermanos, pero las palabras quedaron dentro de él. Hacerlo habría representado un oprobio para Chikara y no habría servido de nada. Él era un samurái y no daría un paso atrás.

Comieron frugalmente. Prepararon un sencillo plato de arroz con algas, ya que tenían que prepararse espiritualmente. Intentaron descansar antes de partir, pero su mente ya estaba en la batalla y decidieron acudir al lugar de reunión y esperar a los demás. Cuando llegaron a la escuela de esgrima de Horibe, todos estaban allí, impacientes por entrar en combate.

El ansia de lucha rondaba sus corazones.

Antes de ir a la batalla probaron los tres alimentos de la suerte: marisco seco, algas y castañas.

Oishi había organizado todo al mínimo detalle: las armas que llevarían, las señales de aviso que usarían y los nombres de los samuráis que dirigirían cada acción y quiénes irían con ellos.

Los cuarenta y siete samuráis se desvistieron, se quitaron las sandalias de paja o los zuecos de madera, se bañaron con agua caliente, se perfumaron y peinaron su larga cabellera.

Con el dinero que habían guardado, habían adquirido equipamiento nuevo, como muestra de que no era la pobreza la que los empujaba a la lucha.

Se ataviaron con las prendas —kimono, calzones y calcetines de algodón de color blanco, como símbolo de la pureza de sus propósitos y para invitar a que la protección espiritual de los kami les acompañase en su empresa— y la armadura propias de un samurái de Ako y dispusieron sus armas para el combate.

Se pusieron las botas de piel adecuadas para la ocasión. Armaduras ligeras: escamas de hierro lacado sujetas a telas de seda, guantes de cuero, mangas, protector de las axilas, el peto, faldón, un fajín para sujetar las dos espadas, las hombreras y un

collarín de hierro. Finalmente, un gorro de algodón para poner sobre él el casco ajustado con un protector.

Todos quemaron incienso dentro de sus cascos para que si acaso perdían la cabeza el olor fuese agradable.

Algunos se prepararon una máscara de hierro representando a un demonio o a un animal de aspecto fiero. Los oficiales de alto rango añadieron al casco unos cuernos u otro adorno similar, y sobre su armadura una toga o una capa.

Cuando estuvieron preparados, Oishi reunió a los cuarenta y siete ronin.

Todos sabían que los samuráis y los soldados de Kira eran muy superiores en número y que los arqueros de Uesugi eran famosos por su destreza. Ellos tenían de su parte el factor sorpresa, sus ansias de venganza y una perfecta planificación, pero las opciones de victoria eran escasas.

—El que piense salvar la vida, es mejor que no vaya a la batalla —dijo Oishi.

Ante el silencio expectante de los ronin, prosiguió:

—Esta noche atacaremos a nuestro enemigo en su castillo. Encontraremos gran resistencia y nos veremos obligados a matar a muchos hombres, pero matar ancianos, mujeres y niños es una cosa triste. Por lo tanto, os ruego que tengáis especial cuidado de no acabar con la vida de una sola persona indefensa.

Todos estuvieron de acuerdo con las consignas de su capitán y se prepararon, pues se aproximaba la hora elegida: medianoche.

—¡Ha llegado el día de vengar a nuestro señor! ¡Juremos!

—¡Juramos morir! —gritaron al unísono los cuarenta y siete ronin—. ¡La muerte es nuestro destino!

Antes de salir, Oishi advirtió que Kira era cosa suya, que nadie debía matarlo a menos que él muriese o que las circunstancias obligaran a que si no lo mataban pudiese salir bien librado del ataque. Un tambor sonaría anunciando el comienzo del ataque simultáneo, y el sonido de un silbato sería una señal de que Kira estaba muerto o de que había sido localizado. Todos sabían que Kira era un experto consumado en el arte del manejo del sable, pero Oishi también, y se sentía con fuerzas para acabar con Kira y con cuantos se pusiesen por medio.

En ese mismo momento, en el castillo, Kira se sentía satisfecho y contento consigo mismo. Era un día placentero y provechoso para él, la ceremonia del té había sido un éxito. Estos actos le servían para afianzar sus buenas relaciones con personas influyentes que siempre podían ser útiles en un momento dado. Kira deslizó el panel de la pared de su dormitorio y miró con sus ojos glaciales hacia el jardín oscuro.

Era una obra de arte. Flores, árboles, rocas, estanques y refrescantes sombras para el calor del verano. Pero ahora estaban en el más crudo invierno, y aunque a Kira no le gustaban la nieve ni el frío, le agradaba sentirlo y saber que podía cerrar y protegerse de las adversidades climáticas. Muchos de los que estaban bajo su

jurisdicción sufrían hambre y penalidades, especialmente en invierno, pero a él esto le tenía sin cuidado.

Había pasado más de un año desde que su actitud insultante había llevado al fogoso Asano a la muerte. Por fortuna para Kira, el sogún no había empleado el mismo rasero con él que con el daimio de Ako, y eso le producía una íntima satisfacción. Sus labios carnosos y crueles se curvaron en una sonrisa cuando pensó que su habilidad en las artes oscuras y su capacidad de manipulación en la corte le habían sido muy útiles para ascender y convertirse en rico y poderoso.

Horas antes había matado a otro perro para absorber la energía de su sufrimiento tras muchos días sin comer y con la comida justo delante, aunque fuera de su alcance. Pero creía que con eso no bastaba. Era como si cada vez necesitase un estímulo mayor, un sufrimiento mayor para sentir que el poder de los kami oscuros llegaba a manifestarse plenamente. La hija de Asano sería la culminación del poder de sus conjuros y los kami oscuros estarían satisfechos con su sacrificio y le concederían sus mayores deseos. Hasta ahora siempre había sacrificado a pobres campesinos, gente insignificante. Por fin, desde la muerte de Asano sus espías le habían dado noticias del paradero de la niña. La habían llevado con su madre. Seguramente habrían pensado que con el transcurso del tiempo estaría a salvo.

Se desató la oscura cabellera, que cayó sobre sus hombros, y cubrió su robusta figura con un kimono blanco. Pero una sombra le había acompañado durante ese tiempo: la venganza de los samuráis de Asano. Ahora, por fin comenzaba a sentirse a salvo, pero no por eso dejaba de pedir al sogún que siguiese protegiéndole. Esa protección le daba seguridad y le permitía gastar menos en tener más de sesenta experimentados soldados a su disposición, no solo para protegerse de una eventual venganza sino para mantener a los campesinos y otros muchos descontentos lejos de sus propiedades.

Kira ordenó a su sirviente que cerrase el panel y se tendió en su lecho. Ogyu Sorai, el sabio seguidor de la doctrina de Confucio y miembro del consejo de gobierno del sogún, le decía que el ansia de poder y el ego son muchas veces consecuencia del miedo. Kira hacía ver que le escuchaba y que tenía en cuenta sus reflexiones, pero se reía de él, aunque en realidad siempre había tenido miedo y ahora sus mayores temores se acercaban sigilosamente.

Oishi levantó su espada y dijo:

—Las tres virtudes: honestidad, benevolencia y pureza, se hallan grabadas en nuestras espadas. Hagamos honor a ellas.

Los cuarenta y siete ronin empuñaron sus armas y partieron.

Estaban en manos del destino.

La integridad

La hora diaria de oración. Los rezos ofrecidos a los kami. Los monjes entraron en el templo.

En el recinto del monasterio había un amplio templo de madera de ciprés con el techo inclinado y delimitado por una galería con tres grandes pórticos. En su interior, el edificio estaba coronado por vigas cruzadas. Las paredes y columnas de madera iluminadas por tenues lamparillas de aceite creaban una atmósfera misteriosa.

—El rezo es una puerta a la meditación —le dijo Hara.

—¿Por qué rezar? —quiso saber David—. ¿A quién?

—Buscamos la iluminación dentro de nosotros mismos a través de la meditación, no de la adoración a un dios. Ofrece los rezos a los kami, a los antepasados o a quien quieras, pero reza.

Aunque David no dirigía a nadie sus rezos, repetía las mismas letanías:

No tengo espada, mi mente en calma es mi espada.

No tengo enemigos, el descuido es mi enemigo.

Cruzó la estancia, esperó una señal del maestro y se sentó frente a este en el suelo, separados por una mesa baja. Los dos hombres permanecieron en silencio, mirándose a los ojos, hasta que Oishi dijo:

—Antes de hablar es mejor guardar un momento de silencio.

Sobre la mesa, una tetera y dos tazas.

Ceremoniosamente, Oishi vertió el té en una de las tazas. A continuación cogió esta entre las manos y con parsimonia se la ofreció a David. Un instante después le preguntó cortésmente:

—¿Podrías decirme quién eres?

La pregunta era sorprendente, porque, hasta ese momento ninguno de aquellos hombres le había preguntado nada de él. David trató de detallar quién era. Empezó hablando como pudo en japonés, pero al momento sin darse cuenta lo hizo en su propia lengua. Cuando se percató, trató de volver a cambiar de idioma, pero Oishi le hizo un gesto de que siguiera. Como no había notado ningún cambio en su expresión, David ignoraba si podía entenderle y en qué medida.

Oishi permanecía con el rostro inexpresivo, hierático, con la mirada fija en los ojos del joven, silencioso, quieto.

David habló lentamente durante un buen rato. Habló de su vida, de lo que había

hecho, de su niñez, de su juventud, de sus estudios, de sus éxitos y fracasos, de su matrimonio, de su hija. Ya que tenía la oportunidad, lo hizo con detalle, con minuciosidad, sin ocultar nada importante de lo que recordaba y sentía.

—Yo aún recuerdo el olor de mi casa cuando era niño; es el perfume del cerezo en flor —dijo el monje—. No me has contado a qué huele tu casa, tu jardín, tu pueblo.

David escuchó las palabras fuera de toda lógica de Oishi y de pronto sintió la necesidad de que lo que decía, sus pensamientos, sus gestos y miradas tuviesen sentido y fuesen dignos. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La parte baja de mi casa tiene el olor del césped recién cortado —dijo. Hizo una pausa, emocionado, y añadió—: Arriba huele a niña.

Cuando David esperaba que Oishi reaccionara como era habitual en él, soltando uno de sus violentos gritos, el monje dijo, comprensivo:

—Es un buen olor.

—Sí, lo es... Lo era. —David seguía sumido en el dolor y la confusión—. No sé qué hacer, ni cómo actuar. ¿Cómo puedo saber qué debo hacer?

—Aparta las nubes. Aparece el camino. —Oishi hizo un ademán con sus rudas manos, como si apartase con un movimiento suave unas nubes imaginarias—. Cuando tengas dudas acerca de cómo actuar, dispón la integridad en primer lugar y luego haz lo que tengas que hacer. ¿De qué otro modo podríamos actuar? La integridad son los pétalos de una flor, que nos muestran el camino correcto mientras sopla el viento.

David guardó silencio.

—Reconocer la integridad requiere recorrer un largo camino y acceder a la sabiduría interior —añadió Oishi.

—¿Y cómo lograr acceder a esa sabiduría?

—Hay muchos caminos, uno de ellos es escuchar a otros, a quienes han alcanzado esa sabiduría para a su vez nosotros recordar.

—¿Recordar? Será aprender, ¿no?

—No hay nada que descubrir, todo se halla en nuestro interior, solo debemos recordar lo que está aletargado en nuestra conciencia. Es el engreimiento lo que hace suponer que hemos hallado algo nuevo. El trabajo que hacemos aquí día a día sobre nosotros mismos no es para desarrollar nuestro carácter, sino para revelarlo.

Las palabras de Oishi caían sobre el alma de David como fina lluvia sobre campo abonado.

—De la misma forma debemos mantener el mayor respeto hacia nuestras palabras —prosiguió el maestro—. No hay que emplearlas sin más. La mayor prueba de respeto es no utilizarlas si se puede estar callado. Y cuando no haya más remedio que usarlas ha de hacerse de forma precisa, clara y serena. —Bebió lentamente el té de su

taza, y luego dijo—: Ha sido una buena charla. Es bueno esperar en silencio antes de separarse. Después ve al lago y ayuda a Yoshida.

Al cabo de un rato, el maestro se levantó y salió de la estancia.

Manuscrito de Terasaka

Catorce de diciembre de 1702. Noche gélida y cerrada. Había pasado más de un año desde la muerte de Asano. Sus más fieles samuráis habían logrado hacer creer a Chisaka que habían olvidado toda idea de vengar a su señor, por lo que disminuyó la guardia sobre Kira, aunque este, experto en el arte de la argucia, protestaba ante el sogún en cuanto Chisaka hablaba de retirar más hombres del castillo, argumentando que temía que todo fuese una maniobra de Oishi para engañarles. De esta forma se garantizaba una guardia personal que no le suponía ningún coste. Ante las órdenes del sogún, que tenía en gran consideración a Kira, y de Uesugi, su suegro, Chisaka se vio obligado a mantener a parte de sus samuráis guardando el castillo.

Los cuarenta y siete ronin decidieron que era el momento de vengar la muerte de su señor de acuerdo con el código de honor del samurái.

La noche invernal era especialmente inclemente, el viento y la nieve azotaban sus rostros y esto enardecía aún más sus ansias de venganza. Para no llamar la atención se dividieron en varios grupos. Se reunieron en un jardín abandonado en los alrededores de Edo, cerca de una fábrica de cartas.

Desde allí, todos juntos se encaminaron hacia la mansión de Kira. Cuando se acercaban al pueblo, Oishi ordenó desplegar las banderas de su señor Asano.

Como samurái de alto rango, Oishi se puso un casco rematado con cuernos en forma de media luna. Cogió su abanico de guerra. Un arma mortífera de hierro y una forma de enviar órdenes a sus compañeros.

Antes de atacar, Oishi mandó a varios de sus hombres a que advirtieran a los vecinos casa por casa que no eran ladrones ni se trataba de un atentado, sino de una operación militar de estricta justicia para vengar la muerte de su señor y que se mantuvieran al margen y tranquilos y ninguno sufriría daño alguno. Oishi se había informado y sabía que los vecinos, aunque Kira pregonaba lo contrario, lo detestaban y no tenían la mínima intención de oponer resistencia o dar la voz de alarma. Es más, creían que el maestro de ceremonias estaba relacionado con la desaparición de varios aldeanos.

El capitán de los samuráis hizo la señal a dos de sus hombres, Hazama y Soeta, de que dispararan al aire las flechas con cabeza de bulbo y plumas, tal como el abad le había indicado.

Las flechas surcaron el aire vibrando con un sonido encadenado. Los kami habían sido convocados para que presenciaran la demostración de valentía y lealtad que estaba a punto de desarrollarse. Que resolvieran participar o no y a quién apoyar sería decisión suya. El abad no trataba de hacerles propicios con aquella acción simbólica, sino de informarles de lo que iba a suceder.

Al llegar al puente que conducía al castillo, un perro gruñó a Oishi. Antes de que

pudiese ladrar, el samurái hizo una de las señas convenidas y Hara lo atravesó con una flecha. Solo por aquella insubordinación a las leyes de protección de todos los seres vivos del «Perro Sogún», el castigo era la muerte. Representaba la prueba de que no había vuelta atrás. La suerte estaba echada. El sogún y los creyentes veneraban a los animales como mensajeros de los dioses.

—Este ya no será mensajero de los dioses —susurró Oishi—, al menos no en esta vida. Ahora es nuestro emisario ante los kami y les dirá que Kira va a morir.

Era fundamental para su propósito que no se diese la voz de alarma. El castillo contaba con más de sesenta de los mejores arqueros y expertos en la espada, que defenderían con ventaja un ataque abierto y, además, tendrían tiempo de pedir ayuda a Uesugi.

Oishi volvió a advertir a sus hombres de que tuviesen cuidado en no herir a nadie que no opusiese resistencia, especialmente a los sirvientes, ancianos, mujeres, niños y cualquier persona indefensa.

Había que actuar con rapidez y contundencia, encontrar pronto a Kira y acabar con él antes de que llegasen los refuerzos de Uesugi.

Al aproximarse a su objetivo, se dividieron en dos grupos para enfrentarse más eficazmente a la guardia. Atacarían al mismo tiempo por la entrada principal y por detrás del castillo.

Oishi y Hara serían los líderes del grupo que asaltaría la puerta principal y entraría en la mansión donde vivía Kira. Yoshida y Onodera guiarían al grupo de veintitrés hombres que atacaría por la parte de atrás y lucharía fuera, en el terreno que rodeaba la mansión. Los de más edad, los más duros y experimentados combatirían en el exterior del edificio principal, y los más jóvenes y fogosos, capitaneados por Oishi, entrarían en busca de Kira.

Era un día perfecto con un clima perfecto para atacar sin ser vistos: luna casi negra, nieve y frío. Los cuarenta y siete ronin rodearon el castillo de Kira.

En plena tormenta de nieve, Oishi hizo la señal convenida.

Kataoka sacó una tela de seda reforzada provista de clavos que acopló a la palma de su mano. Siguiendo el plan trazado, trepó ágilmente por el muro trasero y comprobó que no había guardias a la vista antes de ayudar a los jóvenes Yato, Chikara y Terasaka a seguirle. La oscuridad de la noche era total, solo un ligero haz de luz que provenía de la casa principal llegaba a él a través de la puerta entreabierta. Pero pronto el sirviente de Kira cerró el panel que separaba sus aposentos del jardín, y el exterior quedó sumido en una oscuridad blanca.

Empleando las lanzas provistas de gancho que Ichiyo les había enseñado a usar, los cuatro samuráis bajaron en silencio y se dejaron caer al patio. El suelo cubierto de nieve amortiguó el ruido. Kataoka aguzó el olfato y la vista. Al poco, pudo ver a varios samuráis de Kira resguardados bajo una techumbre. Desde su escondite,

observaron los movimientos del castillo y esperaron el momento oportuno para atacar.

Cuando Kataoka hizo la señal convenida, se movieron con decisión. Atacaron rápida y sigilosamente a cuatro de los soldados miembros de la guardia de Kira que vigilaban la parte delantera del castillo. Las espadas de los samuráis segaron sus vidas sin que pudiesen dar la voz de alarma.

Acto seguido se dirigieron a la puerta principal que daba acceso al recinto para abrirla y franquear el paso al resto de samuráis comandados por Oishi y Hara.

Entraron en la portería donde otros cuatro guardias dormían. Antes de que pudiesen reaccionar, los desarmaron. Los soldados imploraron clemencia. Kataoka les pidió a cambio las llaves de la puerta. Aterrados, dijeron que se guardaban en la casa de uno de sus oficiales y que no tenían acceso a ellas. Los ataron y trataron de forzar la puerta, pero resistió. Como no encontraron la forma de abrirla sin hacer ruido, rompieron el cerrojo y el perno valiéndose de un mazo. La puerta se abrió.

Oishi hizo sonar el tambor y el grupo comandado por Yoshida rompió la puerta trasera.

Dio comienzo la batalla. Los samuráis de Ako encendieron varios fuegos y lanzaron flechas inflamadas para iluminar el escenario de la lucha.

El grupo encabezado por Oishi entró como un vendaval. En primera instancia esquivaron a los guardias, ya que su plan era tratar de matar a los menos hombres posibles. Mientras Oishi y algunos más entraban en el edificio principal en busca de Kira, el resto del grupo comandado por Hara se quedó fuera enfrentándose a diez soldados armados con espadas.

Los arqueros de Uesugi tomaron posiciones y dispararon sus flechas al grupo de Hara, que defendía la puerta principal de la mansión. Una flecha alcanzó a Hara, que cayó. El abdomen le sangraba abundantemente, pero tuvo fuerzas para levantarse y acabar con la vida de uno de los hombres que le atacaba con la espada. Cuando dos de sus samuráis quisieron sostenerle, les apartó con dureza. Nada, salvo la muerte, iba a impedir a Hara seguir luchando.

Desde la parte trasera les llegó ayuda, y los diez arqueros de Ako que Oishi había ordenado subir a los tejados de las cuatro esquinas del recinto, acabaron con los arqueros que estaban asediando al grupo de Hara, así como con algunos que trataron de huir en busca de refuerzos.

Kira, avisado por el sirviente que un rato antes había cerrado su estancia al frío de la noche, cogió su arma y salió de su dormitorio acompañado de su mujer y sus aterrorizadas sirvientas en dirección contraria al sonido de las espadas. Pero era demasiado tarde para huir. Retrocedió y mandó al sirviente que fuese al castillo de Uesugi a pedir auxilio a su suegro y a Chisaka para que acudiesen en su ayuda con todas las fuerzas de que dispusiesen. Pero ni él ni los demás hombres que trataron de

salir en busca de ayuda lo lograron y fueron abatidos por los arqueros dispuestos en puntos estratégicos por Oishi.

Desprevenidos y cogidos entre dos fuerzas, los samuráis de Kira fueron sucumbiendo a las espadas de los atacantes a pesar de su feroz defensa.

Oishi entró en la mansión, y su hijo, Chikara, iba tras él vigilando cualquier posible ataque y dejando salir, sin hacerles daño, a los sirvientes y visitantes que estaban en la casa. Solo querían acabar con quienes supusiesen una amenaza a su propósito: matar a Kira.

En el corredor, frente a la habitación de Kira, estaban Kobayashi, Waku y Shimidzu, tres de sus más experimentados samuráis, con las espadas desenvainadas, prestos a luchar y a morir. El lugar era estrecho y de difícil acceso para el grupo. Varios de los ronin fueron rechazados y tuvieron que retroceder.

Ante esa situación, y temiendo que el tiempo se les agotara y Kira escapara o llegasen refuerzos, Oishi apretó los dientes con rabia y enardeció a sus hombres:

—¡Morir luchando por vengar a nuestro señor es la más noble aspiración de un samurái! —Volviéndose hacia su hijo, exclamó—: ¡He aquí, muchacho, una oportunidad de demostrar tu valía! ¡Atácales, y si son mejores que tú, muere con honor!

Espoleado por estas palabras, Chikara tomó una lanza y acometió a Waku, pero la fuerza y la experiencia del samurái de Kira le hizo retroceder hasta el jardín. Chikara perdió el equilibrio y cayó en uno de los bellos estanques. En la oscuridad del jardín, Waku miró hacia abajo buscando a su contrincante para asestarle la definitiva estocada. Chikara fue más rápido y le hizo un tajo en una pierna con el filo de la lanza que Ichiyo les había enseñado a usar, y le hizo caer. El joven samurái se levantó, salió como un rayo del estanque helado, y lo mató.

Mientras Chikara luchaba en el exterior, en el corredor de la mansión Kobayashi asestó un mandoble a Yato, que cayó herido. Shimidzu fue atravesado por la espada de Kataoka. Antes de que Kobayashi matase a Yato, que estaba caído en el suelo, Terasaka acabó con él.

Cuando Chikara regresó junto a su padre, en el interior de la mansión los defensores de la entrada del dormitorio de Kira habían caído bajo las espadas de los ronin.

Oishi y los jóvenes samuráis entraron en las dependencias de Kira. No lo encontraron. Había huido, pero las sábanas de su cama aún estaban tibias, de modo que no podía andar muy lejos.

Chikara oyó un ruido, se asomó al pasillo y se encontró frente a frente con Sahoe, el nieto de Kira. Aunque tenían una edad similar, Sahoe era un samurái con mucha más experiencia. Aun así Chikara lo atacó para impedirle que entrase en las dependencias donde su padre buscaba a Kira.

Tras unos intercambios de golpes, Chikara cayó al suelo, y cuando iba a ser rematado apareció corriendo Oishi. Soltó un potente grito, «un grito del espíritu», que distrajo a Sahoe lo suficiente para que Chikara rodara sobre sí y con su espada hiriese a su oponente. En el momento en que iba a acabar con él, Oishi intervino:

—¡No! ¡Ya está derrotado!

Aquello evitó la muerte de Sahoe, que huyó como pudo de la mansión.

Oishi y Chikara salieron y se reunieron con el resto de ronin.

Era poco más de medianoche y la resistencia de los defensores cesó.

Lo simple

David descendió por el costado de la montaña hasta llegar a un claro donde el cielo se abrió. Bajó los doscientos metros que separaban el monasterio del lago. En la orilla, sentado en la helada piedra arenisca, de espaldas, se encontraba Yoshida.

Al viejo monje le gustaba ir a pescar al lago, aunque estuviese helado. Luego preparaba a sus compañeros un manjar de arroz y pescado cocido.

El cuerpo de Yoshida era seco y duro como la piedra, pero lo que más llamaba la atención eran sus manos. Aquellas manos no parecían encajar en un cuerpo de un hombre de su edad, eran fuertes y grandes, las manos de un guerrero. Viendo la delicadeza con que cogía el hilo de pescar era sorprendente que pudiese cortar un grueso tronco de un golpe seco o que usase una espada como si fuese un juguete.

David se sentó junto a él y dijo:

—Oishi me ha hecho venir con la excusa de que te ayudase, pero en realidad supongo que es para que aprendiese algo.

—¿Crees que tengo algo que enseñarte?

—Seguro —dudó David.

—Adelante, pregunta algo.

—¿Cómo puedo alcanzar la serenidad cuando las circunstancias superan mi capacidad de conseguirlo?

—Mira el agua del lago, quiere mantenerse quieta y clara, pero el viento la agita y enturbia.

—Yo no soy el lago, y todo me agita y enturbia, no solo el viento. Incluso cuando me siento erguido a meditar, mi mente acaba vagando alocada y la respiración es aún más difícil.

—Ser consciente de tu caos interno te ayudará a regular tu mundo interior —dijo Yoshida—. Quien no traspasa ese umbral no puede llegar más allá. De todos modos, te diré uno de los procedimientos reservados a los samuráis —añadió—. Cuando uno no es capaz, a pesar de todo lo aprendido en el entrenamiento, de mantener la calma, puede humedecerse con saliva los dedos índice y corazón de cada mano y aplicarlos discretamente sobre los lóbulos de las orejas. Pero si tiene una de sus manos ocupada empuñando su espada, basta hacerlo con una, preferentemente la mano diestra. Esto tiene un efecto inmediato sobre su espíritu.

—Es algo muy simple, no parece que pueda ser tan efectivo como afirmas.

—El engreído desprecia lo simple y se pierde en lo confuso —dijo Yoshida—. Cuando escuches hablar a alguien que sabe más que tú de lo que estáis tratando,

debes hacerlo con respeto y estar agradecido de tener la oportunidad de oírle. ¿Piensas que porque soy viejo no te interesa lo que digo y no debes tratarme con respeto?

A David le incomodó el que Yoshida hubiese podido pensar que no apreciaba lo que le decía.

—¡No! Te respeto, pero no creo que sea como dices.

—Crees que no crees. Escucha, cuando habla alguien de honda experiencia, el sentido de sus palabras no es el mismo que el de las de otro que no haya acumulado esa experiencia. ¿Cuántas veces oímos lo mismo una y otra vez, y un buen día de pronto esas mismas palabras resuenan con fuerza en nuestro interior como si fuese la primera vez que las oímos y nos impactan de tal forma que son capaces de transformar nuestra vida? De modo que escucha, escucha atentamente todo lo que digan los ancianos sobre lo que es correcto o lo que no lo es, aunque te parezcan obviedades; tu vida puede depender de ello.

David asintió.

—Mira, ¿ves esas grullas? —Yoshida señaló hacia el cielo con la punta de una flecha—. Suaves movimientos. Ágiles y elegantes. Bellas y fieras. Son los samuráis del viento.

A veces, Yoshida dejaba a su mente recorrer senderos poéticos, para enseguida volver a la realidad.

—Hay aves que emigran con el frío —prosiguió—. Estas permanecen todo el año en los mismos lugares, incluso en pleno invierno. Son fieles a los lugares. Hay gente que les dispara flechas para ver cómo caen y así leer su futuro. ¿Qué te parece?

—No lo sé —respondió David—. Me parece extraño.

—¿Aunque te lo diga un viejo como yo?

Dudó.

—Sí.

—Bien, una tontería es una tontería aunque la diga el hombre más viejo del mundo. El único futuro que veo cuando lanzo la flecha es que ese pájaro no volverá a volar.

David sonrió. Estaba a gusto con aquel hombre.

—Ahora hagamos lo que Oishi quiere. Por algo te ha enviado aquí. Eres joven y fuerte. ¿Crees que podrías derrotar a alguien que casi triplica tu edad?

—No lo sé —respondió David—. Supongo que sí. Con la espada seguramente no, pero en un combate cuerpo a cuerpo vencería quien fuera más joven y fuerte.

Yoshida se levantó y se situó frente a David. Hicieron una reverencia y comenzó el combate. David trató de derribarle intentando no causarle daño. Pronto vio que no iba a ser tan fácil. Se abalanzó sobre su adversario con todas sus fuerzas. Yoshida estuvo a punto de caer varias veces al suelo, pero cuando parecía derrotado se reponía

y con sus manos fibrosas y ágiles conseguía alejar a su contrincante.

David, desquiciado, empleaba todas sus energías para derribarle, pero cuanto más fuerza empleaba, más parecía que Yoshida se recuperaba, hasta que con un suave movimiento este desequilibró a su oponente, que cayó al suelo cubierto de nieve.

Yoshida le tendió la mano para ayudarlo a ponerse en pie.

—La mejor estrategia consiste en combatir como sabes. Cuando tratas de amoldarte a tu contrincante, la derrota está servida.

—Yo no sé combatir.

—Todos sabemos combatir de forma natural. Deja que surja y si eres derrotado es porque tu contrincante ha sido mejor, no porque hayas ido contra tu propia naturaleza. Crees que poniendo tu cuerpo en tensión vencerás. ¿No recuerdas cómo rompías cosas sin emplear toda tu fuerza? No hagas nada con el cuerpo: relájalo, sencillamente, y cierra la boca con firmeza. Lo demás vendrá solo.

—¿Así de fácil?

—Tanto como humedecerte una oreja, como relajarte y cerrar la boca con firmeza, como conocer el futuro de un ave cuando tensas tu arco.

Yoshida le dijo que recogiese unas ramas secas. Mientras tanto, él fue alrededor del lago. Arrancó un bambú, luego unos juncos. Sacó un cuchillo de su costado y preparó un arco con el bambú y usó el hilo de pescar para darle la curvatura perfecta. Las flechas las hizo con los juncos y les puso una punta de acero perforado para que silbasen en el aire.

El monje encendió una hoguera con las ramas secas que había recogido David.

—Creo que te gusta bañarte en el agua fría —dijo, y tras darle el arco y las flechas señaló el lago.

David se desnudó y entró en el agua. Sintió que el frío líquido le arañaba la piel. Al cabo de un instante empezó a temblar violentamente. Se había bañado otras veces en agua fría, pero nunca a temperaturas tan extremadamente bajas.

—Tensa el arco, pon la flecha y atraviesa a esa grulla —le indicó Yoshida, señalando ahora un árbol donde estaba posada la hermosa ave.

—¡Cómo!

—¡Dispárale!

David temblaba y apenas le fue posible poner la flecha en posición y tensar el arco.

—¡Dispara! —insistía Yoshida.

La mano le temblaba a causa del frío y de pensar en acabar con aquel animal indefenso que trataba de sobrevivir al duro invierno.

¿Qué sentido tenía? ¿Quería demostrar si era capaz?

La flecha salió, pero ni siquiera llegó cerca del árbol.

—¡Ahora dispara al tronco!

David tensó el arco. La flecha marchó, silbante, e impactó en el árbol. La grulla levantó el vuelo y se unió a sus compañeras en lo alto.

Salió del agua, y se abrigó.

—No está bien —dijo, refiriéndose a matar a la grulla.

—Lo correcto te da fuerza y te capacita para hacer lo que en otras circunstancias no podrías hacer. Lo incorrecto te debilita y te impide acertar en tu objetivo.

—No siempre es fácil saber qué es lo correcto.

—Para comprender lo correcto, es necesario primero conocer lo incorrecto —repuso Yoshida—. Respetar a todos los seres y a la propia vida facilita el que la mente se fusione con la naturaleza y podamos emplear los cinco elementos: tierra, agua, viento, fuego y vacío, para entrar en armonía con la vida, con todos los seres, con la naturaleza y con nosotros mismos. En este estado de paz interior, nos distanciamos de la maldad. —Hizo una pausa mientras los dos contemplaban el crepitante fuego, y añadió—: Escucha, debes asumir que el adiestramiento es continuo, sucede en todo lugar y en todo momento. No requiere maestro, pero eso deberás descubrirlo por ti mismo.

David, por su cuenta pero atento siempre a las indicaciones del anciano, aprendió a relajarse en el agua helada, a trascender el frío con la mente, a centrar esta a pesar del medio hostil, a diferenciar lo que está bien y lo que no, y a usar toda su energía en la dirección correcta.

Manuscrito de Terasaka

La sangre manchaba el suelo del castillo, los cadáveres de muchos de los bravos soldados y experimentados samuráis de Kira y de Uesugi jalonaban el jardín y el interior de los edificios.

El asalto había sido un éxito. Una incursión implacable y sanguinaria. Dieciséis soldados enemigos habían sido abatidos, veintidós estaban malheridos y los demás habían sido desarmados e inmovilizados. Un problema. Nadie sabía nada de Kira. Se había esfumado, pero estaban seguros de que se encontraba en el castillo cuando atacaron y que no podía haber huido. Las salidas habían estado vigiladas en todo momento.

—Su cama aún estaba caliente, no puede andar lejos —dijo Oishi.

Tras un buen rato buscando por todas partes, Hara, maltrecho y desesperado al ver que el tiempo se les agotaba, gritó:

—¡Prenderemos fuego a todo, Kira, para que mueras como una rata!

Se oyó el gemido de un animal, una especie de aullido ahogado, y ruidos procedentes de la habitación de Kira. Entraron y lo revolvieron todo, pero Kira no apareció. Cuando estaban a punto de abandonar, se oyó de nuevo el extraño quejido. Detrás de un tapiz descubrieron una entrada oculta.

Hazama la franqueó y vio un bulto blanco. Dirigió su lanza hacia él. En ese momento dos soldados armados con espadas le atacaron. Hazama era un bravo guerrero y les contuvo, pero tuvo que retroceder. Kataoka llegó en su ayuda y mató a uno de los soldados y se enfrentó al otro mientras Hazama entraba de nuevo en el habitáculo con la lanza por delante. Al ver otra vez el bulto blanco lo pinchó con la lanza y oyó un grito. El bulto se transformó en un hombre que le atacó con una espada corta. Hazama logró eludirlo, mientras Kataoka acababa con el otro soldado.

Oishi alumbró con una linterna y vio una escena inesperada. Un perro moribundo gemía atado a una cadena. El cadáver de otro yacía sin cabeza junto a los soldados muertos. Había también dos sirvientas, la mujer de Kira y un hombre agazapado con una espada en la mano. El vestido blanco delataba una mancha roja de la herida superficial que le había infligido Hazama. Un sombrero de junco revestido de seda proyectaba una sombra sobre su rostro. Aunque no respondió a sus preguntas, al acercar la luz vieron que en su frente se dibujaba una cicatriz, la huella de la espada de Asano. No había duda, se trataba de Kira. En ese momento sonó el silbato y todos los samuráis de Ako se dirigieron hacia allí.

Kira se había escondido a la espera del resultado de la contienda en su estancia secreta, el lugar donde llevaba a cabo sus perversos conjuros. Pero de nada le había servido, pues una de sus inocentes víctimas lo había delatado.

El jefe de ceremonias del sogún se entregó sin luchar. Lo sacaron al patio nevado.

Los ensangrentados capitanes de los ronin se arrodillaron ante él.

Oishi habló:

—Mi señor, somos los oficiales de Asano Naganori, señor del castillo de Ako. El año pasado, su señoría y nuestro maestro se pelearon en el palacio. Nuestro señor fue condenado a seppuku, y su familia fue despojada de todos sus bienes y su nombre repudiado. Hemos venido esta noche para vengarle, como es el deber de los hombres fieles y leales. Ruego a su señoría que reconozca la justicia de nuestro propósito, que haga seppuku y muera con honor.

—No soy culpable de nada, pero vosotros, bárbaros samuráis, venís aquí matando a gente inocente y esperáis que yo acepte ser como vosotros.

—Te concedemos el honor de hacer seppuku en este patio de la misma forma que el sogún sentenció a nuestro señor —dijo Oishi.

—La ley me ampara y vosotros, como Asano, la transgredís. Sois vosotros los culpables, no yo.

Cuando la madrugada asomaba su luz incierta, Oishi le ofreció a Kira la misma espada que Asano había empleado para acabar con su vida.

—Yo mismo seré tu asistente para que tu muerte sea fiel a la tradición y puedas morir de forma honorable.

Kira guardó silencio, por lo que Oishi le devolvió su espada, sacó la suya y le atacó. Los dos se enfrentaron en una lucha a muerte. Kira poco a poco fue retrocediendo ante el ataque furioso de Oishi y la fuerza de su arma.

Finalmente, Kira cayó herido por el capitán de Asano y de nuevo le ofreció morir con honor, pero él no aceptó. Entonces, Oishi cogió la espada de su señor Asano, la misma con la que había hecho seppuku.

—¿Tienes algo que decir antes de morir indignamente? —le preguntó Oishi.

—Sí. Volveré de la muerte una y otra vez hasta encontraros a todos y vengarme de esta crueldad injustificada. Cuando me matéis, iré al yomi, el hogar de los muertos, pero en vez de purificar mi alma regresaré convertido en ashiki-kami.

Un ashikikami, un diablo con cuerpo semihumano y grandes poderes. Un verdadero monstruo del más allá.

—Yo os maldigo —prosiguió Kira—, a vosotros, a todas vuestras reencarnaciones y a vuestros descendientes. Os buscaré desde la muerte, vida tras vida, hasta que el sol salga por el ocaso y se ponga por el este. Mis soldados regresarán convertidos en vengativos goryo, y con un ejército de las tinieblas destruiré a vuestras familias, a vuestros padres, a vuestros hijos y mujeres, a vuestros descendientes por toda la eternidad.

Los goryo, los poderosos fantasmas vengativos capaces de destruir a los seres humanos sin piedad.

Al rechazar el ofrecimiento de Oishi de hacer seppuku, según los preceptos de los

samuráis Kira no moriría con honor y su cabeza permanecería lejos de su cuerpo.

En cuanto acabó de hablar, Oishi le cortó la cabeza de un solo tajo, un acto degradante, ya que según el protocolo de los caballeros samuráis la cabeza debía quedar unida al cuerpo por una tira de piel.

La cabeza de Kira cayó al suelo.

De pronto, se hizo el silencio. Un silencio húmedo, jadeante. Todo había concluido.

El cuerpo de un hombre de sesenta años en el suelo, sin cabeza. Otro hombre, algo más joven, arrodillado, con una espada ensangrentada en la mano.

Cogieron la cabeza y la lavaron en un pozo, la envolvieron en un paño blanco, la pusieron en un cubo y se dirigieron a Sengakuji, el Templo del Manantial, a la tumba de su señor.

Un camino nuevo

En el monasterio los días se sucedían monótonos, reglados por una precisa naturalidad. El tiempo se regía por los cambios de las estaciones.

La lectura del manuscrito despertaba en David extrañas sensaciones. La moral de aquellos hombres le llamaba la atención y le resultaba atractiva, aunque dar su vida por lealtad le parecía algo extremo. Mientras trataba de comprender la actitud con que se enfrentaban a la vida y a la muerte, pensó que él también había decidido dar su vida por lealtad a sus seres queridos. Aunque quizá no era lealtad sino simplemente debilidad. Él no luchaba como los samuráis de Ako, sino que cedía ante el dolor.

¿Y aquella maldición? ¿Existía alguna posibilidad de que fuese cierta, de que desde el más allá se pudiese influir en este mundo? Era absurdo. Supersticiones de épocas pasadas.

Después de la hora de los rezos, David permaneció en el templo limpiando y ordenando la sala. Desde allí podía ver parte de las salas y del altar. Al acercarse mientras hacía sus tareas, percibió la suave fragancia del incienso. Vio al maestro hacer una sencilla ofrenda ante el altar de Buda. Cuando David se retiraba para no importunar, oyó la voz de Oishi, que sin volverse decía:

—Nuestro joven invitado... Quédate. Hablaremos.

El monje hizo una señal de que le siguiese a un claustro y allí le indicó que se sentase en un lugar determinado. Para Oishi sentarse era un acto sagrado, como lo era andar, respirar o cualquier otro. Para él, el lugar elegido tenía gran importancia. No todos los lugares eran iguales, y debían ser los adecuados de acuerdo con su energía y ubicación.

Uno frente al otro. Tras un rato de silencio, Oishi, a modo de explicación de lo que estaba haciendo en el altar, dijo:

—No nos olvidamos de nuestros antepasados. ¿Honras a tus antepasados?

—¿Te refieres a mis abuelos, a mis padres, a la gente que ha muerto?

—A todos los que nos precedieron. En realidad, nos honramos a nosotros mismos. Nosotros somos nuestros propios antepasados. Todos lo somos, vida tras vida, regresando para completar aquello que quedó pendiente, para cerrar un ciclo, para seguir avanzando.

—¿Es cierto que Saigo salió del monasterio en busca del número cuarenta y siete?

—Así fue. Debía hacerle llegar hasta aquí.

—¿Y qué pasó?

—Te encontró a ti.

—Fui yo quien le encontró.

—Él puso los medios para que lo hicieses.

—Un poco más tarde y hubiese muerto.

—Ese *poco* fue suficiente.

—De cualquier forma no creo que fuese a mí a quien esperabais.

—Hay mil caminos que conducen al mismo lugar. Hay destinos que deben cumplirse en esta vida, en la próxima o en la siguiente, pero que han de ser. Si Terasaka fuiste tú, has tardado más de trescientos años en llegar.

Ahora fue David quien le devolvió su propio argumento.

—Ni poco tiempo ni mucho tiempo, el necesario.

—Así es, así es. Es el momento. Ahora.

—¿El momento para qué?

Aunque David pensaba que nadie sabía que tenía el manuscrito de Terasaka, Oishi le preguntó:

—¿Has acabado de leer toda la historia?

—Me quedan algunas páginas.

—Acábala.

—¿Qué cambiará?

—Aprende lo viejo para entender lo nuevo.

El maestro parecía estar más receptivo que de costumbre para hablar. David pensó que, aunque ya le había contado buena parte de su historia, había llegado el momento, sin riesgo de que el monje lo humillara, de entrar en los asuntos tan dolorosos que había vivido.

Brevemente, David aprovechó para contarle que tras los tristes sucesos de su vida, su único deseo había sido morir.

—Las circunstancias nos arrastran, nos hacen felices o desgraciados, juegan con nosotros. Yo era feliz y un instante después el ser más desgraciado.

—Habrías gozado más de la vida si la muerte no se hubiese cruzado tan pronto en tu camino, pero entonces habría sido demasiado tarde para encontrar tu destino.

—¿Y para encontrar mi destino ha tenido que morir mi padre, mi madre, mi mujer y mi hija?! —exclamó indignado David.

—Lo que sucede no es del ámbito del samurái; lo es el modo en que se sitúa en lo que sucede.

—Si supiésemos lo que va a ocurrir podríamos...

—¿Lo que ocurre no importa! —le interrumpió Oishi—. Las circunstancias no son importantes. Hay que estar preparado y ser capaz de hacer frente a cuanto suceda, ser previsor, meditar previamente sobre todas las contingencias que puedan darse y entonces estar preparado para la acción.

—¿Incluso para morir?

—Sobre todo para morir. ¿Por qué querías morir? —le preguntó Oishi con voz conciliadora.

—Estaba lleno de dolor —respondió David, emocionado ante la atención y comprensión que mostraba el monje—. Aunque creo que en realidad ese dolor era fruto de la ira. Ira hacia el mundo, hacia mí mismo, hacia todo.

—Está bien. Y ahora, ¿sientes esa ira y ese dolor?

—No, ya no los siento. —David calló un instante, aguardando que Oishi le dijese que entonces no era necesario que muriese, pero el monje permaneció callado. Pasó un rato hasta que David se decidió a seguir hablando.

—La ira ha desaparecido, no creo que sea necesario que muera —le dijo esperando que él corroborara su intención.

De pronto, Oishi Yoshio le gritó con la cara desencajada:

—¿Pero ¿qué clase de samurái pretendes ser?! —Se levantó, iracundo, enarcando las cejas, el enojo en la boca, la mandíbula levantada—. ¡Ni siquiera respetas tus propias decisiones! ¿Decidiste morir?! —preguntó, y sin esperar respuesta, exclamó —: ¡Si decidiste morir, debes morir!

David lo miró estupefacto.

—Pero en aquel momento yo no sabía lo que era ser un samurái, no podía decidir nada como samurái. Además, ahora tampoco lo soy.

—¿Crees que uno es samurái «a veces»? No, se es siempre. Entonces lo eras, ahora también, pero mañana no, pues la vergüenza de no cumplir tu palabra te debe llevar a quitarte la vida.

David estaba confuso, anonadado.

—O sea que he de quitarme la vida dos veces, una por no cumplir con mi palabra de quitarme la vida, y otra por la vergüenza de no haberlo hecho.

La ira surgió de nuevo en el interior de David, sus emociones fluyeron como torrentes, sintió las lágrimas en sus ojos y como siempre que fluían en él emociones adormecidas, Oishi exclamó:

—¡Shiii...! ¡Shaaa...!

Bruscamente David dejó de gemir. Soltó un grito que salió de lo más profundo de su alma, de su alma de samurái. De pronto una risa incontenible surgió de su interior.

Oishi Yoshio puso cara de sorpresa, esa cara que ahora significaba: ¡por fin!

Oishi comenzó a golpearse las pantorrillas con las manos y luego, conforme David reía más y más, golpeó el suelo de madera, que vibraba a cada golpe de risa de Oishi, porque el maestro con su cara seria e imperturbable se estaba riendo.

David entendió que Oishi no le dejaba hablar de sus sentimientos cuando estaba sujeto a ellos para que no diese sustento a una emoción irreal. Un dolor del pasado no tiene sustento real en el presente. Cuando cesó aquel momento hilarante, David insistió:

—¿Por cuál de las dos me quito la vida para liberarme del dolor?

—¿Liberarte del dolor? No hay nada de qué liberarse. Cuando crees que has llegado, ni siquiera has empezado a andar todavía. ¿Liberarte? ¡Sigue adelante!

—Pero aquel recuerdo aún me causa una gran pena y dolor.

Como la mayoría de los occidentales, David era un hombre educado para sufrir emocionalmente, y actualizaba y revivía una y otra vez las mismas emociones.

—Una alegría, un dolor o una emoción del pasado pueden estar en el presente. Lo que no está es el hecho que las causó. ¿Quieres seguir reviviéndolos, o realmente quieres seguir tu camino, un camino nuevo a cada paso?

—No renegar del pasado, asumirlo y seguir adelante —recapitó David.

—Si las nubes que deambulan por el cielo no tienen raíces, por qué van a tenerlas tus pensamientos que tienen menos entidad real que ellas.

El cielo estaba tachonado de nubes blancas que se movían lentamente.

—¿Por qué querer ser lo que no eres? ¿Por qué querer vivir lo que no existe? —lo amonestó Oishi—. ¡Escucha! Todos podemos matarnos, pero pocos pueden vivir. Esta es la mayor responsabilidad de un samurái.

—¿Vivir?

—Vivir realmente.

—¿Para qué quiero vivir?

—Tienes una responsabilidad con esa persona a la que vas a salvar.

—¿Salvar? ¡¿A quién voy a salvar?! ¡¿De qué estás hablando?! ¿A quién puedo yo salvar si no soy capaz de salvarme a mí mismo?

David desvió la mirada y vio un pequeño pajarillo en un cerezo en flor. En ese momento levantó el vuelo y se perdió en el horizonte.

—Aún no le conoces, pero en algún lugar del tiempo alguien te está esperando sin saberlo él, sin saberlo tú. Ayudando a otros, te ayudas a ti mismo. Si estás mal, ayuda; si no encuentras salida, ayuda; si crees que las cosas no te pueden ir peor, ayuda; si no te queda esperanza, ayuda. Y así salvarás a esa persona que espera a la única persona que puede salvarle: tú.

Manuscrito de Terasaka

Ninguno de los cuarenta y siete ronin murió en el ataque al castillo de Kira, solo seis resultaron heridos. Los kami habían sido propicios. La táctica de Oishi, acertada. El valor, legendario.

—¡Yoshida! ¡Terasaka! —se oyó la voz de Oishi, mientras los demás ayudaban a los heridos y preparaban la partida—. Yoshida, ve a Edo a notificar al sogún lo sucedido.

Yoshida era un hombre experimentado y respetado. El sogún le recibiría y escucharía.

—Terasaka, debes llevar el mensaje de lo que aquí ha ocurrido a la esposa de nuestro señor Asano. Dile que el alma de su esposo ya es libre.

»Cuando hayáis cumplido vuestro cometido nos encontraremos en Sengakuji ante la tumba de nuestro señor para someternos a la ley del sogún.

Antes de abandonar el lugar, Oishi ordenó que se apagasen a conciencia todos los fuegos y luces para que las llamas no se extendiesen a las casas próximas.

Amanecía cuando los ronin salieron de la mansión de Kira y se dispusieron a cubrir la distancia que separaba el lugar donde habían consumado su venganza del templo de Sengakuji.

Los ronin se fueron turnando para llevar la cabeza de Kira. Conforme iban de camino a Edo, hacia la zona donde estaba el templo, la gente acudía a ver a los ronin cubiertos de sangre y con un aspecto aterrador. Por donde pasaban, la gente, avisada de lo que había sucedido, les enaltecía, les bendecía y les ofrecía alimento por su valor y lealtad.

Oishi pensaba que era muy posible que por el camino fuesen atacados. Los supervivientes habrían dado la voz de alarma en Uesugi, y se habrían unido las dos fuerzas para asaltarles, vengar a Kira y recuperar su cabeza. El daimio Uesugi era el suegro de Kira y no iba a permitir la afrenta sin luchar. El capitán de Asano estaba dispuesto a combatir de nuevo, aunque sabía que no tenían ninguna posibilidad. Avisó a sus hombres de que se prepararan a morir junto a sus compañeros espada en mano. No se rendirían antes de haber llevado la cabeza del perverso Kira ante su señor.

Sin embargo, los kami seguían del lado de los bravos samuráis. Matsudaira, uno de los dieciocho daimios principales de Japón, en cuya casa Asano había sido cadete, se alegró al enterarse de lo sucedido la noche anterior. Pensó lo mismo que Oishi e hizo los preparativos para proteger a los ronin en caso de que pudiesen ser atacados.

Cuando los samuráis de Uesugi estaban pertrechándose para salir a darles caza, llegaron los soldados de Matsudaira con un mensaje de su señor.

Ninguno debía moverse de Uesugi hasta nueva orden del propio sogún. Ante

estas circunstancias, nadie se atrevió a perseguirlos.

Eran las siete de la mañana. Cuando se acercaban a las inmediaciones de su palacio, el daimio Date Tsunamura, señor de Sendai, mandó un mensajero a recibirlos. Se acercó con respeto a Oishi Yoshio y le dijo:

—Los samuráis de Asano Naganori, señor del castillo de Ako, habéis dado muerte a vuestro enemigo. Admiramos vuestra lealtad y dedicación. Señor, soy un consejero del señor de Sendai, y mi maestro os ruega aceptéis su hospitalidad.

Oishi pensó en negarse. Pero vio a sus hombres agotados y malheridos y aceptó. Algunos apenas podían dar un paso más, como era el caso de Hara, que no se quejó en ningún momento de la gravedad de sus heridas, y de Yato, al que ni la sangre que había perdido conseguía quitarle la sonrisa de la cara.

Los ronin entraron en el palacio. Mientras recuperaban el aliento y reponían fuerzas tomando gachas y vino, los hombres del daimio no cesaban de felicitarles.

—Aceptad el hospedaje de mi señor —dijo el consejero del señor de Sendai—. Curaremos vuestras heridas y repondréis fuerzas.

Hara, que era el que peor estaba, habló por todos.

—Nuestro señor nos aguarda desde hace casi dos años —dijo—. No podemos hacerle esperar más.

—Mi señor me manda deciros que lo que habéis hecho dará honor y gloria a los samuráis por siglos. Vuestro nombre será recordado y alabado, y con el vuestro el de todos los samuráis.

Mientras se alejaban, Hara se acercó a su capitán.

—¿Crees que después de esto obtendremos el perdón del sogún? —preguntó, preocupado.

—No. Es cierto que hemos despertado la admiración de la gente, pero el sogún no va a permitir que se vulnere la legalidad. Esto daría pretexto a otros para acogerse a esta sentencia y saltarse la ley a su antojo.

—¿Haremos seppuku tras ofrecer la cabeza de Kira a nuestro señor?

—Ha de ser el mismo sogún quien nos condene. Nosotros hemos actuado al amparo de la ley al matar a quien merecía morir. Según la ley, Kira debería haber sido condenado a muerte. Nosotros somos los que aplicamos la ley del sogún. Él debe condenarnos por matar a Kira en contra de su sentencia y, sobre todo, por matar a quienes trataron de impedirnoslo.

Para un samurái solo existe lo correcto y lo incorrecto. Por ello, la justicia en la que cree es la suya propia, y no está sujeta a vaivenes o matices. Con la rectitud y la decisión correcta el samurái es el juez de sus decisiones y de su honor.

Por el camino, cuando faltaba poco para que se divisara el templo, se detuvieron junto a un manantial para lavarse. De alguna forma, los samuráis estaban haciendo un rito de purificación antes de llegar a su destino.

Finalmente llegaron al templo de Sengakuji. A las puertas les esperaba el abad del monasterio, que los condujo ante la tumba de su señor.

Mientras sus compañeros caminaban hacia el templo llevando la cabeza de Kira, Terasaka entregó el mensaje a la mujer de Asano.

Cuando el samurái entró en la sala, la mujer aspiraba en una larga pipa de madera y movía lentamente un abanico en su mano. El aroma del tabaco amargo inundaba el aire enmohecido. A otro podía parecerle algo inofensivo y trivial, pero Terasaka sabía que aquellos dos objetos tan bellos como corrientes eran armas mortales en manos de Chikako. Durante años se había adiestrado como un samurái en el uso de cualquier objeto, por cotidiano que fuese, como arma. Si alguien hubiese entrado con intenciones de hacer daño a su hija o a ella misma, habría encontrado una muerte inesperada a través de sus delicadas y cuidadas manos.

Chikako escuchaba a Terasaka y su pensamiento decía que había llegado la hora de morir siguiendo los pasos de su marido. En ese momento entró su hija, se sentó junto a ella y le cogió la mano. Chikako sintió su calidez y vulnerabilidad. Un samurái sabe cuándo ha de morir y cuándo ha de vivir. Ella decidió vivir.

Yoshida fue al palacio del sogún. Este le recibió de inmediato, escuchó atentamente el relato de los acontecimientos y, cuando el bravo samurái hubo acabado, lo miró largamente y dijo:

—Ve a Sengakuji.

Al llegar al templo, los ronin lavaron y adecentaron de nuevo la cabeza de Kira y la espada con la que Oishi le había dado muerte. En el interior, del techo colgaban unas grandes lámparas y adornos característicos de los templos budistas, y se mitigaba el frío exterior gracias al grosor de los muros, a varios braseros encendidos y a los mil cirios que ardían dispuestos a intervalos regulares. Fuera, la tormenta respetaba el momento. Frente a la tumba del señor Asano unas bellas esteras blancas cubrían el suelo. Justo delante, una alfombra de fieltro escarlata invitaba a los visitantes a postrarse ante ella, tal como había dispuesto su esposa.

Los ronin se agolparon en torno a la tumba. A la izquierda y a la derecha los capitanes más destacados. Enfrente, Oishi, y detrás de este los demás vengadores.

—Te rogamos que nos perdones por habernos retrasado tanto. Las circunstancias así lo requerían. Finalmente, hemos logrado vengarte. Ya puedes descansar en paz.

Se postraron y depositaron la cabeza de Kira sobre la tumba, junto con los nombres de los cuarenta y siete ronin de Ako.

Cuando hubieron hecho esto, los sacerdotes del templo se acercaron y oraron mientras quemaban incienso. Oishi cogió una vara de incienso y la encendió, luego hizo lo propio su hijo, Chikara, y a continuación los demás ronin.

La prueba

Onodera estaba practicando con la espada y, como siempre, David se fijaba en todos los detalles de lo que hacía. Después, cuando pensaba que nadie le observaba, trataba de reproducir con exactitud lo que había visto.

Hara se acercó a él sigilosamente y le dio un golpe con su vara en el hombro. Cuando el joven esperaba una reprimenda por practicar sin permiso, le dijo:

—Baja los hombros, pon la espalda erguida, las piernas firmes y afiánzate con los pies en el suelo, expande los pulmones, concentra toda tu fuerza y tu energía en la parte baja del abdomen. Ahora coge la espada y repite el movimiento circular que has visto hacer a Onodera con cada uno de los brazos trescientas veces al día.

—Para dominar el arte de la espada hay que ser experto en más de trescientas técnicas diferentes —dijo Onodera—. Repetir la misma técnica trescientas veces al día durante trescientos días. Así hasta completar las trescientas técnicas.

—Pero eso supone...

—A poco que te descuides, unos trescientos años.

—Es imposible.

—No si en tus anteriores vidas has estado practicando.

David fue aprendiendo los diferentes grupos de movimientos para atacar, defender y contraatacar: golpe de dragón, golpe de trueno, golpe de rueda, barrido de bufanda, corte en cuatro, y muchos otros que lograban la unión del espíritu con el cuerpo y la mente.

Hara cogió una espada que descansaba en un soporte y se la dio. Una espada auténtica.

Era la primera vez que David cogía una espada de verdad entre sus manos. Había practicado durante mucho tiempo con el sable de madera, que pesaba y tenía el mismo tamaño que una espada real, pero aquello era diferente. Aun así, en cuanto la tuvo en su mano, notó que se fundía con él como si fuese una prolongación de sí mismo, como si hubiese practicado con ella toda su vida.

—Se empuña con ambas manos, y te colocas en ángulo recto con respecto a tu contrincante.

Sintió su fuerza, y cómo esa fuerza se concentraba en su curvatura. Un golpe podía partir cualquier hueso del contrincante.

—¿Un escudo no sería de utilidad en el combate?

—La espada tiene más resistencia que el escudo. Ella es el escudo. Sirve para atacar y para defenderse, para desviar un ataque y para asestar el golpe mortal.

En dos golpes, con un bastón de madera, el samurái le demostró lo que quería decir y le hizo perder el arma. Cuando iba a recuperarla, Hara le cerró el camino con su estaca.

—¿Crees que tu enemigo te dejará que la recojas?

—¿Cómo voy a combatir sin espada?

—Todo tu cuerpo es tu espada —señaló antes de atacarle de nuevo.

David retrocedió como pudo hasta que cayó al suelo, dolorido por los golpes recibidos.

—Tus brazos y piernas son espadas; tu mente, la flecha.

—Si se quiere vencer, no se puede luchar sin armas.

—El alma del samurái es su espada, pero el arma del samurái es su valor, y este no está en la espada, solo puede nacer y arraigar en el corazón. Si perdemos la espada o si se rompe, luchamos con lo que tenemos a nuestro alcance. Si no tenemos nada más que el cuerpo, esta es nuestra arma: los brazos, las piernas, los dientes... cualquier parte de nosotros se convierte en un instrumento para seguir combatiendo.

—Nuestro joven invitado —intervino Oishi al entrar en la sala viéndole en el suelo—. ¿Has aprendido mucho?

—Creo que sí, bastante.

—Vencer al cuerpo, someter al espíritu, entonces puedes vencer al adversario, puedes vencerte a ti mismo.

—Los fracasos nos ayudan a mejorar —dijo David—. Si caemos nos levantamos y...

—¡Calla! —gritó Oishi—. ¡Cesa el parloteo vacío!

David se quedó aturdido ante la respuesta del monje.

—No sabes de lo que hablas. Escucha. Quien cree que tras un fracaso tiene otra oportunidad, está perdido. Si crees que vas a tener otra oportunidad no pondrás toda tu alma en lo que haces. Si pisas en falso mientras vas al lago por el sendero del precipicio, caerás y te matarás. No tendrás otra oportunidad. Si en tu golpe no pones todo tu espíritu, tu contrincante acabará contigo y morirás. Y aun en las cosas en las que tu vida no está amenazada, mal llegarás a lograr algo de valor si crees que vas a tener otra oportunidad. Es esta y ahora la oportunidad, aprovéchala o muere.

El maestro salió de la estancia.

De pronto, David intuyó que aquel hombre le estaba mostrando algo sumamente valioso, y en vez de molestarse con él, puso toda su atención en lo que acababa de suceder.

Ceremonialmente recogió la espada del suelo y la dejó en el soporte, en su lugar. Se sentó a meditar, y comprendió.

No puede haber triunfo sin esfuerzo. Cuando uno empieza la práctica las dificultades aparecen constantemente y los obstáculos parecen infranqueables.

Entonces surgen dos caminos. Uno, es el de las justificaciones: el esfuerzo es demasiado grande para la recompensa; ya tendré otra oportunidad; no puedo seguir luchando, he perdido la espada; si otros viven felices sin hacer esto por qué no voy a serlo yo. Pero hay otro camino. En ese camino se va viendo cómo la voluntad se fortalece conforme se avanza y el carácter se robustece; se adquiere confianza en uno mismo al comprobar cómo uno era antes y cómo es ahora. El examen del pasado da la exacta magnitud del avance conseguido, y lejos de vanagloriarse piensa que aún le queda mucho por lograr y que si se hubiese esforzado más, más habría logrado.

Aptitud, actitud, compasión y valor son las virtudes que unidas en una misma persona forman el camino del samurái. Puede parecer muy difícil que estas virtudes se puedan dar en una misma persona, pero mucho más difícil es ser inepto, perezoso, ruin y cobarde.

La aptitud es saber que se es capaz de hacer algo.

La actitud es saber usar la palabra y el silencio cuando es preciso, la acción y la no acción cuando se requiere.

La compasión reside en actuar en favor de todo ser.

El valor es no excusarse ante las dificultades.

Aptitud, actitud, compasión y valor nos llevan a aprovechar la única oportunidad de salvar nuestra vida, de salvar la vida de esa persona que en algún lugar del mundo espera ser salvada.

Al amanecer, el sol apuntó su luz entre las telas de papel de arroz.

Manuscrito de Terasaka

Al acabar la ceremonia, Oishi entró en el templo con el abad. En la mano derecha sostenía una bolsita de cuero. A pesar de haberse limpiado, aún podía verse sangre en su rostro, su cabello, su ropa y su armadura.

—Te ruego que cuando hayamos realizado seppuku, nos entierres decentemente. Tengo poco que darte, pero confío en tu bondad.

Oishi pidió al abad que les enterrase con decoro y ofreciese oraciones por ellos. A continuación le dio todo el dinero que había sobrado de la acción contra Kira.

Admirado del valor y la fidelidad de aquellos hombres, el abad se comprometió a cumplir con sus deseos.

—Reza por nuestras almas. Kira antes de morir lanzó una maldición.

—¿Cuáles fueron sus palabras?

—Dijo que volvería de la muerte para encontrarnos y vengarse. También aseguró que al morir iría al yomi.

—El hogar de los muertos.

—Sí, eso dijo, y también que, en vez de purificar su alma, regresaría convertido en ashiki-kami.

—Un diablo, un ser semihumano dotado de grandes poderes.

El abad hizo un inciso como si dudara en seguir hablando, pero finalmente reveló:

—Kira ostentaba un gran poder en la corte para ser un simple maestro de protocolo. ¿No crees?

Oishi recapacitó y asintió:

—Cierto, ascendió rápidamente, se casó con la hija de uno de los daimios más poderosos de todo Japón e influía en el sogún y en su madre de forma inaudita, tanto que hizo que pasara por alto una ley que le condenaba a morir.

El abad le hizo sentarse junto a un brasero que lanzaba pequeñas llamas azuladas, y le dijo que prestara mucha atención, que no tenían mucho tiempo.

—Kira era un onmyoji, un maestro de onmyodo, una autoridad de los cinco elementos y del yin yang. Desde hace más de diez siglos, los miembros de la Corte Imperial de Kioto han usado el onmyodo para tomar decisiones. Kira y otros maestros onmyoji eran consultados en la corte para cualquier cambio, desde la ubicación de un templo, la orientación de la habitación de cualquier miembro de la familia imperial o del sogún, la interpretación de señales o para predecir la suerte de una decisión o el futuro del sogún y sus allegados. Kira era su consejero más cualificado y yo diría que más venerado. Estate seguro de que la pena que caerá sobre quienes han permitido con su negligencia que muriese será implacable.

—Es una práctica basada en los conocimientos de la naturaleza. No veo nada extraño en ello, un onmyoji practica la astrología y la predicción, y eso en la corte

siempre ha estado bien considerado.

—Eso es solo un aspecto de su arte, hay otro mucho más tenebroso que usa artes ocultas.

—Encontramos a Kira en una habitación oculta. Era una especie de celda y de santuario. Había un perro muerto y otro agonizando. Gracias a él descubrimos el escondite. Fue realmente extraño, al perro le habían cortado la lengua para que no se oyeran sus quejidos, pero aun así logró gemir de tal forma que su lamento llegó hasta nosotros a través de los gruesos muros.

—La víctima se convirtió en verdugo. Entre nosotros era bien sabido que Kira trabajaba en ese lado más oscuro. Un onmyoji también es quien complace a las almas de los difuntos y atrae o evita la aparición de los yurei, los fantasmas malvados. Aparentemente, Kira protegía a la corte y al sogún Tokugawa Tsunayoshi de estos terribles seres, pero en realidad los atraía y los usaba en su provecho. Para lograrlo ponía en juego ancestrales conocimientos mágicos y las ceremonias dedicadas a deidades taoístas como Taizan Fukunsai, el señor de las almas de los hombres, el que marca el momento de la muerte.

—¿Cómo sabes todo esto? ¿Qué has querido decir con que entre vosotros Kira era conocido como un onmyoji del lado oscuro? ¿Quiénes sois vosotros?

—Hace tiempo las competencias de la práctica de onmyodo eran del clero budista, pero la corte imperial quiso controlar este gran poder y nos prohibió practicarlo y pasó a estar bajo su dominio.

—Un gran poder en manos de un hombre perturbado —reflexionó Oishi.

—¿Os maldijo?

—Sí, antes de que le matara, clamó: «Yo os maldigo a vosotros, a todas vuestras reencarnaciones y a vuestros descendientes». También dijo que sus soldados regresarían convertidos en goryo.

—Los goryo son fantasmas vengativos de la clase más elevada, pueden atormentar a quien les causó una profunda ira mientras vivían o, si esta persona ha muerto, a sus descendientes o a sus reencarnaciones.

—¿Cómo podemos evitarlo?

—Espera, ¿dijo algo más?

—Que nos buscaría desde el más allá, vida tras vida, hasta que el sol salga por el ocaso y se ponga por el este.

—Hasta que el sol salga por el ocaso y se ponga por el este —repitió el abad—. Toda la eternidad. Es un conjuro muy poderoso, y más si se ha hecho en un estado de inmenso odio y sumido en la ira, justo antes de morir sabiendo que va a morir.

El hombre dejó la mirada perdida en el fuego, y dijo:

—Durante siglos los monjes budistas hemos luchado contra el mal que viene de más allá de la muerte, pero el sogún Tokugawa Tsunayoshi y los anteriores sogunes

han prohibido que lo hagamos.

El tiempo se acababa. Pronto los soldados del sogún llegarían a las puertas del templo.

—¿Puedes ayudarnos?

El abad miró por una ventana desde donde veía a los samuráis alrededor de la tumba de su señor, muchos de ellos jóvenes, adolescentes, casi niños.

—La última promesa o la última voluntad de quien muere presa de la ira y del odio posee un gran poder sobrenatural, y más si es un poderoso maestro de ceremonias que sabe usar la palabra, la forma, la intención y el momento. Todo en estas circunstancias está a su favor para que el conjuro y la maldición sean siniestramente efectivos.

El fuego crepitó ruidosamente y del brasero salieron alargadas y finas llamaradas azuladas.

—¿Confías en alguien?

—En los hombres que ves ahí fuera.

—Alguno debe vivir. Oishi pensó en su hijo Chikara, pero enseguida desterró esa idea.

—Mi poder solo no es suficiente para contrarrestar el de Kira. Necesitaréis más ayuda para vencer a los poderes que ha despertado.

—¿Quién puede ayudarnos?

—La tradición no se perdió. En algunos templos budistas se mantuvo el conocimiento más ancestral y poderoso. Sí, aún hay quien posee la sabiduría del bien y del mal y los poderes para enfrentarse al lado más oscuro.

—¿Quién? —insistió Oishi.

—Estos seres de la oscuridad solo pueden ser derrotados por un yamabushi. Son guerreros que poseen grandes poderes fruto de su trabajo interior. Juken, el abad de Kisshoji, es uno de ellos.

—Le conozco. Fue amigo de mi señor Asano. Gracias a él los kami nos han sido propicios.

—Lo sé, estuve con él. ¿Recuerdas que te dijo que los kami habían hablado, y que si vencíais te diría sus palabras?

—Sí.

—Dijeron: «La flor más joven del cerezo tarda más tiempo en caer a tierra que las demás».

Oishi llamó a Terasaka.

Yoshida y Terasaka habían acudido a Sengakuji tras cumplir las órdenes de su capitán y ya estaban preparados para dar el último paso del plan de Oishi.

—Te voy a ordenar un último y difícil servicio, Terasaka. Debes ir a Ako e informar de lo sucedido, luego, al hermano menor y al resto de la familia de nuestro

señor Asano.

El joven se quedó desconcertado. Viendo que Terasaka iba a negarse a cumplir aquella orden, Oishi le dijo:

—¿Quieres morir?

—Claro que sí, por eso estoy aquí, maestro.

—Nadie desea en realidad morir.

—Tú sí, y Hara, Yoshida... todos.

—Yo no deseo morir, Terasaka.

El joven quedó mudo.

—Escúchame, quisiera vivir, como tú, como todos, pero no puedo. Tú sí puedes vivir. Tú debes vivir. Una vez que entregues el mensaje en Ako, deberás informar a todas las familias. Luego deberás cuidar a la esposa de nuestro señor Asano y a su pequeña hija.

Terasaka trató de protestar, pero Oishi fue categórico.

—La lealtad te hizo venir, la lealtad te hará marchar. Por algo tu espada quiso llamarse Lealtad. Además, deberás velar por las familias de los demás samuráis. Desde este día la protección de la esposa de Asano y de su hija es cosa tuya. No podrás morir hasta que ambas hayan muerto.

Oishi le dio ese mandato final para que el joven no sucumbiese a la tentación de hacer seppuku y unirse a ellos en la muerte. Pero Terasaka a pesar de ser joven era un fiel samurái y en contra de su voluntad cumpliría las órdenes de su capitán.

Para un samurái lo que dice tiene valor absoluto. No necesita dar su palabra ni prometer lo que va a hacer, es responsable de lo que dice y si dice que va a hacer algo lo hace, y asume las consecuencias, antes o después, pero se puede dar por hecho que así será a no ser que la muerte se lo impida. Pero incluso así, si ha alcanzado el grado suficiente, lo hará en su siguiente reencarnación. Un samurái no olvida ni siquiera tras la muerte y nada de lo que está entre la tierra y el cielo se lo impedirá. Entonces habló el abad y le explicó a Terasaka todo lo referente a Kira y a su maldición.

—Deberéis volver a uniros tras la muerte y derrotar a Kira en su forma más poderosa, un ashiki-kami, y a sus huestes de goryo. Mientras no lo hagáis, la maldición seguirá vigente y todos, vida tras vida, pagaréis las consecuencias, y vuestras familias y descendientes. Tenéis que volver a matar a Kira y a sus infernales aliados en su forma demoniaca más poderosa.

—¿Qué debo hacer?

—Ve al templo Kisshoji. Lleva pelo y uñas de los cuarenta y siete samuráis, incluyéndote a ti. El abad estará prevenido y sabrá qué hacer. Luego deberás seguir ascendiendo en la vía del guerrero y adentrarte en las artes más elevadas que permitan que tu alma quede a salvo del conjuro de Kira y así proteger a las familias de tus compañeros. Juken te lo explicará. Deberás dedicar esta vida y puede que las

próximas a este cometido, hasta que llegue el momento del combate final. Mientras tanto es mejor que no tengas familia. Ellos podrían ser un objetivo que podría emplear Kira y sus servidores para destruirte y destruir a los demás samuráis. Cuando Terasaka se preparaba para partir, el abad le dijo a Oishi:

—Solo una última cosa. La ira en el momento de la muerte ha sido para Kira su mejor aliado. El dolor en su máxima expresión que sentirás al abrirte el vientre y liberar la energía a través del punto hara servirá para preparar tu regreso como espíritu encarnado y poder contrarrestar la maldición de Kira. Él usó el dolor como vehículo de su odio y de su ira, úsalo tú para afianzar tu serenidad interior y el amor a todos los seres vivientes.

El brillo en la mirada

Oishi inspiró profundamente, y sin expulsar el aire, soltó un grito penetrante y agudo, un grito invariable y mantenido, con el mismo tono y la misma intensidad de principio a fin.

—¡Shiii! ¡Shaaa!

El sonido hizo que todo el cráneo de David vibrase, incluso el de los que estaban alrededor.

—Aparte de suspender las emociones de la persona que lo lanza, es una forma de activar la intuición y despertar a la realidad. Prueba. Libera la mente —le dijo Oishi.

»Ciertos sonidos tienen un efecto importante en el entorno y en la persona que los emite. Hay sonidos que provocan tranquilidad y relajamiento; otros, fuerza y coraje, y han de ser proferidos con toda la energía del aliento.

—¡iiiiaaa! —David repitió una y otra vez el grito.

Conforme el joven fue realizando los movimientos y los sonidos adecuados, sentía que liberaba las emociones de su interior. Poco a poco, el arte de la espada fue mostrándole dimensiones insospechadas.

Tras haber lanzado correctamente el grito, el samurái percibe su nueva fortaleza, una recarga de poderosa energía.

El joven aprendió a usar la espada. Durante días y días, bajo las indicaciones de Yoshida y de Hara, practicó con Chikara y con Yato lo que había visto hacer a aquellos hombres tantas veces y lo que de forma natural surgía de su interior.

—¿Qué es lo más importante en la práctica? —quiso saber.

—Lo primero es agilidad, energía, habilidad, reflejos, intuición, reacción, resistencia, flexibilidad, concentración y respiración.

—Son muchas cosas.

—Son una sola: lo más importante.

David frente a frente con Chikara. Lo miró. Su kimono blanco contrastaba con la vaina lacada en negro de la espada que portaba en su costado izquierdo. Su rostro aún semejaba el de un muchacho. A primera vista no parecía el rostro de un samurái, pero era una impresión engañosa. El cabello suelto sobre los hombros, la postura erguida, el gesto impasible, la mirada penetrante. Era la mirada de un samurái. Era un samurái.

Hara le hacía parar, corregía movimientos, estaba atento a cualquier detalle.

—Lucha siempre teniendo presente en tu mente cuál es tu objetivo. ¿Quieres derribar a tu contrincante? ¿Quieres matarle? ¿De qué manera? Un ataque sin una

meta bien definida lleva a la derrota.

David hacía todo lo que Hara le indicaba, pero aun así el samurái le recriminó:

—¡Escucha, no puedes entrenar como si estuvieses entrenando!

—¿No? ¿Qué hago entonces?

—Cuando entrenes, hazlo como si frente a ti estuviese tu enemigo y se tratase de tu vida o la suya.

—¿Cómo puedo hacer tal cosa? Aquí no hay enemigos, estamos haciendo prácticas, no luchando para matar.

—No hay tiempo. Esto no es un campo de entrenamiento, es un campo de batalla. Quiero ver cómo tu mirada brilla, tu cuerpo se tensa y tu espada se funde contigo. Quiero ver el brillo de la espada en tu mirada.

Orar al amanecer, orar al atardecer, purificarse con baños de agua fría con sal, respirar profundamente, respirar conscientemente.

—Cada respiración que hacemos es una oportunidad de cambiar nuestro destino —oyó la voz de Oishi.

La respiración ralentizada, suave, larga y profunda, el vientre relajado.

—Libera la mente. La mejor técnica no es nada sin un espíritu fuerte.

La respiración rítmica.

—Inspira... espira... lenta y profundamente. Observa el espacio vacío a tu alrededor. Inspira... espira... Observa la multitud de pensamientos que vienen y van. Inspira... espira... Déjalos partir. Inspira... espira...

Mientras la tormenta azotaba el monasterio, la calma fue invadiendo el espíritu de David.

Cuando más sereno estaba, oyó cómo cerraban la sala, puertas y ventanas. En estado de meditación, respirando pausadamente, David olió que algo se quemaba. En los braseros ardían cáscaras de arroz. Abrió los ojos. Estaba solo. El humo llenaba la sala. Al poco rato no podía respirar. Se ahogaba. Se sentía morir. Las palabras de Oishi: «Cada respiración que hacemos es una oportunidad de cambiar nuestro destino». «Mi destino», se oyó decir, «mi destino es la muerte». «Libera la mente». En ese momento, su respiración se calmó de nuevo y dejó a su mente fluir bajo pensamientos que iban y venían sin permanecer.

Y en esa calma interior oyó la voz de Oishi:

—Mi familia son el Cielo y la Tierra. El mar de energía, el *tan tien* es mi hogar.

David sintió que ese mar de energía surgía justo en su cuerpo, en algún punto detrás de su ombligo.

—Centra tu mente en ese punto y tu resistencia y fuerza aumentarán. El frío no te afectará, el humo será aire puro, la mente se clarificará y todo tu ser se equilibrará: energía, esencia y espíritu.

Percibió que aquel era el centro de su cuerpo, su *ki kai tandem*, el *hara*, su punto

de equilibrio, el volcán del cuerpo humano. El lugar donde el samurái hunde su espada para morir.

Fuera, el cielo clamaba a la tierra con rayos encendidos seguidos de truenos ensordecedores. David se sintió bien.

Cuando la sesión de meditación acabó, se levantó, estiró el kimono, salió del templo, atravesó el patio bajo la tormenta, entró en su estancia, puso la estera en su lugar y se acostó.

Desde que llegó a aquel lugar, David dormía poco y profundamente. Aquella noche, en cuanto conseguía dormir, un relámpago seguido de un trueno lo despertaba. Finalmente dejó de intentarlo y permaneció tumbado con los ojos abiertos viendo cómo la habitación se iluminaba una y otra vez y las paredes retumbaban al son de los tambores del cielo. De pronto, cuando un rayo iluminó la estancia, vio decenas de sombras de hombres ataviados como guerreros, con armaduras de samuráis, fuertemente armados, gesto cruel y ojos ennegrecidos. Estremecido, se levantó de un salto, pero las imágenes habían desaparecido.

¿Había sido un sueño?

La estancia seguía iluminándose a intervalos. David salió al patio. El cielo centelleó, y vio el portón del monasterio abierto. Inquieto, fue hacia allí. Cuando traspasó el linde del muro, vio a Hara en pie junto al puente, desafiando la tormenta. Desconcertado aún por la visión que había tenido se acercó hasta él.

—He tenido una extraña visión —dijo David elevando la voz para sobreponerse al fragor del cielo.

Como Hara seguía mirando hacia el puente sin girarse hacia él, David siguió hablando:

—He visto a un numeroso grupo de hombres armados dentro de mi habitación.

—Cuando la luna decrece y se va oscureciendo, vigilamos el puente. Son los días en que el espíritu de Kira y sus maléficos aliados ostentan más poder y pueden acceder a este lugar. El momento se acerca. Hay que prepararse.

—¿En verdad creéis que yo soy Terasaka, el último de vuestros compañeros?

—¿Tú crees que nosotros somos los samuráis de Asano? —preguntó Hara.

—Sí, lo creo.

—Si tú crees que nosotros somos aquellos cuarenta y seis samuráis que murieron por fidelidad y por honor hace tanto tiempo, ¿por qué no has de creer que tú eres uno de ellos, el número cuarenta y siete?

—Lo recordaría, al igual que vosotros recordáis quiénes sois, ¿no?

—Nadie nace sabiendo su fortaleza. Nosotros tampoco. ¿Recuerdas alguna de tus vidas pasadas? —siguió interrogando Hara.

—No.

—Todo esto te resulta familiar, como si formase parte de ti. ¿No es así?

—Sí, así es.

—Todo confluye en una misma dirección. No podemos negar el destino.

—¿Y ahora que estamos todos de nuevo juntos, debemos morir para encontrar el descanso? —quiso saber David con la esperanza de que fuese así, aunque en realidad no creía que él fuese Terasaka.

—Nuestro código bushido nos obliga a vivir incluso cuando ya no se tienen deseos de vivir —explicó Hara—. Nacemos, y cuando llega el momento morimos a la espera de volver a la vida para cumplir nuestro destino. Llevamos mucho tiempo esperando reunir a los cuarenta y siete samuráis de Ako para poder derrotar a Kira y al mal que representa.

Manuscrito de Terasaka

Después de honrar a su señor, los ronin esperaron serenamente la llegada de las tropas del sogún.

Al atardecer apareció ante la puerta del templo el inspector general de la Corte Suprema de Justicia, el daimio Sengoku, con setecientos soldados.

Los cuarenta y seis samuráis no ofrecieron resistencia y se entregaron. Solo faltaba uno: Terasaka.

En vez de llevarlos a la cárcel, Sengoku condujo a los samuráis de Asano al palacio del daimio Hosokawa de Kumamoto.

Cuando Yoshida informó al sogún de los hechos, se encontraba de visita en el castillo de Edo el daimio Hosokawa. Sengoku le pidió que hospedase a los samuráis de Ako en su palacio. Hosokawa aceptó complacido, incluso se ofreció a trasladarlos con dignidad y decoro.

—No es habitual que los procesados sean llevados en palanquines —dijo Hosokawa a Oishi—, pero entre vosotros hay heridos y viejos, y no sois bandidos.

Los cuarenta y seis samuráis fueron trasladados dignamente al palacio de Hosokawa en palanquines. El mismo gobierno del sogún les trató con honor y respeto, todo lo contrario de lo que hicieron con Chisaka y los samuráis de Uesugi.

El sogún hizo saber al daimio Uesugi el castigo por no haber sabido cumplir sus órdenes de defender a Kira: sería despojado inmediatamente de todos sus bienes y sus samuráis pasarían a ser ronin, samuráis sin señor, guerreros vagabundos.

Llegaron al castillo de Kumamoto, donde pudieron descansar, comer y recuperarse de las heridas de la batalla.

Sengoku y Hosokawa se reunieron con Oishi en el palacio.

—Por todas partes se habla de vuestra hazaña. Sois unos héroes —dijo Sengoku—. El sogún no está enojado, está muy impresionado por vuestra lealtad y astucia.

Oishi permanecía en silencio escuchando.

—El sogún está ante una difícil situación —intervino Hosokawa—. Hay dos aspectos que debe contemplar, uno es el legal y otro es el moral. La ley le obliga a sentenciaros a muerte, y no lo puede pasar por alto, pero considera que no sois criminales, que actuasteis por lealtad.

—Nuestro señor Tokugawa Tsunayoshi, el quinto sogún, no puede cambiar las leyes sagradas establecidas por el primer sogún Ieyasu hace ya tantos años ni interpretarlas a su gusto —explicó el inspector general de la Corte Suprema de Justicia, el daimio Sengoku.

—Elogiar este asalto y la muerte de muchos hombres leales que lucharon siguiendo las órdenes del sogún de proteger a Kira supone glorificar una violación de la ley, lo que para muchos es un acto injustificable —dijo Hosokawa.

—Las leyes no se pueden interpretar —sentenció Sengoku.

—El gobierno del sogún ha prohibido que se ensalce vuestra heroicidad —explicó Hosokawa—. Aunque ya hay un kabuki y otras obras teatrales en vuestro honor. Se han cambiado vuestros nombres para que no se juzgue a los autores ni a los actores por incumplir las órdenes del sogún. Nadie puede hablar públicamente de vuestra hazaña ni mostrar admiración por lo que habéis hecho. Pero la gente os lleva en su corazón. Eso ninguna ley lo puede prohibir.

—La noticia de lo que habéis hecho ha viajado con rapidez y ha conmocionado a todo Japón —dijo Sengoku—. Sé que el sogún os concederá el honor de morir por seppuku, pero debéis tener paciencia.

Habían transgredido la ley del sogún, pero lo habían hecho por lealtad y merecían morir con honor.

—Quiero solicitar al compasivo sogún tres peticiones —se dirigió Oishi al inspector general de la Corte Suprema de Justicia, el daimio Sengoku.

—Habla, la gente está con vosotros y el sogún te escuchará.

—La primera es que la casa y el nombre de Asano sean restablecidos.

—Se está hablando de ello. ¿Y la segunda?

—Que hagamos seppuku según nuestro rango, de menor a mayor. El primero será Chikara en hacer seppuku.

—¿Tu hijo?

—Sí. Y yo el último.

—No creo que haya impedimento alguno, si el sogún lo considera oportuno. ¿Y la tercera?

—Que el sogún perdone la vida a Terasaka, el número cuarenta y siete. Es muy joven.

—También tu hijo lo es. Además, Terasaka ha participado en la venganza contra Kira y su espada está manchada de sangre.

—Chikara es un samurái, Terasaka no ha cumplido quince años y aún no ha hecho la ceremonia de gembuku y, por tanto, no es oficialmente samurái. No es correcto que haga seppuku. Además, necesitamos a alguien de nuestra confianza que pueda ayudar a nuestras familias si lo necesitan.

—No sé si el sogún aceptará que uno de vosotros se libre, aunque su propia ley lo ampare.

—Los kami han hablado a través del abad del templo Kisshoji. Sus palabras han sido las que me han guiado a esta petición.

—Habla.

—«La flor más joven del cerezo tarda más tiempo en caer a tierra que las demás».

El abad del templo de Sengakuji fue a hablar con Sengoku y luego obtuvo el permiso para ver a Oishi.

—La familia de Kira se ha llevado su cabeza —le dijo enseñándole el recibo que les había hecho firmar para que constara públicamente que la había entregado—. No he podido impedirlo.

—Nuestra venganza ha sido consumada. No importa. Nuestro señor ha visto la cabeza de su enemigo en su tumba. Ya descansa en paz.

—Cierto, una vez consumada la venganza, Asano ha seguido su camino y puede descansar en paz. Pero vosotros tendréis que enfrentaros a la maldición de Kira, que se verá fortalecida al llevarse la familia su cabeza. Un objeto perteneciente a quien ha fallecido es un poderoso refuerzo para que la maldición se cumpla, y más algo tan importante como la cabeza del mismo que hizo la maldición y el conjuro. Kira enseñó a su hijo y especialmente a su nieto, Sahoe, sus artes oscuras.

—Pudimos haberlo matado.

—Estaba derrotado. Hicisteis lo correcto. Los kami terrestres conservan la tierra y la protegen de las fuerzas hostiles. Los kami celestes guían hasta la tierra las influencias divinas. Pero también hay fuerzas oscuras que tratan de destruir todo lo existente, y la única forma de contrarrestarlas es haciendo lo correcto.

—Un samurái siempre trata de hacer lo correcto.

—Kira era un gran maestro de ceremonias y conocía bien los protocolos de los ritos y los conjuros mágicos más poderosos. Los empleó en la corte para proteger la soberanía del sogún, pero sobre todo para aumentar su influencia con el apoyo de los kami perversos. Su nieto seguirá su funesta tradición y hará los conjuros para destruirlos.

—¿Y qué podemos hacer para contrarrestarlos?

—Debéis estar preparados para la lucha. Habrá que invocar a los kami virtuosos para que se sitúen a vuestro lado. El abad de Kisshoji está avisado. Pero habrá tiempos oscuros en los que deberéis recordar quiénes sois. Llévate contigo tu experiencia y mejora en la vía del guerrero hasta lograr la budeidad. Entonces serás libre.

—¿Y los demás?

—No hay más camino que la derrota de las fuerzas que ha despertado Kira, y para lograrlo todos deberéis recordar quiénes habéis sido en esta vida.

El abad reunió a los samuráis de Ako.

—Los yurei son fantasmas que vagan sin descanso, atormentados por algo que les sucedió en vida, alejados de una existencia pacífica. En vida fueron personas que se suicidaron cuando no era su momento de morir o que sufrieron el conjuro de un enemigo. Debéis prepararos para no convertirlos en fantasmas errantes tras la muerte.

Sacó las ofuda. El abad pretendía rechazar a los yurei de Kira mediante las ofuda, las escrituras sintoístas santificadas, y también impedir que algunos de los cuarenta y siete se transformasen en uno de ellos.

—También puede ayudar contra los goryo, pero no será suficiente. Los goryo son mucho peores, son fantasmas vengativos. Se engendran porque aquel que va a morir maldice a alguien por algo que le hizo mientras vivía como acto de venganza.

—¿Cómo podemos lograr que no nos destruyan?

—El alma o parte de ella permanece ligada al cuerpo y a los lugares y objetos más preciados después de la muerte. Haremos ofrendas hasta que llegue el día en que todos de nuevo os juntéis para enfrentaros a la maldición de Kira —dijo el abad—. Las invocaciones a los kami para que os protejan y os guíen de regreso a la vida se verán reforzadas con la presencia en el templo de vuestros restos.

—¿Y Terasaka? —quiso saber Oishi.

—Con estas invocaciones y conjuros podemos hacer que los que aquí vais a morir podáis estar a salvo de estos monstruos, pero no creo que podamos proteger a Terasaka. Él no va a morir ahora, tendrá que prepararse de otro modo.

El abad levantó las escrituras y comenzó sus cánticos sagrados.

Un lento silencio

Los días transcurrían de la misma forma, pero David sentía una especie de vértigo interior, como si se estuviese aproximando a un precipicio que aún no podía ver, pero que intuía estaba a punto de dejarle ante un vacío insondable.

Yoshida se sentó frente a él en la orilla del lago.

—No puedes ocultarte de tu destino, no puedes esconderte de ti mismo.

—¿Cómo saber cuál es mi destino? ¿Cómo encontrarlo?

—No te preocupes, el destino te busca incesantemente. Antes o después, tendrás que enfrentarte a la verdad.

David llevó su mirada hacia el agua ondulante.

—Todo esto es absurdo, un cuento para niños. He de reconocer que es realmente extraño, pero yo sé bien quién soy y de dónde vengo... —Hizo una pausa, y concluyó —: Y a dónde voy.

—¿A dónde vas?

—A morir.

—Todos nos dirigimos a la muerte. Escucha, el samurái no busca lo que desea ni lo que ama, tampoco huye de lo que odia o desprecia.

—Es difícil no querer tener lo que se ama o no tratar de evitar lo que no queremos.

—Hay dos caminos para alcanzar ese estado interior de conciencia y desprendimiento. El primero es largo y arduo, el segundo es corto y brutal. El primero depende de la voluntad, el segundo del destino. Ambos conducen al mismo lugar.

—¿Y qué lugar es ese?

—El lugar donde podamos comprender.

—¿Comprender? ¿Comprender el qué?

—Que el tiempo es la ilusión del ignorante.

—Pero yo estoy aquí, ahora.

—Estamos *más* aquí y ahora, pero no solo aquí y ahora.

El templo parecía inmerso en un lento silencio. David se detuvo en los escalones de la entrada a la galería que daba acceso al templo. Dentro no había puertas. Espacios abiertos, sin puertas ni barreras. Espacios, sin embargo, claramente definidos.

El templo de madera. La galería con columnas de cedro. David subió lentamente los escalones que daban acceso al templo. Un paso hacia fuera, el mundo exterior; un

paso hacia dentro, el mundo interior.

Oishi estaba sentado en la sala de meditación. Se levantó y David lo siguió al rincón más apartado.

La sala del altar.

La fragancia suave del humo de incienso.

—¡Siéntate ahí hasta que recuerdes!

—¿Y si no logro recordar?

—Entonces, quédate hasta que mueras.

—¿Y qué hago mientras tanto?

—Solo siéntate. Nada más que sentarte.

David no sabía qué tenía que recordar, ni cómo, ni por qué. Si creían que así iba a recordar que él era Terasaka, le pareció un tiempo perdido, pero lo que sí le gustó fue la idea de quedarse allí hasta morir.

Morir, solo, en silencio, en la oscuridad de un lugar recóndito.

Recordar. Ah, si hubiese algo que recordar, quizá la vida tendría un sentido, un sentido que a él no se le mostraba ni siquiera un ápice.

Decidió sentarse y no levantarse hasta lograr una de las dos cosas.

Oishi dejó a solas a David sentado en la posición del guerrero.

Entrecerrar los ojos. La estatua de Buda.

El humo. La penumbra.

El silencio.

Primer día.

La mirada centrada en la llamita temblorosa, efímera, insignificante, perdida en un mar de oscuridad, tratando de sobrevivir, de dar luz a las sombras.

Respirar como había aprendido. Lenta, profundamente.

La luna iluminaba el monasterio.

Luz de luna llena. Fantasmagórica, irreal.

El roce de unos pies descalzos. El seco aroma de un cacillo con arroz.

Segundo día.

Respiración consciente. Fuego que quema las degeneraciones internas.

La voz lejana de los monjes:

«No hay milagros, la acción correcta es el milagro».

La presencia del guardián de la luna iluminada.

Tercer día.

Respiración consciente. Agua que purifica el alma.

Luna menguante. Suave, transitoria.

Un kimono hiende el aire. La vela renovada.

La voz opacada de los monjes:

«No tengo poderes divinos, la honestidad es mi poder divino».

Cuarto día.

Apenas luz en la sala. La lamparilla lanza pequeños destellos.

El roce de los pies de Yoshida. El cacillo de arroz.

Dejar los pensamientos partir. La mente en reposo.

La voz de los monjes:

«No tengo hogar, el *tan tien* es mi hogar».

Quinto día.

Silencio. Las voces de los monjes dejan de oírse.

Impregnarse de silencio. Inalterable.

La vela consumida. Morir.

Una tenue luz llega del mundo exterior.

Sexto día.

Todo es pura ilusión. Lo que creemos real y lo que creemos no real.

La mente no puede dirigirse en una u otra dirección, sino volverse hacia sí misma.

Los pensamientos son puros espejismos, mundos vacíos carentes de esencia propia y contenido real.

Séptimo día.

Estado profundo de concentración. La verbosidad ininterrumpida de los pensamientos cesó.

Por primera vez la mente escucha en su propio silencio.

Unas pequeñas campanitas de metal tintinean, tenues, en la suave brisa nocturna.

Octavo día.

Sintió la presencia del velo enmascarador de la realidad.

La mente en estado de concentración dejó de dirigirse a objeto alguno, libre de juicios y cavilaciones.

Cuando la mente no permanece sobre nada, aparece la verdadera mente.

La presencia de una conciencia intuitiva y absoluta impregnaba todo su ser.

Noveno día.

David sintió el eco de la simplicidad en su mente.

Todo le sonaba nuevo y a la vez cercano y conocido. El tenue sonido de los pies al deslizarse por la tarima de madera, el rumor seco de los kimonos, el tintineo de las campanillas, el incienso al quemarse, el humo hendiendo el aire. No eran sonidos, eran sensaciones, eran... recuerdos.

Décimo día.

Un ave entró en el templo. Revoloteó, curiosa, y buscó de nuevo la luz del sol.

David sintió la levedad de una pluma cayendo lenta, eterna, desde lo alto.

Separó la mano. Una mano libre de cicatrices. La pluma se posó levemente en su palma.

Entonces abrió con lentitud los ojos y se desprendió del velo que cubría su mirada.

Escuchó tras de sí la voz de Oishi.

—Sabemos muchas cosas, muchas más de las que sabe el común de los hombres. Tenemos por ello una gran responsabilidad hacia nosotros y hacia ellos. El uso correcto de lo que sabemos ampara, el uso erróneo destruye.

Al levantarse, David percibió que todo su cuerpo se movía alrededor de su centro vital, el *hara*. Sintió que no solo andaba sino que formaba parte de la misma tierra que pisaba, del aire que respiraba.

Manuscrito de Terasaka

Cuatro de febrero de 1703. Después de cuarenta y siete días, llegó la sentencia del sogún. A todos se les concedía morir por seppuku, el ritual de suicidio con honor, y no como criminales.

Asami Yasuda, que había sido repuesto en su cargo en el consejo, de nuevo se opuso a la sentencia. Según él, no había delito, nada por lo que pagar, pero Ogyu Sorai, el sabio seguidor de la doctrina de Confucio, convenció al consejo de que la sentencia justa era la de seppuku.

Se accedía, tal como había pedido Oishi, a que lo hiciesen por rangos, con lo que Chikara sería el primero y Oishi el último.

También se concedió el indulto a Terasaka. Según expuso Yasuda, como todos los demás vengadores, Terasaka no había actuado como un criminal y, por tanto, la ley del sogún no le podía condenar a morir como un criminal, pero tampoco era aún un samurái, por lo que no podía morir como un samurái. Así que su vida fue perdonada, tal como Oishi había solicitado al sogún.

La flor más joven del cerezo aún tardaría en caer a tierra.

Finalmente, la casa y el nombre de Asano serían restablecidos y el hermano menor de Asano, Daigaku, sería el nuevo daimio y los samuráis que no habían participado en la venganza podrían volver a Ako.

El mismo día en que recibieron la sentencia, los cuarenta y seis ronin se prepararon para la ceremonia final. Se retiraron unas horas a hacer el ayuno protocolario. En primer lugar para que al cortarse el vientre no se esparciera el contenido de su estómago y, sobre todo, como un acto purificador de su mente.

Se dividieron en cuatro grupos. El sogún ordenó que cada grupo tuviese a un daimio como testigo mientras uno a uno, por orden de rango, fueran haciendo seppuku.

El daimio Sengoku les ofreció la Gran Sala del castillo, pero Oishi se negó.

—Moriremos como nuestro señor, en el jardín. Donde los kami puedan vernos a plena luz.

Antes de morir, los cuarenta y seis samuráis hicieron el juramento de no olvidar y estar preparados para la venganza de Kira en sus siguientes vidas.

Oishi Yoshio, el capitán de los samuráis, invocó a los kami para que al reencarnarse vida tras vida recordaran quiénes eran hasta que lograran reunirse todos de nuevo y luchar contra la maldición de Kira y sus huestes demoníacas, y así liberar al mundo de su maldad y poder seguir su camino en paz.

—Volveremos en espíritu. Esperamos vuestras visitas al santuario de Sengakuji —dijo Oishi hablando a los kami—, donde se guardará nuestra memoria, para que a nuestros espíritus no se les olvide reencontrarse para derrotar definitivamente a Kira.

Cada uno de los samuráis compuso un poema de despedida en el dorso de su abanico de guerra.

Oishi se acercó a su hijo. Chikara tenía la mirada firme.

—Padre, ha llegado el momento que deseábamos —dijo el joven, y Oishi asintió.

Al momento la cabeza de Chikara caía sobre su regazo. Oishi se alegró de que hubiese muerto dignamente.

Cada uno de ellos fue asistido por el samurái que le precedía en rango y que permanecía junto a él para cortarle la cabeza si creía que el sufrimiento era intolerable.

Onodera pidió ser él quien asistiera a su propio hijo, y su espada segó su corta e intensa vida.

Así, uno tras otro hasta que solo quedaron Onodera, Hara, Yoshida y Oishi, los líderes de los dos grupos que asaltaron el castillo de Kira, los últimos samuráis vivos de los cuatro grupos en hacer seppuku.

Los daimios que habían seguido toda la ceremonia se alejaron e hicieron una señal a sus hombres para que dejaran solos a los cuatro samuráis en el jardín.

—Ha llegado nuestra hora. Ha sido un privilegio servir bajo tus órdenes, maestro —dijo Onodera a Oishi.

El samurái se sentó sobre la estera blanca y se preparó recitando un poema como un último recuerdo hacia su mujer. La sintió junto a él en la muerte, en su último suspiro. Justo en el momento de separarse, él quiso encontrar los ojos de Ichiyo, y ella los suyos. Y esa mirada compartida los siguió.

Oh, amada.

Te susurraré al oído adonde van los seres felices.

Beberemos sedientos de las copas celestes.

Bailaremos hasta que el amanecer libere las sombras.

Entonces, tú y yo, juntos iremos a las cumbres claras.

En ese mismo momento, Ichiyo, la fiel esposa de Onodera Junai, preparó su kwaiken, la daga de doble filo. La limpió con esmero y la dejó en el suelo sobre un paño blanco. Se ató las piernas por los tobillos para que al caer no quedasen deshonrosamente abiertas. Ella era un samurái, una fiel seguidora del bushido, pero no había podido participar en la contienda, no era uno de los samuráis de Ako. Aun así, acompañaría a su marido en la muerte. Era un momento honroso para morir. Cogió la daga, vio su brillo mortal y sin más ceremonia se hizo un profundo corte en el cuello. La tradición decía que los hombres hacían seppuku, abriéndose el vientre, las mujeres hacían jigai, seccionándose la arteria carótida.

Justo un instante antes de la danza trágica del jigai, Ichiyo recitó su poema:

*Si tú deseas morir,
Yo también deseo morir.
Quiero desear lo que tú deseas,
Exhalar juntos el último suspiro para no morir jamás.*

Había decidido abrirse paso entre nubes de tiempo y ceniza, e irse con él. Ichiyo traspasó la distancia, y halló su último aliento, mientras veía llegar su nueva mirada.

En cuanto Onodera acabó su poema, se abrió el vientre. Hara le cortó la cabeza.

Nadie habló. El silencio pesaba como una losa, hasta que Oishi dijo:

—Ojalá lo consigan.

Llegó el momento tan deseado por Hara.

—Tuviste razón, tras la muerte de nuestro señor Asano no era el momento de morir. Ahora sí.

—La mancha ha sido lavada.

—Hay manchas que solo se pueden lavar con sangre.

Yoshida le cortó la cabeza con mano firme. Hizo una profunda reverencia a su compañero que yacía muerto a sus pies. Limpió su espada y le preguntó a Oishi:

—¿Ha valido la pena?

—Ha sido una vida honorable, merecía un final honorable. ¿Y para ti, ha valido la pena?

—La muerte por vejez no es para un samurái algo deseable. Solo lo siento por esos jóvenes que descansan sin vida en esta tierra sangrienta.

—Eran samuráis. Decidieron como samuráis. La muerte es un asunto de honor.

—Ellos no han tenido tiempo de vivir. Yo ya soy viejo. No tengo nada que hacer aquí. Si no hubiese sido hoy, hubiese sido mañana.

—Todo samurái practica el bushido para convertirse en un bushi, un seguidor de la vía del guerrero, y está preparado para morir. —Miró los cuerpos de sus samuráis y dijo con cierta tristeza—: Y también para vivir.

—Ellos solo estaban preparados para morir.

—La joven flor del cerezo es nuestro emblema: vivimos bellamente y morimos de forma hermosa —dijo Oishi mirando hacia donde yacían los cuerpos de los samuráis de Ako—. Una vida bella y efímera.

Yoshida se sentó sobre el lienzo con un paño entre sus manos para impedir manchárselas de sangre y así evitar la deshonra que supone morir con las manos salpicadas de sangre. Al igual que cada uno de sus camaradas se arrodilló y se abrió el vientre. Unos segundos después su cuerpo caía hacia delante y su cabeza descansaba en su regazo.

Llegó el turno de Oishi. El daimio Sengoku se acercó.

—Será un honor ser tu asistente, si así lo deseas.

—No será necesario.

Oishi quería sentir todo el dolor al abrirse el vientre y tratar de contrarrestar la maldición de Kira.

Se despojó de la camisa, dejando el cuerpo desnudo hasta la cintura, y recitó su último poema:

*El destino está escrito en el curvo filo de mi espada.
Mi armadura no puede protegerme de la providencia.
¿Quién morará en la torre de la memoria?
La luna descubre una lágrima afligida.
Nubes de incienso ocultan una sonrisa.
Ah, este instante atroz sin ti.*

Cogió su espada corta, que esperaba frente a él, y, sin ningún prolegómeno, firme y lentamente, se infligió un corte diagonal, desde abajo, atravesando el abdomen, hacia la derecha, luego ascendió hacia arriba y, en último lugar, hacia abajo.

Permaneció sentado en la postura zen. Todos se mantuvieron quietos. Una sola mirada del samurái bastó para que nadie hiciese un solo gesto para aliviar su dolor.

Mientras tanto, el abad de Sengakuji rezó y conjuró a los kami virtuosos para que viesen el sacrificio de Oishi.

—Magnánima Amaterasu, tú que brillas en los cielos, sé testigo de la lucha y el sacrificio de unos hombres contra la maldición que asola la tierra.

La voz del abad se elevaba en busca de ayuda y compasión.

—Oh, vosotros, los kami que vivís en la Alta llanura del Cielo, en el mundo de la paz, sed nuestros aliados.

Por propia voluntad, Oishi estuvo agonizando durante horas. Amaterasu dejó su lugar en el cielo a Tsukuyomi, el guardián de la luna iluminada. Casi llena, refulgente, iluminaba la sobrehumana escena.

Gracias al dolor, Oishi fue liberando conscientemente su energía a través del punto hara. Sintiendo cómo podía canalizarla para que nada de ella se perdiera. Pretendía recordar su pasado tras la muerte física y preparar su regreso conscientemente para poder luchar contra la maldición de Kira y así ayudar a sus samuráis.

Antes del amanecer, Oishi había muerto.

Todos los samuráis de Ako fueron enterrados junto a su señor.

Después de cumplir la misión de Oishi de informar de lo sucedido en Ako, Terasaka fue a ver a la familia de Kayano Sanpei.

Unos días después, el padre de Sanpei llegó a Sengakuji con el cuerpo de su hijo, y le dijo al abad:

—Traigo a mi hijo. Sin más explicaciones, el abad contestó:

—Ha de estar junto a sus compañeros.

A Sanpei, el samurái que no pudo luchar por honor y murió por honor, se le dio sepultura en Sengakuji, junto a los demás samuráis de Ako.

La flecha del destino

David entró en el jardín de Oishi. El maestro estaba pintando sobre un abanico un ave.

—Ah, nuestro invitado.

Oishi le invitó a sentarse.

Junto al dibujo del ave volando gozosa, escribió:

Todo es mente.

La cárcel es la propia mente.

La libertad es la propia mente.

Lo existente es parte de la naturaleza de la mente.

Todo es en esencia no existente.

Sentados el uno frente al otro.

—Estamos en una jaula, y la puerta está abierta, pero muchas veces no sabemos verlo.

Conversando y en silencio, en meditación, en contemplación, el tiempo se deslizó suavemente.

—Has de encontrar a tu propio maestro: tú mismo.

Tras convertirse en su propio maestro, el samurái entra en la vía de la imperturbabilidad. Ni su cuerpo, ni su rostro, ni sus gestos o expresiones revelan lo que sucede en su interior. Nunca se vanagloria de lo que ha obtenido, y respeta el camino de los demás, sus aptitudes y esfuerzo; es más, no se ejercita mostrando todas sus capacidades ante los que no las poseen, incluso puede parecer simple y torpe ante los ojos de los que no están a su altura.

El samurái trata de hallar la paz dentro de sí mismo a través de la meditación y la contemplación. La técnica más elevada consiste en lograr la más profunda de las contemplaciones, la comprensión que nos lleva a nuestra más elevada esencia.

Atardecía. Oishi se levantó. Salieron del monasterio por la puerta principal. Al otro lado del puente, la extraña bruma blanca seguía cubriéndolo todo. Junto al árbol en el que se había refugiado David cuando llegó desfallecido al monasterio, estaba Hara con dos arcos.

Oishi dijo:

—Voy a disparar una flecha hacia lo alto; cuando baje a tierra, en cuanto se clave, habrá llegado a su destino. En el momento en que la flecha salga del arco tú deberás

dirigirte lo más rápido que puedas al centro del puente y disparar a tu vez una flecha a ese tronco —dijo Oishi señalando un tronco seco que se veía a lo lejos—. Si para cuando mi flecha haya caído tú no has acertado en la diana, deberás acabar de cruzar el puente e irte. Si logras acertar podrás volver al monasterio.

David enseguida entendió que lo primero era una imposición, lo segundo una opción. Pero no tuvo tiempo de más, en el momento en que el monje acabó de decir sus últimas palabras, sin más ceremonia, tensó su arco y lanzó la flecha hacia lo alto.

Corrió hacia el puente. En cuanto puso un pie en las deterioradas maderas de la estructura tuvo que ir con sumo cuidado para que no se fuese abajo. El día era especialmente ventoso y los quebradizos maderos crujían y se movían peligrosamente.

Llegó al centro del frágil puente colgante y en ese instante David tuvo miedo de caer al abismo. De pronto, un rayo cruzó su mente: cómo podía tener miedo a caerse y matarse, si lo que en verdad había querido hasta ese momento era, precisamente, morir. Como un fogonazo llegaron a su mente las emociones vividas tras la muerte de su padre, de su madre, de su mujer y de su hija. Sumido en ese pensamiento destructivo y contradictorio, David dudó entre dejarse caer y morir, o disparar la flecha y vivir.

Esos brevísimos e intensos momentos produjeron una sacudida en su mente. La flecha de Oishi ya bajaba en busca de su destino, en busca del destino de David.

Hizo lo que había aprendido en ese tiempo en el monasterio, hizo lo que tenía que hacer en ese momento. Su flecha salió del arco entre el vaivén del puente, el acoso del viento y sus dudas internas. Actuar, era el momento de la acción, luego ya decidiría si se marchaba, si se quedaba, si vivía o si moría.

Mientras la flecha salía de entre sus dedos, David decidió vivir.

Un momento después, la flecha de Oishi se clavó en el suelo al mismo tiempo que la suya impactaba en el tronco.

Cuando David miró hacia donde debían estar Hara y Oishi, no había nadie. Comprendió que era el momento de elegir. Las dos flechas habían llegado a su objetivo al mismo tiempo. La decisión dependía de él, no del destino. Era él quien tenía la responsabilidad de irse o quedarse, y lo más importante: de morir o de vivir.

David, mientras luchaba por no caer al abismo, había decidido vivir. Había decidido el camino de la responsabilidad. Había elegido ser él mismo, su presente y su pasado, su yo actual y sus yoes de todas sus vidas anteriores, unas más sutiles, otras más intensas. Y surgiendo entre todas ellas, una, la de Terasaka.

Manuscrito de Terasaka

Templo Kisshoji.

Terasaka entregó al abad pelo, uñas, armas y armaduras de sus compañeros para que los custodiase en el templo y sirviesen para que los ritos fuesen más eficaces.

También le entregó diez monedas de plata para que rezara por la paz de las almas de los samuráis de Ako y para que erigiese sus tumbas.

—Asano vino a verme varias veces cuando iba a Edo. Me contó lo que sucedía con Kira, su actitud agresiva y despectiva hacia él —dijo Juken, moviendo con parsimonia sus alargadas y finas manos, que sobresalían de las amplias mangas de su hábito blanco—. Kira era un poderoso onmyoji en su vertiente más oscura, un hechicero negro. Asano, un daimio íntegro y miembro de una familia de gran reputación, era un obstáculo para Kira en su afán de ascender y controlar el poder en la corte.

—También Kamei, el otro daimio designado por el sogún, podía ser un obstáculo.

—Kira logró sus propósitos. Kamei cedió a su magia y perdió sus deseos de matarle —aseguró Juken—. Además recibió una importante cantidad de dinero. Ganó un aliado poderoso a partir de ese momento.

—¿Crees que Kira indujo con su magia a su consejero a pagarle?

—Sin saberlo, el consejero de Kamei le hizo el juego a Kira.

—Pero finalmente ha muerto.

—La magia oscura no lo puede todo. Logró que Asano fuese sentenciado a muerte y él salir bien librado. Es cierto, pero vosotros tenéis una poderosa fuerza a vuestro favor: la integridad. Por eso habéis logrado vencer, pero la batalla no ha terminado.

—El abad de Sengakuji me dijo que deberíamos enfrentarnos a los yurei y a los goryo.

—Me temo que eso no es lo peor. Los ashiki-kami son espíritus invocados por un onmyoji, un hechicero. En este caso, demonio y hechicero son el mismo, y se invoca a sí mismo para regresar a este mundo con más poder del que tuvo en vida. Kira se ha convertido en el peor monstruo, una fusión de goryo y de ashiki-kami.

Terasaka estaba alarmado ante las terribles fuerzas que se les oponían. Pero eso no era todo.

—¿Pudiste ver el lugar donde Kira hacía su hechicería?

—Sí, entré y vi el lugar maldito.

—Descríbelo.

—La puerta era baja. Más que una habitación, era una especie de cueva. Un perro muerto, otro agonizando. Botellas, tarros, miles de hierbas, inciensos...

—¿Qué más?

—Ah, sí. Ahora recuerdo algo que me llamó la atención, pero que había olvidado por completo, por todas partes había muñecos de papel, cientos de pequeños muñecos de papel. Vestían una especie de armadura pintada y una espada en un lado, algunos incluso llevaban un arco.

El rostro del abad se ensombreció.

—Son shikigami, espíritus invocados por un onmyoji, por un hechicero. Protegen y sirven a su amo.

—Eran simples muñecos.

—No. Kira era un importante maestro de ceremonias capaz de conjurarlos para que poseyesen la fuerza maléfica de su amo.

—¿Unos muñecos de papel?

—Si el onmyoji es poderoso, puede dar vida a los shikigami mediante una representación en papel y transformarlos en guerreros, en sus siervos, para que hagan todo lo que él les ordene.

—Pero ahora está muerto, quedarán sin esa energía que les insuflaba la vida.

—Seguirán viviendo a través del odio que recibieron y aunque no se lleguen a materializar, pueden poseer a otras personas para actuar a través de ellas.

El abad ordenó construir los sepulcros con el cabello, las uñas y las armaduras de los samuráis para fortalecer sus almas.

—El cabello y las uñas son talismanes poderosos, pero más lo es una cabeza —explicó Juken—. Habrá que reforzar y mantener la invocación hasta que os enfrentéis a Kira y a sus huestes tenebrosas para evitar que la maldición venza.

Como símbolo de lo efímero de la vida de los samuráis y de su renacimiento, Juken decidió plantar cerezos alrededor de las lápidas.

—La naturaleza humana es a la vez humana y divina, en ella reside el espíritu, y este vuelve vida tras vida a su atavío humano —dijo el abad—. Si sigues la vía del guerrero, Kira y sus conjuros no podrán destruirte, pero si cedes, pagarás un alto precio, acabarán con tu familia, con tu mujer, con tus hijos, con la gente que amas, y a través de ellos acabarán contigo. Podrían destruirte si tienes familia en esta vida o en las siguientes hasta que no hayáis derrotado a Kira y a los terribles poderes que ha despertado.

—Me enfrentaré a ellos.

—Para luchar contra esas poderosas fuerzas guiadas por la ira y el odio hay que tener el alma pura y libre de emociones oscuras.

—¿Qué debo hacer?

—Seguir ascendiendo en tu evolución. Los monjes tratamos de conseguirlo —le dijo Juken—. Ser monje te ayudará.

Terasaka se quedó en silencio. No era lo que él había pensado.

—Hay muchas clases de monjes. Te lo mostraré. Aquí aprenderás cosas que el día

en que de nuevo os enfrentéis a Kira podrás usar para contrarrestar su poder maléfico, y mientras tanto proteger a la gente que quieres.

Terasaka se afeitó la cabeza. Hizo las ceremonias de iniciación. Entró como novicio en el templo Kisshoji.

Terasaka visitaba a menudo a los hijos de los samuráis de Ako. El sogún, por miedo a más venganzas, expulsó a todos los hijos de los samuráis de Ako que tuviesen más de quince años. Fueron desterrados indefinidamente a Hisakajima, una pequeña isla alejada de Edo que forma parte de Goto Retto, una cadena de cinco islas.

Terasaka fue hasta allí a visitar a los jóvenes, algunos de ellos de su misma edad, y vio las penosas condiciones en que vivían. Presentó una petición al sogún para que acortase el tiempo de la pena. Tuvo que esperar ocho años hasta que todos pudieron regresar a sus hogares.

Durante años permaneció en el templo, ascendiendo en su camino espiritual bajo el amparo del abad. Salía a cuidar de las familias de sus compañeros y les visitaba para ayudarles en sus necesidades.

Mientras tanto, bajo los auspicios de Juken, Terasaka se ordenó monje zen en el templo Kisshoji.

Los años pasaron. Las duras prácticas en el templo hicieron que Terasaka avanzase en la vía del guerrero. Hasta que un día, Juken decidió que había llegado el momento de dar el paso definitivo.

—Cuando yo muera, no podré seguir realizando las ceremonias de protección contra el conjuro de Kira. El nuevo abad continuará, y si es necesario el siguiente abad, pero deberás ser tú quien mantenga vivas las invocaciones para que su maldición no venza. Dentro de pocos días moriré. Cuando haya muerto debes ir a un monasterio que está en las montañas de Hiroshima, cerca de los orígenes de la casa Asano. En aquel lugar acabarás tu instrucción en esta vida y puede que en las siguientes.

Juken le hizo un plano de cómo llegar.

—Allí, en el monasterio oculto en las montañas, se ejercitan los yamabushi, los monjes guerreros. Hay poca gente que sepa dónde está el monasterio. Solo aquellos que son elegidos por el propio lugar pueden acceder a él. El resto de los que lo intentan se pierden una y otra vez en el camino y desisten o mueren. —El abad hizo una pausa y luego dijo—: No te rindas jamás, ni siquiera cuando te sientas derrotado.

—Soy un samurái.

—Lo sé. No lo olvides, incluso después de la muerte.

—¿Cómo encontraré ese lugar?

—El plano te podrá guiar desde Hiroshima hasta las montañas. Desde allí deberás ser tú quien lo encuentre. Si tu destino es llegar allí, llegarás. Si no, darás media vuelta y te alejarás.

Murió Juken.

Quiso Terasaka volver a Edo, al templo de Sengakuji, a presentar sus respetos a sus camaradas antes de partir hacia su último destino. El abad de Sengakuji había muerto hacía años. Nadie lo reconoció. Nadie me reconoció.

Vio las tumbas de sus compañeros y se postró ante ellas.

Asano y los cuarenta y siete samuráis yacen en el templo de Sengakuji, el Templo del Manantial. Entre los cuarenta y siete ya está en espíritu Terasaka, mi espíritu, su cuerpo un día irá allí y se unirá al de ellos. Pero sus almas no podrán aún descansar definitivamente en paz hasta que el círculo del destino se cierre.

—Aún debemos reencontrarnos una vez más y enfrentarnos a la maldición de Kira y morir por fin todos juntos como samuráis —dijo Terasaka ante las tumbas de sus camaradas.

Una por una, hasta llegar por último a la tumba de Sanpei.

—Sí, amigo, pronto nos veremos —dijo Terasaka.

Al salir del templo, comenzó su peregrinaje. A pie, dejó atrás Edo, y el recuerdo de la épica hazaña de los cuarenta y siete ronin. Fue a Kioto, vio a lo lejos el castillo de Ako, que durante años había sido su hogar. Dejó atrás Osaka, franqueó la provincia de Hyogo. Unas hermosas cigüeñas blancas lo acompañaban.

Sobrevolaban lentas sobre Terasaka. Eran aves de grandes alas, subían y bajaban, como si quisieran eclipsarse en la noche incipiente, pero él sabía que eran mensajeras de los kami que protegían a sus compañeros, los espíritus de los samuráis de Ako, que caminaban junto a él.

Marchó por caminos secundarios bordeados de crisantemos, y llegó a la provincia de Okayama. Entró en la ciudad de Miyoshi. Estuvo tres días en un pequeño templo en un lago. En su orilla meditó.

¿Es el viento enemigo del cerezo en flor o es el aliado que muestra su belleza efímera? Durante unos pocos días, la flor enseña la belleza del cerezo. Un día, de pronto, se desprende y nos muestra en un instante fugaz el rocío blanco y rosado del viento.

La hermosura efímera de la flor del cerezo un día florece, al otro cae abatida por la tormenta. La flor más joven ya está en su vuelo hacia la tierra que la ha de acoger.

Desde allí llegó a Hiroshima. Fue a la casa familiar del linaje de los Asano. Encendió incienso ante las tumbas de la mujer de su señor y de su hija. Se marchó, libre de la última misión que su capitán le había encomendado: no morir hasta que ambas hubiesen partido.

Los días pasaron. Perdido, vagó de un sitio a otro. Llegó a un pueblecito y se puso a deambular por las callejuelas. Aunque su aspecto dejaba mucho que desear después de tanto tiempo de trayecto por caminos polvorientos, los hombres se inclinaban a su paso, algunas mujeres rehuían la mirada y otras le sonreían sin recato.

Preguntó a unos y a otros. Nadie sabía dónde estaba el monasterio. Llegó a una de las últimas casas del pueblo. Después los campos de cultivo. Terasaka dudaba de la existencia de aquel lugar, de si se había equivocado de zona. Sacó una vez más el plano del abad. Cansado de mirarlo una y otra vez, y de perderse una vez y otra, lo dejó caer al suelo. Si su destino era llegar a aquel monasterio, llegaría con o sin plano. Se alejaba cuando oyó una voz:

—Yo conozco ese lugar.

Tras un largo y arduo camino, Terasaka llegó al monasterio. Allí permaneció muchos años. Allí escribió su manuscrito entre quebradas brumosas y majestuosos cedros. El manuscrito que años después debería servirle de guía a él mismo, a su reencarnación, para seguir el combate contra la maldad.

Terasaka dejó su espada y su armadura en el templo del monasterio como símbolo de su pasado, como esperanza de su futuro.

*Hoy el sol enciende mi espíritu anhelante,
Mañana mi alma se reflejará en el lago helado.
El viento austral libera la flor del cerezo,
¿Qué será de ella mañana?*

La espada de Terasaka

David regresó al monasterio.

El templo. David entró en la sala principal del templo. Unos cirios titilaban con tenue luz. El lugar era impresionante. Una gran sala de madera oscura con el suelo mil veces pulido y un elevado techo sostenido por pilares tallados.

Todos los samuráis, sentados, alineados a lo largo de la pared, aguardaban en silencio. Iban vestidos con sus trajes de combate. Llevaban un yelmo para proteger la cabeza y salvaguardas para la barbilla, el torso, los hombros y las piernas, la espada asegurada en el costado izquierdo con una correa rodeando la cintura y, sujeta por delante, la espada corta al otro costado.

Los samuráis de Ako estaban listos para la batalla.

En el centro estaban Oishi y Hara. Un gesto. David se acercó. En un soporte había una espada. La espada que nadie tocaba jamás, la espada del ronin número cuarenta y siete: Terasaka Kichiemon.

—Morimos a cada momento, a cada instante. De la misma forma vivimos cada momento, cada instante. Hemos vivido mucho tiempo esperando volver a reunirnos todos. Ahora lo estamos. Es el momento de luchar y partir definitivamente.

Hara cogió la espada y se la ofreció al maestro con un gesto reverente.

Oishi miró a David, con su mirada experimentada, y se la dio.

Era una espada antigua, una perfecta espada de samurái. David la tomó con ambas manos y la sacó de la vaina. Cogió la espada por el mango de madera y observó su hoja curvada. En un lado había una inscripción en japonés antiguo.

—Mi nombre es *Lealtad* —leyó Oishi—. Pertenezco a Terasaka Kichiemon. Solo él puede empuñarme con honor.

En ese momento, David supo quién era. No solo supo que en una vida anterior había sido el propietario de aquella espada y que la había usado para matar en más de una ocasión, sino que supo quién era realmente y cuál era su camino. Y en ese momento, como si leyese su pensamiento, Oishi dijo:

—Nuestro camino es el camino de la muerte.

Con el pelo recogido en un espeso nudo en la coronilla, Oishi se paró en el centro de la sala y su voz se elevó por encima de todo el recinto.

—Hemos vencido abismos de tiempo para volver a reunirnos. Ha llegado el día que esperábamos. —Cogió una máscara de aspecto terrorífico, y dijo—: Nuestras máscaras no son para asustar al enemigo sino para rechazar al mal. Pero ahora no queremos rechazarlo sino destruirlo. Hoy no las usaremos para que así nadie se lleve

a engaño sobre quién lucha, ni nuestros enemigos ni los kami ni la muerte.

Como si lo hubiese hecho mil veces anteriormente, David se vistió con la armadura de Terasaka, su armadura, que se acopló a él como una segunda piel.

La armadura negra de Terasaka. Las protecciones para las piernas, los guantes y mangas para resguardar manos y brazos, el peto y el cinturón, que mantenía unido todo el conjunto de ropa y armadura.

Una armadura sobria sobre un kimono bien ajustado. Finalmente, el casco.

Mientras, los ronin recitaban:

*Oh, Izanami, madre del viento, el fuego, el mar y las montañas, de la creación
y de la muerte, envíanos la fuerza de tus hijos.*

*Oh, Izanagi, padre del viento, el fuego, el mar y las montañas, de la creación
y de la vida, envíanos la fuerza de tus hijos.*

Oishi se puso su casco astado y emergió por la puerta del templo.

Bajó por los escalones, caminando con calma, escrutando el horizonte con una serenidad infinita.

En ese momento sonó el tambor.

—Quizá mañana, cuando amanezca, el sol nos busque en vano, pero lo que sí verá serán nuestras espadas ensangrentadas.

El ataque de las fuerzas oscuras comandadas por Kira era inminente.

Los samuráis colocaron antorchas para iluminar el campo de batalla.

Oishi desenvainó su espada y la mostró al aire de la noche.

—¡Invitemos a la muerte!

Todos los samuráis prorrumpieron en un grito de combate.

En lo alto de la montaña, se recortó la oscura silueta de Kira, una mezcla de hombre, *goryo* y *ashikikami*. Un monstruo perverso.

Invocó a los *yurei*, a los fantasmas de los samuráis que murieron luchando en su castillo y habían permanecido atrapados a la espera de que los cuarenta y siete samuráis de Ako se reuniesen de nuevo.

Levantó los brazos al cielo e invocó la energía de la tempestad y el terremoto, y a Taizan Fukunsai, el señor del infierno, el que decide el momento de la muerte, para que le fuese propicio.

Los últimos *yamabushi* del olvidado monasterio de las montañas de Hiroshima se desplegaron en el gran patio.

—¡Necesito más poder! —gritó Kira al kami perverso al que servía y al que tantas vidas de personas y animales había sacrificado—. Dime qué quieres a cambio.

Una voz grave y sobrecogedora dijo:

—Lo quiero todo.

—Pues todo tendrás. Todo lo que yo pueda darte aunque para ti sea nada.

—Lo que para unos es nada, para otros lo es todo.

Una fuerte tempestad de lluvia y viento se abatió sobre las hogueras.

Un ejército de fantasmagóricos *goryo* surgió de la tempestad. Y entre ellos, comandando la tropa, el nieto de Kira, Sahoe.

Aparecieron los *shikigami*, los espíritus invocados por un *onmyoji*, por un hechicero, por Kira. Una súbita tormenta eléctrica cayó sobre ellos insuflándoles una poderosa energía vital.

Proteger y servir a su amo. Esa era su consigna.

Debido a la gran facultad y energía necesarias para invocar a un *shikigami*, los hechiceros no solían invocar a más de uno, pero Kira poseía un alto poder y tenía un ejército bajo su control.

—Los monstruos crean monstruos en un mundo oscuro sin fin —dijo Oishi—. Nosotros somos los guerreros de la última muerte, de la que no se regresa.

La luna negra inundaba la tierra de sombras.

David miró a Oishi. Su figura erguida en el centro del patio era la imagen perfecta del guerrero listo para combatir. Su mirada firme y concentrada, en perfecto estado de calma y de lúcida presencia.

Los guerreros de Kira llegaban por todas partes. Atravesaban en tropel el puente y se descolgaban por las paredes de las escarpadas montañas.

Desde lo alto, Kira usaba un abanico de guerra para hacer señales y dirigir a sus demoníacas tropas.

Oishi iba el primero. Tras él, el resto de los samuráis de Ako.

En pie, sin retroceder ante la carga del enemigo, Oishi hizo un solo movimiento con su espada, sin variaciones, deslizándose por el aire sin cambios de cadencia. Describió dos curvas perfectas que dejaron dos contendientes muertos en el suelo.

En ese momento las dos alas que formaban sus hombros a su derecha e izquierda se desplegaron con la intención de rodear a los guerreros oscuros de Kira. Pero eran demasiados y formaron como un arco de luna incipiente ante un sol abrasador.

David percibió el silbido de las hojas de las espadas hendiendo el aire. Sí, era similar al del suspiro de un junco tembloroso, pero ahora un aleteo de muerte rompía la tenuidad del aire.

—¡Matadlos a todos! ¡Que no quede ninguno con vida! —se oyó la voz de Kira que descendía al terreno donde se dirimía la batalla, seguido de sus *shikigami*.

La tempestad de viento y agua, la tormenta eléctrica y la luna negra eran los aliados de Kira y sus fuerzas oscuras.

Los samuráis luchaban rodeados de una fuerza superior. Por cada uno de ellos, varios seres demoníacos trataban de acabar con ellos.

Kira, aparentemente ajeno a la presencia de David, combatía a corta distancia,

pero al finalizar uno de sus giros de ataque, modificó el movimiento y descargó un tajo hacia él, que evitó a duras penas ser abatido.

Miró por un breve instante a los ojos de Kira. Ojos demoníacos, perversos, no como cuando fue humano, sino con la mirada del odio ancestral. Y sintió lástima de aquel ser atrapado en el rencor y la crueldad.

Kira y David quedaron frente a frente.

Había estado a punto de morir, la hoja de la espada había pasado muy cerca de su estómago. Un milímetro más cerca y la herida hubiese semejado el primer corte de un samurái haciendo seppuku. Pero David no quería morir así, en manos de aquel monstruo que representaba la ignominia y la falsedad.

—Tú te libraste de la muerte, pero ahora morirás —dijo Kira con sus labios carnosos y crueles—. Maté a tu familia, a tu mujer y a tu hija.

David no replicó. Sabía que aquel monstruo trataba de lograr que sus propias emociones le debilitasen. Kira hablaba a los dos, a Terasaka y a David, y ellos dos, fundidos en un solo guerrero, se prepararon para el ataque. Pero fue Sahoe, el nieto de Kira, el que le acometió por un costado. Dio un par de pasos hacia atrás y giró sobre sí mismo, como le había enseñado Hara.

De pronto, David se dio cuenta de que no miraba los movimientos de su oponente, sino que los escuchaba. Oyó el rumor de los pies al deslizarse por la arena que tanto tiempo había limpiado y rastrillado. La conocía a la perfección y hasta con los ojos cerrados podía identificar cualquier leve movimiento sobre ella, su dirección, su intensidad, incluso su intención. Aquella tierra le hablaba con un lento silencio.

David cayó al suelo, y cuando Sahoe iba a rematarle surgió su espada, *Lealtad*, y acabó con su vida.

Kira, rodeado de los *shikigami*, parecía inaccesible. Los *goryo* y los *yurei* hacían retroceder a los samuráis hacia el abismo.

Antes de llegar al borde del precipicio, Oishi dirigió un poderoso «grito del espíritu» hacia Kira. La onda expansiva hizo retroceder a su enemigo y le arrancó la espada. Antes de quedar sin aliento, Oishi encadenó nueve movimientos hacia el corazón de Kira, que cayó derribado.

Aquello hizo que Kira tuviese que emplear toda su energía en contrarrestar a la de Oishi y se vio obligado a descuidar el control sobre los *shikigami*.

El grito de Oishi y sus movimientos sagrados hicieron que Kira perdiese el dominio sobre su ejército de demonios. Los *shikigami*, sin la energía que Kira emanaba hacia ellos para mantenerlos bajo su control, adquirieron voluntad y conciencia propia. Atacaron a Kira por haberles invocado.

Entre una nube de espectros, Kira fue abatido.

Era el final. Su cuerpo monstruoso cayó. Pero David supo que si Kira era derrotado así, sin más, volvería una y otra vez de entre las tinieblas.

David se lanzó sobre aquellos engendros. Secundado por Kataoka, Yato y Chikara derribaron a todos los engendros que se interpusieron en su camino hacia Kira. David se abrió paso hasta llegar a Kira, que le miró con ojos enloquecidos, y le dijo:

—Somos los guerreros de la última muerte, de la que nunca regresarás.

Su espada, *Lealtad*, brilló un instante en el fulgor tenue de un anaranjado amanecer. La cabeza de Kira cayó por última vez.

David había destruido la forma demoníaca de Kira y eximido a sus compañeros y a sí mismo de su maléfico influjo. Incluso fue un acto compasivo hacia el mismo Kira, que ahora, libre de su forma demoníaca, podría seguir su camino de reencarnaciones como humano en busca de la redención de su espíritu atormentado.

Todos los espectros de Kira, liberados, se desvanecieron.

Manuscrito de Terasaka

Un día se me perdonó la vida por no ser aún samurái. Hoy lo soy. Mañana lo seré. Siempre seré samurái.

Una persona puede llegar a ser samurái solo con dar un primer paso en la vía del guerrero, pero una vez que comienza no puede detenerse hasta llegar al final. Si lo hace, si no sigue ese camino, será destruido por su propia conciencia y su vida será finalmente amarga, aunque al comienzo pueda parecer exitosa.

Desde el principio el samurái trabaja la fuerza de su cuerpo y de su mente, va adquiriendo sabiduría y conocimiento para fortalecerse y vencer todo aquello que pretenda destruirle.

El conocimiento de los elementos naturales y de su propia naturaleza le da la fuerza y la capacidad de acción y le permite canalizar la energía, la suya, la de otros y la de los cinco elementos hacia donde quiere a través de la mente.

Entonces se abren dos caminos.

Uno de los caminos lleva a adaptarse al flujo de lo que sucede, a estar a resguardo de enfermedades, poder soportar el dolor y el sufrimiento y poder ayudar a otras personas. Siempre he intentado usar este poder para asistir y proteger a las familias de los samuráis de Ako y a todos aquellos que lo han necesitado.

El otro camino lleva a manipular lo que sucede, a causar enfermedad, dolor y muerte. Un gran poder, sí, pero sujeto a la ira y al odio. Ese fue el que eligió Kira.

En el momento de la muerte, si su mente está en paz, el samurái percibe la unidad de su cuerpo, de su mente y de su espíritu. Y a medida que se desprende del hábito mortal, su espíritu se desplaza por el tiempo y el espacio, como si ambos hubiesen dejado de existir.

Lo que queda es la esencia más pura. Esa que podrá regresar a través de un tiempo y un espacio inexistentes al lugar y en el momento correctos.

He dedicado mi vida a atender las necesidades de las familias de mis compañeros, a avanzar en el camino del guerrero y a tratar de que la maldición de Kira no se hiciese realidad.

Mi nueva reencarnación dará la medida de lo logrado, si es que algo he logrado.

He vivido una vida honorable, sí, pero una vida que no quise vivir. Cumplí con mi deber. Dejé a mis compañeros para informar de lo ocurrido a las familias de todos los samuráis de Ako y decirles que murieron con honor. Cuidé del bienestar de las familias de los samuráis que murieron por seppuku cumpliendo la sentencia del sogún. Ahora que he visitado la tumba de la esposa y de la hija de nuestro señor Asano, puedo morir y buscar a mis compañeros para renacer en el sol de un amanecer imperecedero.

*La muerte no tendrá dominio sobre mí.
Mi cuerpo con mi mente se abrirá a ella.
Desnudo me uniré al viento y al sol del ocaso.
Cuando mis huesos sean solo polvo
Y las estrellas caigan a mis pies,
Emergerá de nuevo la luz del amanecer.*

La sombra del samurái

Estaba atardeciendo, el maestro indicó a David que le acompañase.

Oishi le hizo entrega de un sobre con una hoja manuscrita en su interior, y le dijo:
—Ábrelo cuando el sol se ponga en el horizonte.

Llegaron hasta el puente que separaba el monasterio del camino. Por primera vez desde que llegó al monasterio se veía más allá del puente. La espesa bruma blanca se había desvanecido.

—Cada ser humano pertenece a un lugar —dijo Oishi Yoshio—. Yo pertenezco a estas montañas, a estos valles, a ese lago que ves allí, a este aire que respiramos, a la primavera exuberante, a las lluvias otoñales, al invierno helado. Antes de ir a Ako, mi familia vivió aquí, al igual que la de Asano y la de todos nosotros. Esta tierra es mi tierra. ¿A cuál perteneces tú?

—Sé que pertenezco a esta tierra y también al lugar donde he nacido y vivido en esta reencarnación.

En ese momento pensó en su mujer, en su hija y en sus padres. Comprendió que el dolor había desaparecido. Solo quedaba el amor que había sentido por ellos, que aún sentía en su corazón. También vino a su memoria una mujer, Sara, que le había salvado de morir desangrado y le había dado la oportunidad de vivir todo aquello que había vivido. David entendió que sin saberlo él en aquel momento había estado esperando a Sara y que ella a su vez se había preparado toda su vida para esa persona a la que debía salvar: él.

—Sí, pertenezco a estos dos lugares, pero sobre todo pertenezco a la tierra en donde pueda ayudar a quien realmente lo necesite.

—Ahora debes pasar al otro lado —dijo el monje.

—¿Morir? —dijo David acercando su mano a la espada que llevaba colgada.

Oishi sonrió por primera vez en todo aquel tiempo.

—Debes cruzar al otro lado del puente.

—¿Y luego qué?

—Cuando lo hayas atravesado te lo diré.

David cruzó el puente. Al girarse vio cómo el maestro desenfundaba su espada. El samurái con un rápido y certero movimiento cortó las cuerdas. El puente cayó al vacío.

—Ya estás en el lado donde está la primera persona a la que has de ayudar.

Gracias a su perseverancia y coraje, el samurái desarrolla un poder que aumenta con la preparación intensiva. Un poder que debe usar en favor de los demás sin

exclusiones ni preferencias. Es compasivo y ayuda a quien lo necesita en cualquier situación, y si no encuentra la oportunidad de ayudar, cambia su camino para poder cumplir con su destino.

—Eres Terasaka Kichiemon, el samurái número cuarenta y siete. Eres un *bushi*, un caballero armado, un leal del camino del guerrero. Finalmente, de nuevo nos hemos reunido para cumplir nuestro destino. El ciclo se cierra.

—Debo morir con vosotros para que el ciclo de Terasaka Kichiemon se cierre.

—Antes que Terasaka eres David, el hombre que busca a la persona a la que tiene que salvar.

Con el sol a su espalda, la sombra del samurái llegaba hasta el otro lado del precipicio: un puente incorpóreo entre Oishi y David.

Era la sombra del samurái que unía a los dos: al maestro, al discípulo y, entre ellos, separándoles, uniéndoles, el abismo.

—Eres tu propio maestro —le soltó sin ninguna ceremonia Oishi—. ¡Márchate!

La larga sombra del samurái era la revelación de que un día acababa, y que tras la noche otro nuevo renacería.

Oishi hizo el gesto de darse la vuelta para regresar al monasterio, pero por un instante un leve atisbo de vanidad, ese tipo de vanidad compartida, clara como el cristal, perspicaz y brillante que solo le está permitido a un gran maestro, le hizo volverse y mirar a su discípulo.

Es ese orgullo que en un samurái se puede comparar a la hoja de una espada. Al igual que el orgullo, la espada de vez en cuando ha de sacarse de la vaina y afilarse, después hay que retornarla a su seno. Si se queda siempre desenvainada, será temida por todos y quedará aislada, sin amigos ni aliados, pero si siempre está oculta se oxidará y nadie la respetará.

Oishi Yoshio desenvainó su orgullo con la espada y la mostró al sol del atardecer, que se reflejó en la bruñida hoja reverberando la luz rojiza hasta el joven.

Entonces, David cumplió su parte. El samurái que había en él, el hombre digno y libre, se desprendió de toda atadura del pasado y del presente, y unió cuerpo, mente y espíritu. Comprendió que siempre hay un abismo a nuestros pies y que podemos caer o no caer, pero que si lo hacemos, en la caída fatal por el abismo, podemos admirar la hermosa puesta de sol y dejar que el corazón se sobrecoja un instante fugaz e inmarcesible ante tanta maravilla.

En ese estado de liberación, David hizo una reverencia plena de respeto y gratitud hacia aquel hombre sabio y valeroso.

Al acabar aquellos efímeros y eternos instantes, giró sobre sí mismo y se alejó camino abajo sintiendo la mirada complacida del samurái.

Manuscrito de Oishi

El samurái se retiró a hacer el ayuno protocolario, como un acto purificador de su mente.

Escribió con pluma y tinta negra un poema a su amada en papel de arroz. Era el momento del reencuentro.

*La luna no quiere ver mi rostro
Y se viste de negro.
La memoria de tu voz y tu sonrisa
Aflora en mis labios enamorados.*

El samurái, con sus ropas blancas como signo de purificación, se sentó sobre una esterilla recubierta de una tela de color blanco. La espalda y la cabeza en posición recta y las manos reposando sobre sus rodillas. Así, en esa postura entró en estado profundo de meditación para lograr el vacío en su espíritu.

*La campana ya sonó tres veces.
El viento quietó su ímpetu.
Mañana, ¿quién seré yo?
¿Antes de nacer?
¿Después de morir?
¿De quién hablamos?*

Los samuráis de Ako han vuelto del más allá de la vida y de la muerte para salvar a esa persona que solo ellos podían salvar y para luchar contra la maldad. Ahora están preparados para seguir su camino.

Mientras el sol se ponía, una espesa y blanca bruma todo lo cubrió: las grullas, el lago, el camino, el puente, el templo, el monasterio, las montañas, el cielo y la tierra. El destino se ha cumplido.

*El círculo del destino se ha cerrado.
La tierra acoge a las flores del cerezo.
La flor más joven se ha desprendido del árbol.
El viento la eleva y la lleva a su destino.
Ah, el aliento de la muerte.
Ah, el aliento de la vida.*